

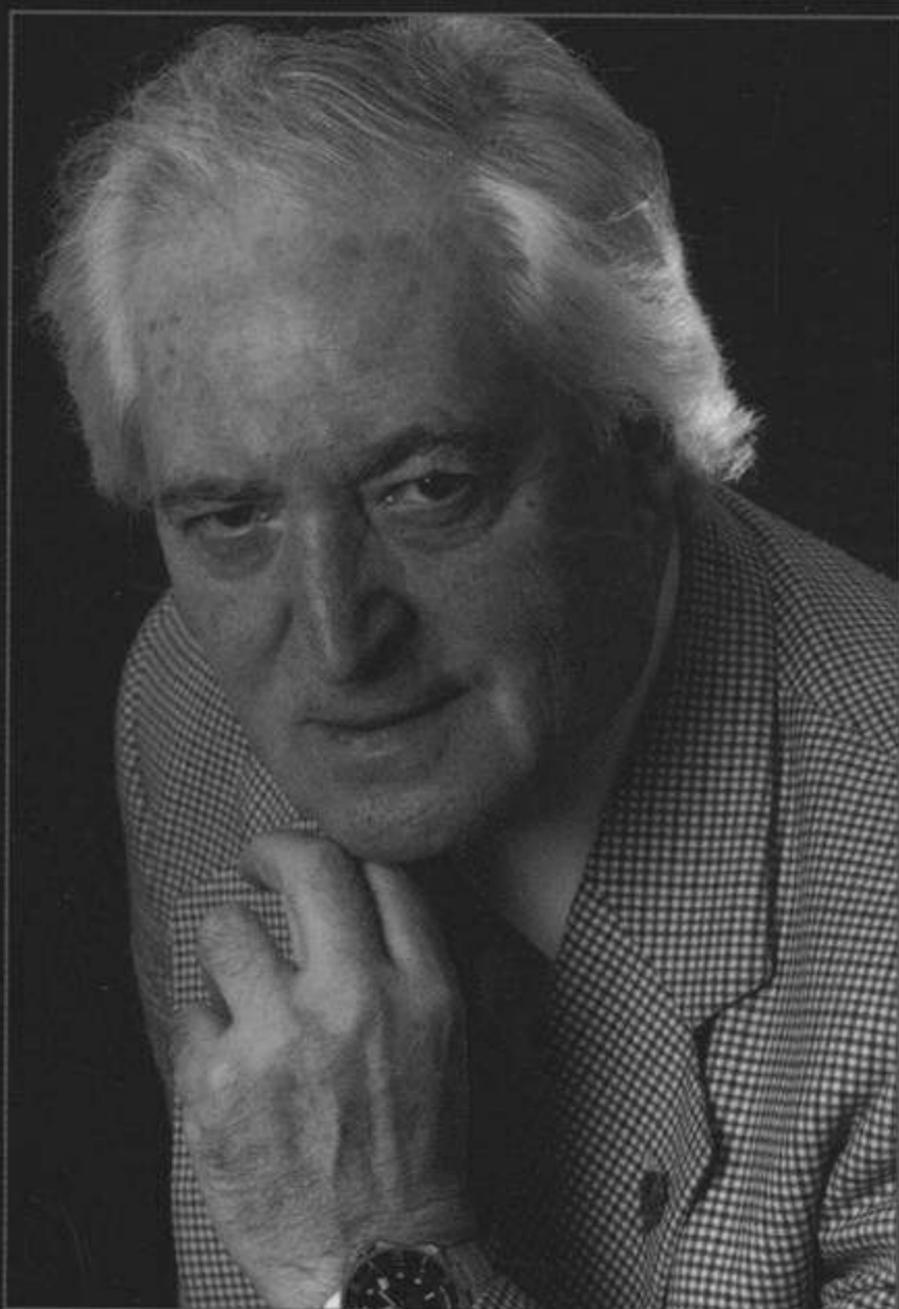
Alfonso Zapater

EL REGRESO DE MOISÉS

Memorias apócrifas de Joaquín Costa



© Foto: Julián Longares



Alfonso Zapater nació en Albalate del Arzobispo, pueblo turolense que compartió con Urrea de Gaén, donde pasó su infancia y juventud. Escritor y periodista, su producción abarca todos los géneros: novela, teatro, ensayo y poesía. Ha obtenido importantes premios literarios, entre ellos el «San Jorge» (en su doble vertiente de novela y poesía), «Padre Llanas», «Ciudad de Barbastro», «Ciudad de Jaca» y «Miguel Hernández». En 1981 fue finalista del «Nadal» con *El accidente*.

Tiene más de treinta libros publicados, además de obras monumentales como *Aragón, pueblo a pueblo* (diez volúmenes) e *Historia de la jota aragonesa* (tres volúmenes). En el género novelístico destacan los títulos *El hombre y el toro* (Litho Arte), *Siembra* (Institución Fernando el Católico), *El pueblo que se vendió* (Bruguera), *Viajando con Alirio* (Planeta), *Los sublevados* (Model Books), *El accidente* (Destino), *La ciudad infinita*, *Yo falsifiqué el Guernica* y *Tuerto Catachán* (Mira Editores).

El regreso de Moisés es su última novela.



EL REGRESO DE MOISÉS

Memorias apócrifas de Joaquín Costa



R. 53.513

Alfonso Zapater

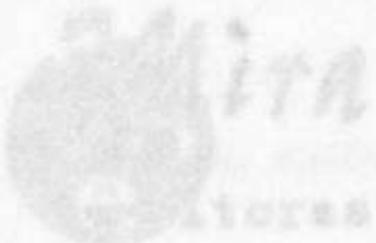
NTA 175.130

ca 1194826

EL REGRESO DE MOISÉS

Memorias apócrifas de Joaquín Costa

Memorias apócrifas de Joaquín Costa





EL REGRESO DE MOISÉS

Memorias apócrifas de Joaquín Costa

R. 53.593

Alfonso Zapater

NT- 175.180

CB- 1191826

EL REGRESO DE MOISÉS

Memorias apócrifas de Joaquín Costa



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su tratamiento informático, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de recuperación o por otros medios, ya sean electrónicos, mecánicos, por fotocopia, registro, etc., sin el permiso previo por escrito de MIRA EDITORES, S.A.

© Alfonso Zapater

© MIRA EDITORES, S. A.

Concepción Arenal, 22 — 50005 Zaragoza

Tel. 976 40 32 70/976 35 41 65 — Fax 976 40 32 70/35 10 43

WEB: www.miraeditores.com — E-mail: mira@ctv.es

Este libro ha sido editado con la colaboración del Excmo. Ayuntamiento de Monzón

Ilustración de cubierta: *Retrato de Joaquín Costa, a los 24 años*. Fotografía Rivas, Madrid (Puerta del Sol, 5), 1870. Colección José María Auset Viñas, tomada del libro *La imagen de Joaquín Costa. Exposición iconográfica en el 150 aniversario del nacimiento de Joaquín Costa*, Huesca, Ediciones Suelves, 1996.

Diseño de portada y maquetación: Equipo de Mira Editores

Primera edición: mayo de 2000

ISBN: 84-8465-006-5

Depósito Legal: HU-202/2000

Impreso en España

GRAFIC RM COLOR, S.L., Ganadería, parcela 27 B, nave 2 — 22006 Huesca

A Pedro Laín Entralgo,
mi querido amigo, paisano y maestro

El encargado del registro civil me dijo que no había encontrado el nombre en el libro de defunciones, después de haber pasado varias veces por el archivo.

— Ese nombre no consta —concluyó.

— Mira bien, debe tratarse de un error.

— Imposible.

Juan García no podía creerlo, sin salir de su asombro. Para eso había llegado hasta allí, después de tantos años de investigación, revisando archivos, buscando en bibliotecas, dialogando con los descendientes del difunto. Insistió, porque no daba crédito a lo que escuchaba.

— Repase la lista, por favor. Está enterrado aquí, puede leerse en su epitafio.

— Sí, ya lo sé pero, oficialmente, no existe.

— Compruébalo, de todas formas.

Abrió su cartera de mano para consultar unos apuntes. No cabía duda. Los servicios funerarios habían sido encomendados a la casa de Emilio Alonso, y se excavó una tumba de 2,40 metros de largo por 1,20 de ancho, en terreno frontera al pantano de los canchinos, limitando por la parte de atrás con la sepultura de Javier. Allí, en la que entonces era calle central, a la izquierda, formando un ángulo con la penúltima calle lateral, estaba la capilla. Llevaba confeccionado un pequeño plano, bien detallado. El primer teniente de alcalde, don Manuel Maxaco, se ocupó personalmente de elegir el lugar, junto con su compañero de corporación don Marceliano Lláiz, y no era raro, como muchos seguran sosteniendo al cabo del tiempo transcurrido, que aquella porción de tierra no se considerara sagrada, sino parte del cementerio civil, destinada a los no creyentes o que no morían en gracia de Dios, pues el propio arzobispo concedió autorización para enterrar al cadáver en el cementerio católico de Torrero.

— No, no está — volvió a negar el encargado del registro.

Este libro ha sido editado con la colaboración del Excmo. Ayuntamiento de Moremín.
Ilustración de cubierta: Retrato de Joaquín Costa, a los 29 años. Fotografía Rivas,
Madrid (Puerta del Sol, 5), 1870. Colección José María Auzat Vilas, tomada del
libro La imagen de Joaquín Costa. Exposición monográfica en el 150 aniversario
del nacimiento de Joaquín Costa, Huesca, Ediciones Sotiles, 1995.
Diseño de portada y maquetación: Equipo de Ilm Fátors
Para más información: mayo de 2010
ISBN 94-8445-091-6
Deposito Legal: HA.202/2010
Impreso en España
GRUPO DE EDITORIAL, S.L., Ganadería, parcelas 27 B, nave 3 -- 22006 Huesca

El encargado del registro del cementerio movió la cabeza negativamente, después de haber pulsado varias teclas del ordenador.

— Ese nombre no consta —concluyó.

— Mire bien, debe tratarse de un error.

— Imposible.

Juan García no podía creerlo, sin salir de su asombro. Para eso había llegado hasta allí, después de tantos años de investigación, revisando archivos, buceando en bibliotecas, dialogando con los descendientes del difunto. Insistió, porque no daba crédito a lo que escuchaba:

— Repase la lista, por favor. Está enterrado aquí, puede leerse en su mausoleo.

— Sí, ya lo sé; pero, oficialmente, no existe.

— Compruébelo, de todas formas.

Abrió su cartera de mano para consultar unos apuntes. No había duda. Los servicios funerarios habían sido encomendados a la casa de Emilio Alonso, y se excavó una tumba de 2,40 metros de largo por 1,20 de ancho, en terreno frontero al panteón de los canónigos, limitando por la parte de atrás con la sepultura de Jardiel. Allí, en lo que entonces era calle central, a la izquierda, formando un ángulo con la penúltima calle lateral, pasada la capilla. Llevaba confeccionado un pequeño plano, bien detallado. El primer teniente de alcalde, don Manuel Marraco, se ocupó personalmente de elegir el lugar, junto con su compañero de corporación don Marceliano Isábal, y no era cierto, como muchos seguían sosteniendo al cabo del tiempo transcurrido, que aquella porción de tierra no se considerara sagrada, sino parte del cementerio civil, destinada a los no creyentes o que no morían en gracia de Dios, pues el propio arzobispo concedió autorización para inhumar el cadáver en el cementerio católico de Torrero.

— No, no está —volvió a negar el encargado del registro.

— Examínelo aquí usted mismo — Juan García le acercó el plano con los apuntes y una fotografía—. El mausoleo es éste, con su busto en lo alto, para que no haya dudas. Lea la inscripción: «Aragón a Joaquín Costa, nuevo Moisés de una España en éxodo. Con la vara de su verbo inflamado alumbró las aguas vivas en el desierto estéril. Escribió leyes para conducir a su pueblo a la tierra de promisión. No legisló».

— Sí, pero no dice «Aquí yace», que es la fórmula habitual.

— Observe esta otra fotografía, es del entierro. Verá a su hermano Tomás, abrazado al señor Gasset, el ministro de Fomento.

— Comprendo, pero yo no puedo hacer otra cosa.

— Lo enterraron en domingo, a últimas horas de la tarde.

— Los domingos por la tarde no se entierra, aunque no sé si antes...

El encargado del registro esbozó una leve sonrisa, comprensivo. Estaba acostumbrado a atender todo tipo de consultas, por extrañas que fueran. Miró detenidamente a su interlocutor, tan absorbido en un tema ya pasado, que se prestaba a las más aventuradas conjeturas. Sólo los estudiosos e investigadores podían tener interés, y Juan García le comentó que trabajaba en una tesis doctoral. Días atrás le había llegado también un tipo estafalario, presentándose como hijo de Joaquín Costa, nada menos.

— En 1996 se cumplió el ciento cincuenta aniversario de su nacimiento —alegó Juan García.

— Aquí sólo celebramos la muerte.

— ¿Podría darme la relación de inhumaciones realizadas aquel día?

— La tengo en la pantalla del ordenador —respondió el empleado—: sólo hubo ocho, y ninguna es la que usted busca. Espere un momento, que voy a consultar al administrador.

No podía ser, porque el entierro de Costa constituyó un hecho público relevante, del que dieron testimonio miles de personas. Resultaba inverosímil que no hubiera quedado registrado en el cementerio de Torrero.

Sin embargo, allí tenía la prueba. El encargado pulsó la tecla de la impresora y todo quedó reflejado en aquel folio firmado por el pro-

pio administrador del camposanto, Pedro Villasol. «Relación de inhumaciones efectuadas el 12 de febrero de 1911: Aniceta San Millán Pirtó, 60 años; Elías Jaime Larraz, 79 años; Pascual Martín Alonso, 77 años; José Mesada Alba, 19 meses; Esteban Castillo Puyol, 19 meses; José Laviñeta Benito, 1 día; Mariano Mustiones Bernal, 8 meses; Adolfo Luis Securín Ruiz, 3 años». Tres personas adultas y cinco niños. Y ninguno llamado Joaquín Costa Martínez, ni de su edad, sesenta y cuatro años, aunque aquel 14 de septiembre hubiera cumplido los sesenta y cinco.

Pidió consultar el registro del día siguiente, 13 de febrero, lunes, por si figuraba la anotación con fecha posterior, debido a que la inhumación había tenido lugar en la tarde del domingo, y tampoco.

—El nombre de Joaquín Costa no aparece entre las inhumaciones del cementerio de Torrero.

No quedaba ni un cabo suelto por atar, ninguna duda, y Juan García volvió a meter sus apuntes y fotografías en la cartera de mano, junto con la relación de inhumaciones efectuadas en el cementerio de Torrero el 12 de febrero de 1911, y se dispuso a abandonar las oficinas, cuando el encargado del registro se dirigió a él con estas palabras:

—Perdone. ¿Es importante lo que busca?

—Sí, creo que sí. Representa el final de mi trabajo. O el principio, nunca se sabe.

—Es que, hace una semana o diez días, vino a consultarme lo mismo un curioso personaje.

—¿Curioso?

—¡Y tanto! Vestía un abrigo negro, que más bien parecía una levita, y guantes de igual color. Lucía barba gris y tenía el pelo rizado, y los ojos azules, tirando a verdes.

—¿Edad?

—Indefinida. Me dijo que era hijo de Joaquín Costa y que se llamaba Moisés.

Aquel día se sintió triste, inmensamente triste. Le costaba dar crédito a la realidad, admitiéndola tal como se le presentaba. Después

de tantos años trabajando, se encontraba con una mentira: el nombre de Joaquín Costa no figuraba en el registro oficial del cementerio de Torrero, ni había constancia alguna de su muerte. Sin embargo, él estaba allí. Una vez más entró en el recinto sagrado y se detuvo ante el espléndido y singular mausoleo con la vera efigie de Costa, tribuno de la España en quiebra, denunciando la corrupción del sistema político reinante. La reproducción de un templo griego, con las clásicas columnas en su fachada, simbolizaba a la sabiduría. Todo sobre una elevación rocosa que recordaba Las Forcas, de Graus. «Allí quiero que me entierren». Y él, nuevo Moisés de una España en éxodo... ¿Moisés? Recordó las palabras del encargado del registro del cementerio: «Me dijo que era hijo de Joaquín Costa y se llamaba Moisés». Volvió sobre sus pasos. No podía ser. Costa murió hacía muchos años y jamás se habló de que tuviera un hijo. Sí, en cambio, de una hija, aunque nunca estuvo casado. Pero terminó reconociéndola para que ésta se casara como Dios manda. En fin, la historia es muy complicada. Se detuvo para abrir otra vez su cartera de mano y releer la relación de inhumaciones efectuadas en el cementerio de Torrero el 12 de febrero de 1911, que estaba firmada por el propio administrador. Nada. Aquel documento no podía disipar las dudas, aunque sirviera para demostrar que el cadáver de Costa no existía oficialmente en aquel lugar... Puso en orden sus papeles antes de cerrar nuevamente la cartera.

Por segunda vez, entró en el registro y le preguntó al encargado:

—Perdone que insista, no quisiera volver a molestarle. ¿Cómo podría encontrar a ese curioso personaje, según usted, que se hace pasar por hijo de Costa?

—Sólo sé que se pasea por Zaragoza, sin preocuparse de su aspecto, de si llama la atención o no. Tiene pinta de vagabundo, pero no pide. A veces le he visto hablando solo, improvisando discursos ante un público que le escucha atónito.

—¿Dónde?

—En la plaza de José Salamero, donde antaño se ponían los charlatanes.

Dio las gracias y decidió regresar al centro de la ciudad. Enfiló por la avenida de América, paseando. Necesitaba poner en orden sus pensamientos; después tomaría un taxi que le llevara a su punto de

destino. Recordó que en una ocasión fueron exhumados los restos de Joaquín Costa, con motivo de realizar obras en el mausoleo. La sepultura se hallaba revestida de ladrillo y cemento. Aunque, si aquellos no eran sus restos, tal como se desprendía documentalmente, ¿a quién pertenecían? Todo se presentaba demasiado enredado, tanto como la yedra que trepaba por la roca del monumento.

Llegó a la plaza de Salamero alrededor de las doce del mediodía. Había varios grupos de personas, hombres en su totalidad, unos sentados sobre los bancos de piedra y otros de pie, formando corro. En su mayoría, desocupados. ¿De qué hablarían? Prestó atención, al tiempo que recorría con la mirada uno por uno, y ninguno lucía barba ni llevaba levita y guantes negros, de acuerdo con la descripción que le habían dado.

No podía equivocarse, porque su aspecto era inconfundible. Las conversaciones giraban en torno a los más diversos temas, se hablaba de todo, preferentemente de política, de deporte y de toros, como siempre. Algunos estaban cerrando tratos de no se sabía qué.

Pasó media hora larga, a la espera, y nada. Por último se decidió a preguntar:

— ¿Han visto a un hombre de barba gris, casi blanca, y pelo rizado, que viste levita negra?

— ¿Levita negra?

— Digamos que un abrigo o gabán que parece una levita, y guantes. Siempre usa guantes, negros también.

— ¡Acabáramos! Usted se refiere al Costa.

— ¿Le conocen por ese nombre?

— Él se cree que lo es, y nos suelta unos discursos de órdago. Ahora lleva dos o tres días sin venir por aquí.

— ¿Alguien conoce su paradero?

— No.

En lo sucesivo, ya sabía dónde tenía que acudir. Dio las gracias y se marchó, más interesado que antes por cuanto acababa de descubrir. Su investigación tomaba un sesgo inesperado, ya en la recta final, cuando él se disponía a cerrarla con la muerte, que en este caso se ofrecía más bien como principio.

En el paseo de la Independencia, bajo los porches, en la esquina con la calle de Cádiz, se encontró a Leoncio Morral, otro loco, pensó, pues siempre le abordaba para hablarle de su pasión, mucho más desde que se enteró de su trabajo sobre Joaquín Costa.

Leoncio solía ir bien vestido, con buen aspecto siempre. Tenía la cara redonda y el pelo lacio, con raya en medio, cayéndole en corta melena a ambos lados de la cabeza.

— ¡Don Juan! ¡Don Juan! Esta noche no he podido dormir.

— ¿Por qué?

— Don Joaquín Costa. Le he visto otra vez. ¡Qué hombre! Dice que es urgente regenerar España, después de tanta corrupción, porque aquí se han juntado dos distintas quiebras: una, la quiebra de la Hacienda, y otra, que le había ya precedido, y que no ha hecho ahora sino confirmarse y agravarse, la quiebra de la nación. La misma grosera farsa en las elecciones y la misma declarada impotencia del poder legislativo para legislar. El mismo cobarde secuestro de la libertad y del derecho. La misma Europa mirándonos con humillantes lástimas. Debemos ser ciudadanos de una nación civilizada, guiados por artistas de pueblos, encendidos de piedad. ¡Qué palabras, Dios mío!

Leoncio Morral se llevaba las manos a la cabeza, después de su acostumbrada perorata, en la que entremezclaba frases de Costa con las de su propia cosecha. Sucedió cada vez que se topaba con él. ¡Don Juan, qué casualidad! Acabo de dejar a don Joaquín. Estaba entre la gente, con el pueblo siempre. «Para el pueblo no se ha hecho todavía la revolución». Hablaba como si Joaquín Costa estuviera vivo todavía, pues parecía incapaz de separar los sueños de la realidad.

— A propósito —le interrumpió Juan García—, ¿tú conoces a Moisés, un viejo que se hace pasar por hijo de nuestro gran hombre?

— Nada de hijo —le corrigió Leoncio—, es don Joaquín, el nuevo Moisés.

— ¿Dónde está?

— Por ahí. ¿Quiere algo para él?

— Sí, necesito verle.

— Cuando vuelva a encontrarlo, ya le preguntaré por su dirección. ¡Madre mía, qué cabeza! Seguimos lo mismo que estábamos, el

pueblo gime en la misma servidumbre que antes, la independencia no ha entrado en su hogar. Sólo los ladrones tienen privilegios. ¿Usted lo entiende, don Juan?

Juan García sonrió comprensivo.

— Toma —dijo, al tiempo que le entregaba unas monedas—, para que tomes café.

— Gracias. Pero si usted supiera... No puedo dormir pensando en Costa.

La eterna cantinela. Por fortuna, su locura era pacífica y no revestía peligro alguno, aunque, como todos los locos, decía muchas verdades, la mayoría de ellas extraídas del ideario costista, que se sabía de memoria.

Cruzó el paseo y se metió en un bar. Hizo un alto para tratar de poner en orden sus pensamientos. Calculó las personas que podían encontrarse con vida después del entierro de Joaquín Costa, testigos de excepción de aquel acontecimiento. Pero entonces, con toda seguridad, eran unos niños y no podrían recordar. Los de noventa años serían muy niños en 1911, y de noventa en adelante no quedarían muchos, por más que cada día nos sorprendía con mayor número de centenarios, y en ese caso ya guardarían recuerdos de aquel hecho. De cualquier forma, ¿qué podrían decirle que él no supiera, por haberlo leído en los periódicos de la época y en los libros?

Llevaba varios años siguiendo las huellas en torno a Costa, recogiendo datos, juntando palabras, copiando frases, hasta el punto de sentirse plenamente identificado con la idea y el espíritu del personaje, y ahora se encontraba con aquel insólito descubrimiento.

Contemplaba Las Forcas, desde su despacho, y soñaba allí su tumba, un promontorio rocoso que se alza sobre la margen izquierda del río Ésera. Allí quiero que me entierren, dijo. Y lo llevaron, por voluntad del pueblo, al cementerio católico de Torrero, donde su nombre sólo se lee en el mausoleo.

Absorto en sus pensamientos, fruto de las encontradas sensaciones, no reparó en la presencia de Leoncio Morral, otra vez, que estaba llamando su atención con grandes aspavientos, ¡aquí me tiene, don Juan!, todo solucionado. Juan García levantó la cabeza, sin comprender, y su mirada se clavó en el infinito.

— ¡Es asombroso! Pensar en él y ya está. No me lo quito de la imaginación. ¿Qué haríamos nosotros sin don Joaquín?

— ¿Qué dices ahora?

— Que está aquí, entre nosotros.

— ¿Quién?

— Don Joaquín Costa. Tengo su dirección. Vive en la calle de San Pablo. Se la traigo apuntada en este papel.

Juan García comprendió al cabo. Leoncio Morral se refería a aquel otro loco que se hacía pasar por hijo de Costa.

— ¿Estás seguro? — preguntó, de todas formas.

— Sí, pero me ha revelado que su verdadero nombre es Moisés Costa, justamente el que dictó leyes para que España llegara a la tierra de promisión.

Permaneció esperando en el portal durante varias horas, tras comprobar que nadie respondía a sus llamadas. La puerta de su vivienda se hallaba al final de un sórdido patio, estrecho y largo, sin apenas luz. Los vecinos le informaron: «Suele venir muy tarde, no tiene hora».

Un joven se le acercó, solícito:

— ¿Busca al Costa?

— Moisés Costa pone en esta nota.

— No se lo crea. Lo de Costa es por el parecido. En realidad, se llama Moisés Jourdain.

— Ese apellido es francés.

— Él creo que nació en Francia.

— ¿De qué vive?

— No se sabe. Nunca se le conoció un trabajo fijo. Su casa, por llamarla de alguna manera, está llena de libros y legajos. A nadie pide dinero, se vale por sí mismo, y no le preocupa llamar la atención por su aspecto y su indumentaria, porque ésa es la voluntad de su padre, según refiere, y él se comporta como su digno heredero.

Juan García aprovechó para recabar el mayor número posible de datos, atraído por el singular personaje. Había algo de misterio en

todo ello. Supo que Moisés Jourdain, al que los vecinos conocían por el Costa, viajaba con frecuencia, y él decía que se iba de mítines, porque era necesario regenerar España, gobernada por la mediocridad incapaz, sin oposición seria y con unos partidos que sólo se dedicaban a insultarse los unos a los otros, sacando los trapos sucios, en tanto que aprovechaban el poder en propio beneficio.

—Seguimos lo mismo que estábamos; el pueblo gime en la misma servidumbre que antes, la independencia no ha entrado en su hogar, su mísera suerte no ha cambiado...

Lo vio llegar con pasos torpes, apoyado en un bastón, dejando escapar su voz de trueno, recia y sonora. Le llamó la atención su figura hercúlea, ancho de hombros, con el pecho abultado y la cabeza erguida, su noble barba gris y su pelo rizado, suavemente ondulado, los ojos de color azul verdoso. Se le antojó una aparición y sintió un escalofrío. Cuando lo tuvo ante sí, observó sus andares titubeantes, con los pies extremadamente pequeños para su corpulencia física.

«Un gigante con pies de niño», recordó.

Se detuvo ante Juan García y éste le comunicó sus dudas y sus pretensiones:

—Me han dicho que usted es hijo de Costa.

—Yo soy Costa —respondió.

—¿Cuántos años tiene?

—Aunque no lo parezca, he cumplido ochenta y ocho.

—O sea, que cuando Joaquín Costa murió, usted era un niño de pocos años.

—Joaquín Costa no ha muerto, los hombres como él no mueren jamás. ¿A que lo ha oído más de una vez? Aquí me tiene, profeta de dolores, predicando en el desierto estéril, abogando por la regeneración de España, un país en ruina, abocado a la bancarrota. Política reductora o simplificadora, eso es lo que necesitamos. La ley, en biología, es que el cuerpo viva de sus órganos; y aquí, al revés, los órganos han vivido abrazados al cuerpo, como la yedra al árbol, y lo han aniquilado. Pase, pase a mi santuario. Le estaba esperando.

Le condujo por el pasillo lóbrego hasta la puerta de su vivienda. Juan García no disimuló su asombro. Tuvo que restregarse los ojos para convencerse de que estaba despierto, que todo era real. Acce-

dieron a una habitación rectangular, amueblada con una mesa de pino, llena de papeles en desordenado revoltijo, un tintero en su propio soporte y espacio para dejar la pluma y un archivador. En primer término, una mecedora sin brazos, junto a la mesa pero apoyada en la pared lateral; y otra, en el lado opuesto, con los brazos correspondientes.

— Siéntese —invitó.

Las paredes estaban prácticamente cubiertas por estanterías de tablas, repletas de libros y legajos. Frente a la mesa presidía un retrato de Nicolás Salmerón, según le iría explicando el propio Moisés. También, los retratos, en menor tamaño, de Marcelo y Álvaro Martínez Alcubilla, y, entre la ventana y una puerta que daba al patio interior, las fotografías de Gabriel Rodríguez, Iradier y Osorio Zabala. Parecía una réplica exacta del despacho que utilizara Joaquín Costa en Graus, que se conserva gracias a los desvelos de su sobrino nieto José María Auset. «Todo está como él lo dejó».

Juan García ocupó la mecedora de la derecha, la que tenía brazos, en tanto que Moisés Jourdain, el Costa, se acomodó trabajosamente en la situada junto a la pared y dejó recostar su cabeza sobre el muro.

— ¿Vive solo?

— Doctrinalmente, en lo que toca a la comunidad del espíritu, estoy acompañadísimo. Pero como organismo físico, doliente, agitado, caído, impotente para todo, sin medios personales que alcancen ni de lejos las muchas y grandes responsabilidades y exigencias que me ha ido creando el pasado, cercado de remordimientos, sin una pulgada que no exhiba la señal de una herradura, absolutamente solo: sin asiento, sin casa, sin secretario, escribiente, criado; sin madre, mujer o hermana, teniendo que hacer todo por mí o teniendo que dejarlo de hacer, y oyendo o leyendo a diario las mismas preguntas. No sé si, en esta ocasión, le he contestado a usted.

— Sí, no se preocupe. A mí me interesa conocer los momentos finales de Joaquín Costa, cómo fueron, y aspectos de su vida íntima...

— Y ha recurrido a la fuente de las aguas claras —le interrumpió Moisés.

Probablemente no estuviera loco. Al menos, no daba esa impresión. En todo caso, sufría un trastorno de la personalidad, creía realmente que era hijo de Joaquín Costa, con su parecido físico sorpren-

dente y su atrofia muscular, y en según qué momentos se creía Joaquín Costa mismo, vivo todavía, siempre vivo, o quién sabe si reencarnado. Por eso justificaba que sus restos no existieran oficialmente en el cementerio de Torrero. Su voz era profunda y tronante, como la de Costa, y sonaba llena de palabras y frases suyas. De cualquier modo, Juan García consideró que la ayuda de Moisés podía serle muy útil, puesto que demostraba conocer a la perfección al personaje que le interesaba, fuese hijo suyo o no, extremo este que no se podía aclarar. Además había dicho que le estaba esperando. ¿Por qué? Aquel hombre ejercía una especial atracción.

—Usted nació en Francia, no en Monzón —se atrevió a poner en claro.

—Para más detalles, en Toulouse.

—¿Cómo se explica, entonces?

—Es muy sencillo.

Se levantó con el apoyo de su bastón, que tenía refirmado en la mesa, y le llevó al extremo de la habitación para que leyera un documento que tenía enmarcado.

«En la villa de Monzón, provincia de Huesca, obispado de Lérida: Yo, don Rafael Castanera, canónigo vicario de la colegiata de la misma, bauticé solemnemente a un niño nacido en dicha villa, el día anterior a las cinco de la tarde, hijo legítimo de Joaquín Costa, natural de Benavente, vecino de Monzón, labrador, y de María Martínez, natural de Graus, vecina de Monzón; siendo sus abuelos paternos Josef, de San Esteban de Mall, y María Larrégola, de Esdrás, y los maternos Vicente y Martina Gil, ambos de Graus. Se le puso por nombre Joaquín; y fueron sus padrinos Francisco Sorribas, de Monzón, soltero, de oficio jornalero, y Antonia Salamero, de Graus, vecina de Monzón, soltera, de oficio jornalera, a quienes advertí del parentesco espiritual y obligaciones que por él contraen. Siendo testigos Antonio Guarder y Joaquín Ferrer, ambos de Monzón, solteros, escolanos.

»Y para que conste, extendí y autoricé esta partida en el libro de bautizados de esta Parroquia. Monzón, día quince de septiembre de mil ochocientos cuarenta y seis. Rafael Castanera Can^o Vic^o».

El certificado de esta partida de bautismo llevaba fecha, sin embargo, del 17 de diciembre de 1887, y estaba extendida por el entonces párroco de Santa María de Monzón, don Ramón Torrent, el cual

dejó constancia de que los datos facilitados se encuentran en el Libro 12 de bautizados de la Parroquia, con el número 197. De ello da fe el notario del Colegio Territorial de la Audiencia de Zaragoza, Juan Francisco Franco.

— Tuve que sacar ese documento previamente a la fundación de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza. Fue el principio de mi campaña política.

Juan García esbozó una leve sonrisa.

— Costa nació el 14 de septiembre de 1846. Han transcurrido más de ciento cincuenta años.

— Los hombres como él sólo conocen la fecha de su nacimiento, porque no existe la de su muerte.

En el fondo, tenía razón. Indudablemente, aquel hombre estaba en el secreto de muchas cosas y no era cuestión de ponerse a averiguar las causas que le habían conducido hasta allí. Juan García asintió, mientras le escuchaba, esperando el momento de intervenir para encauzar la conversación por donde él verdaderamente deseaba. Dejó que Moisés Jourdain tomara confianza, en tanto trataba de ir desentrañando su verdadera personalidad, identificando su origen, confundida como estaba con la de Joaquín Costa, en la creencia de haber reencarnado su espíritu y su ser, este brazo, el derecho, me falla en una gran parte, infame atrofia!, los músculos del lado derecho no se ligan con la escápula, están faltos de inervación, yacen en una atonía desesperante, sus movimientos son pesados y violentos y no puedo levantarlo casi a ninguna altura como el izquierdo. Igual que le sucedía a Joaquín Costa, dedujo Juan García; demasiadas coincidencias.

Al fin, Moisés Jourdain empezó a hablar de la herencia recibida, pues era depositario de la palabra y la carne, «la última vez que lo vi tendría yo tres años, casi cuatro, pues fue en 1909 ó 1910, no puedo precisarlo, pero aún lo recuerdo, pese a mi corta edad». Su madre, Frédérique Jourdain, había sido siempre el amor secreto de Costa. Se conocieron en París, en el verano de 1867, cuando él contaba sólo veintiún años y ella era una niña de la edad de Moisés, hija de los dueños de la casa donde Costa vivía hospedado. Ambos intimaron mucho, familiarmente, pues no podía ser de otra manera, dada la diferencia de edad.

—Mi madre, de niña, sólo quería jugar con Joaquín Costa, se pasaba las horas sentada en sus rodillas y le pedía que la sacara de paseo. Costa permaneció en París casi todo el año 1867, desde el 1 de marzo, y cuando se marchó continuó la relación por carta. Un día, mi madre y él volvieron a encontrarse, trece años después, hacia 1880, cuando Joaquín Costa ejercía como profesor de la Institución Libre de Enseñanza, en Huesca, y aprovechó unas vacaciones para recorrer el Somontano y el Pirineo y se decidió a cruzar la frontera para reunirse con Frédérique, que entonces era una joven bonita y atractiva, y desde entonces su relación fue a más. Se amaron intensamente y mantuvieron oculto su amor. Mi madre terminó por trasladar su residencia a Toulouse, para estar más cerca.

Juan García escuchaba atentamente, asintiendo con la cabeza. Se hizo un silencio espeso y prolongado. Moisés Jourdain se quedó con los ojos entornados. Su relato, aunque insólito, presentaba visos de autenticidad; sus palabras tenían el acento de la sinceridad.

—Podían haberse casado.

—Sí, pero Costa había iniciado su carrera política y no pensó en adquirir otros compromisos, puesto que su amor no precisaba semejante confirmación, ya que era cosa únicamente de él y Frédérique. Continuaron, pues, su relación ininterrumpidamente, aunque se veían poco. Pasaron los años y un buen día mi madre se quedó embarazada, pese a que ya sobrepasaba cumplidamente los cuarenta años.

—¿Cuántos años tenía entonces Joaquín Costa?

—Mi padre estaba para cumplir los sesenta o quizás los sesenta y uno. Seguro que recibió la noticia con gran alegría, porque yo era el heredero que esperaba, el nuevo Moisés, presente en el desierto a la espera de recibir las Leyes de Dios.

Dijo que su madre murió siete años después que Joaquín Costa, aquejada de una terrible enfermedad, pero antes lo dispuso todo para que él estuviera en condiciones de hacerse cargo, cuando llegara el día, del testamento correspondiente. Asistieron juntos, madre e hijo, a aquel entierro sin muerto —se empeñaba en excluir la muerte, porque sólo le importaba la vida—, y velaron el cadáver en el salón rojo del Ayuntamiento de Zaragoza, sin que los miles de personas que desfilaron ante el féretro repararan en ellos. Tampoco se dieron a conocer. La última persona que pasó ante el féretro fue un estudiante,

Ramiro Soláns, con el que Moisés Jourdain trabó amistad años más tarde.

— Yo balbucí: «Ese hombre es mi padre y no está muerto». Llevaba la levita y los guantes negros, como yo, y tenía la cabeza reclinada, con la barba sobre el pecho, el vientre abultado... Y, ahora, yo soy él.

— ¿Por qué ha dicho, al poco de encontrarnos, que me estaba esperando?

— Porque, al verle, he recibido la señal de la que me habló mi madre.

— ¿Qué señal?

— Ella me dijo: «Cuando veas un hombre joven que va buscando a Costa, no lo dudes; será el que estabas esperando para hacerle la revelación». Y ese momento ha llegado, cuando ya desesperaba. He resistido, me he rebelado, pero hoy, decididamente, me doy. Usted ha recorrido el camino, siguiendo mis huellas, y aquí me tiene, dispuesto a transmitirle el secreto que tengo guardado desde mi niñez.

Se había referido a una herencia que no tenía carácter económico. A él le bastaba para vivir con la pensión que le dejó su madre, dentro de la modestia que le caracterizaba, lo suficiente para haber entregado su vida al estudio, hilvanando ideas del pasado que no deben perderse, porque son de todo tiempo. Repitió lo relativo a la herencia recibida y el testamento. ¿Qué testamento? Juan García no acababa de comprender aquellos términos. Para ser un loco, pensó, parece demasiado cuerdo. Lo mejor sería dejarlo seguir hasta el final, que se anunciaba ya próximo.

Moisés le miró fijamente a los ojos, antes de pronunciar aquellas palabras:

— Usted es el elegido.

— Yo he venido únicamente a obtener nuevos datos para el trabajo que estoy realizando.

— Los tendrá, no se preocupe.

Instantes después le confesó, según él, la gran revelación: Joaquín Costa había dejado escritas unas memorias personales, de las que sólo hizo partícipe a Frédérique Jourdain. Ése era su legado. No se trataba de un diario propiamente dicho, tal como el que escribió en

su época juvenil, a partir del 15 de junio de 1864, de sobras conocido por los investigadores y estudiosos, sino de algo, si cabe, mucho más íntimo, puesto que recogía aspectos de su vida hasta entonces desconocidos, junto a la valoración de otras actuaciones públicas.

Juan García abrió los ojos desmesuradamente, no puede ser, eso es imposible. Pero Moisés Jourdain insistió, yo soy el depositario de esas memorias, con la misión de hacerlas llegar al elegido, transmitiéndole el secreto de la eternidad. Hablaba en serio, reposadamente, sin llegar a exaltarse.

—¿Dónde están? —inquirió Juan García, refiriéndose a las memorias.

—En un cofre, del que yo guardo la llave —colgaba de una cadena, en su pecho, y se abrió la camisa para mostrarla—. Aquí la tiene, la he llevado siempre conmigo, desde que me la puso mi madre.

—En Graus... —susurró Juan García—. Yo he trabajado en su despacho. Conozco bien cada rincón. Hace muchos años tuve la oportunidad de revisar y clasificar sus carpetas y legajos, 447 en total. Sé muy bien lo que hay allí.

—Y no encontró las memorias.

—No.

—Claro, es natural; no las iba a dejar en su despacho al alcance de cualquiera.

—Perdone, yo...

—No lo digo por usted, que ha hallado el camino cierto.

Se abotonó trabajosamente la camisa y ocultó la llave que le colgaba del cuello, tal como si fuera una medalla. Nada mejor que una tumba para guardar los secretos, sentenció, y éste es el mejor guardado de todos. Juan García esperó, nervioso e impaciente, hasta que Moisés volvió a mencionar la peña de Las Forcas, elevándose sobre el Ésera, coronada de roca, a manera de catafalco, revestida de tierra y pequeños arbustos.

—Allí quiero que me entierren.

—¿Y bien?

—La respuesta es clara: Joaquín Costa está enterrado allí y no en Torrero.

Imposible. Su cadáver fue embalsamado antes de trasladarlo a Barbastro para meterlo en un furgón del tren y conducirlo a Madrid, donde pensaban enterrarlo en el panteón de hombres ilustres. Pero se quedó en Zaragoza.

— Cuando salía de viaje llevaba siempre consigo el cofre, atado con una cinta. Dentro guardaba sus memorias, su testamento.

Moisés Jourdain seguía con la suya, sin escuchar las palabras de Juan García, y repitió que había llegado el momento de la resurrección de Joaquín Costa, según la señal convenida. El cofre con las memorias podría ser rescatado, después de tanto tiempo; él conservaba un plano detallado, dibujado por el propio Costa, que les permitiría llegar al final. Llevaba fecha del 19 de julio de 1910, siete meses antes de su muerte física aparente. Se levantó de la mecedora y dio unos pasos por la estancia, con ayuda del bastón, aún me queda alguna fibra donde no ha llegado la enfermedad, y así espero que vibrará lo bastante para cumplir con mi deber.

— ¿Tiene coche? — preguntó, de pronto.

— Sí.

— Pues le espero mañana, a las ocho, para viajar a Graus. Venga provisto de un pico y una pala.

Aquella noche, Juan García no pudo apenas conciliar el sueño, tenía pesadillas con Joaquín Costa; tan pronto estaban juntos, dialogando normalmente, como se le aparecía en la capilla ardiente, con mutaciones incomprensibles. La última jornada le había deparado demasiadas sorpresas y le costaba dar crédito a lo sucedido: el descubrimiento en el cementerio de Torrero, el encuentro con aquel personaje estrafalario que se decía hijo de Joaquín Costa, depositario de su testamento, las memorias que había dejado escritas, enterradas en Las Forcas, dentro de un cofre, donde a él le hubiera gustado reposar. No podía asimilarlo, aunque estaba dispuesto a seguir. En cierto modo, le ocurría como a Leoncio Morral, aquel loco pacífico que cada vez que le veía le sacaba dinero para el café, con la excusa de que había visto a don Joaquín Costa, ¡qué hombre!, ¡qué cabeza!, esta noche no he podido dormir. También él, Juan García, velaba enajenado, a fuerza de adentrarse en otra vida, hasta asumirla por completo.

En los muchos años que llevaba de trabajo, investigando, se había tropezado con personajes peregrinos y situaciones de todo tipo, junto a una ignorancia casi general de la figura de Joaquín Costa, al que todos conocían de nombre, en la misma medida que ignoraban su obra o sabían de ella parcialmente, a retazos, fuera de contexto por lo regular. De ahí los equívocos surgidos a través de los tiempos, en que los distintos regímenes, ya fueran monárquicos, republicanos, de derechas o de izquierdas, democráticos o no, se habían apropiado del ideario costista, tomando de él únicamente la parte que más les interesaba y convenía. Algunos amigos de Juan García, compañeros de estudios, llegaron a cuestionar su trabajo, Costa ha pasado, le decían, es un reaccionario, y le tachaban de prefascista por reclamar soluciones urgentes para regenerar el país, recurriendo, si era necesario, a la cirugía, porque es preferible extirpar un brazo al enfermo antes de que la gangrena se extienda y afecte a todo el cuerpo. El desconocimiento se extendía hasta los diccionarios enciclopédicos. La mayoría de ellos fijaban el año de su nacimiento en 1844 en lugar de 1846, limitándose a poner: «Joaquín Costa. Historiador y erudito español. Partidario del regeneracionismo y precursor de la generación del 98». Nada más. O esto: «Escritor y político español. Entre sus obras destacan *Teoría del hecho jurídico, individual y social, Oligarquía y caciquismo, Poesía popular española y Mitología de la literatura celto-hispana*. Únicamente en los grandes diccionarios de varios tomos recibía el tratamiento adecuado. El pueblo siempre estuvo a su lado, aunque a veces no lo demostrara. Tenía calles y plazas dedicadas prácticamente en la totalidad de las ciudades importantes españolas y en muchos pueblos, y sus incondicionales seguían soñando con la redención de España.

Pasó la noche inquieto, mientras se sucedían las pesadillas, el olmo viejo del Barranco, dejad que los niños se acerquen a mí, árbol de la ciencia en el que aleteaban los conceptos y los días, sesenta escalones hasta su despacho, en el número 14 de la carretera, después el 5 de la calle de Joaquín Costa... Le rindió el sueño ya de madrugada. No durmió más de dos horas, cuando sonó el despertador.

Se levantó febril y corrió a asearse con prisa. Desayunó frugalmente, sólo un zumo de naranja. Tardó unos cinco minutos en vestirse para salir a la calle, provisto de un pico y una pala y su cartera de mano bajo el brazo.

— Cuando lleguemos a Graus, a mí no tienen que verme —le advirtió Moisés Jourdain.

— De acuerdo. Dejaremos el coche lo más cerca posible de Las Forcas, fuera del casco urbano.

Alcanzaron Barbastro poco después de las nueve de la mañana.

(— Sólo cuando llego a Barbastro y a Graus me siento en mi patria y en mi tierra.)

Pronto se desvelaría el misterio. Cruzaron el Cinca y al poco enfilaron por el congosto de Olvena, ceñido al Ésera, serpenteando al fondo. Más arriba, el pantano que él había soñado tantas veces, y a la salida del túnel, a la derecha, un cartel indicador: «Embalse de Joaquín Costa».

— Coño, coño... —no pudo contenerse Moisés.

— ¿No tiene que hacer otro comentario que ése?

— Se me ha escapado. Era una de sus exclamaciones más frecuentes, en lenguaje coloquial.

El antiguo embalse de Barasona quedaba a la derecha de la carretera. Así, hasta Graus, una vez rebasado el desvío para La Puebla de Fantova y Secastilla. Se detuvieron a la altura del puente que sirve de acceso a la carretera de Benabarre, a la derecha también. Lo pasaron y torcieron por un camino que descendía al río, a la izquierda, y siguieron por esa margen hasta la proximidad de la peña de Las Forcas.

— Desde aquí se ve mi casa. Aquél es mi despacho —señaló Moisés Jourdain.

— ¿Cómo dice?

No obtuvo contestación, y pidió el plano que había de llevarle al cofre con las memorias de Joaquín Costa. Moisés no quiso salir del coche por temor a que alguien le descubriera. Juan García no insistió y se limitó a coger el plano que le tendía. La peña de Las Forcas, vista desde allí, presentaba una inclinación bastante acentuada, desde su cima, en dirección de las aguas del río, paralelamente. En su zona media destacaba una especie de hendidura, que en algunos tramos se trocaba en oquedad, semioculta por el verde de los arbustos, cubierta por una gruesa roca que semejaba la losa de una gigantesca tumba. Comprobó la situación con el plano y se dirigió a la parte final, a la

derecha, donde la piedra se ondulaba, formando una especie de grieta, y subió hasta allí por las pequeñas torrenteras. Observó a uno y otro lado y se volvió para mirar en dirección al pueblo —la mole del santuario de la Peña elevándose al infinito— y luego al camino, que se empinaba aguas arriba, frente a una simétrica alameda llena de trinos y gorjeos. Consultó el plano repetidamente, hasta que tomó el pico y se puso a trabajar. Los golpes sonaban sordos, sin testigos próximos ni riesgo de que cundiera la alarma. Sacó un metro de cinta que guardaba en un bolsillo del pantalón, y midió las distancias para asegurarse. Utilizaba la pala para extraer la tierra removida, junto con algunos pedruscos. Llevaba más de una hora así, cuando dio con una losa de piedra. Imposible seguir picando. Se fue hacia los lados, tanteando las partes blandas con la punta del pico, para buscar los perfiles. Aquella losa tendría un metro de longitud por unos sesenta centímetros de ancho. Sin duda, era el lugar indicado. Continuó su trabajo, extrayendo la tierra de las partes laterales, tarea que le ocupó casi otra hora de tiempo. Una vez que tuvo la losa completa al descubierto, se puso a hacer palanca con el pico, por uno de sus lados, pero ni siquiera se movía. Estaba envuelto en sudor, después de varias intenciones fallidas. Nuevamente echó mano del plano, y pensó si la losa no estaría asentada con cemento, Joaquín Costa fue albañil en su juventud y bien pudo haber recordado su oficio en sus últimos instantes. Alejó de la cabeza aquella idea descabellada. ¿Pero cómo se le había ocurrido enterrar allí sus memorias, en el supuesto de que realmente existieran? Doble llave al sepulcro del Cid, fueron sus palabras exactas, para que no vuelva a cabalgar. Ello, después de abaratar la patria, de modo que la condición de español deje de ser un mal negocio, disminuir el número de los contemplativos y los parásitos, y repartir equitativamente entre todos la vida media, las leyes acomodadas a la cultura de los más, no de los menos, salto del tapón para el pueblo. Pegó con fuerza en el centro de la losa y se le antojó que sonaba a hueca; no era una ramificación más de la roca que dominaba la montaña, y que se adentraba, posiblemente, hasta llegar al lecho del río. Se puso a excavar tierra de la parte inferior, a ver si así resultaba más fácil, minándole la base. Una vez conseguido su propósito, introdujo nuevamente la punta del pico e hizo palanca, tirando hacia sí con todas sus fuerzas. La losa, formada también de roca, de trazo irregular, cedió unos centímetros. Menos mal. Prosiguió con renovados bríos, espoleado por el hallazgo prometido, y apenas consiguió progresar en

su trabajo. Con el transcurso de los años, el terreno se había solidificado. Se tomó unos minutos de descanso, que aprovechó para observar en derredor, a salvo de curiosos. Reanudó su tarea, y la losa empezó a moverse, hasta quedar prácticamente suelta. La extrajo en su totalidad, con gran esfuerzo. ¿Cómo se las había arreglado Costa, enfermo y prácticamente inútil, para realizar tan compleja operación? La oquedad resultante tenía más de medio metro cuadrado de boca, aunque no podía precisarse su profundidad, pues estaba llena de tierra. Metió la pala, empujándola con el pie, y topó con algo duro. El corazón le dio un vuelco. Utilizó las manos, arañando en la tierra, y dio con una pequeña caja metálica, que extrajo con sumo cuidado. Sin duda, era el cofre que buscaba, pero apenas quedaba rastro de la cinta que lo ataba, convertida en polvo. Por fortuna, cerraba herméticamente, lo que garantizaba el buen estado de su contenido. El interior se conservaría impoluto. Pesaba muy poco, y Juan García descendió de Las Forcas tembloroso y feliz, con su tesoro apretado contra el pecho.

— ¡Aquí está! —gritó a Moisés Jourdain.

— Traiga —pidió este sin inmutarse—. Ahora vaya a recuperar el pico y la pala. Nadie tiene que saberlo.

De regreso a Zaragoza, apenas intercambiaron unas pocas palabras: Juan García, a la espera de abrir el cofre, ansioso por conocer su contenido, y Moisés Jourdain, con la llave pendiéndole del cuello, absorto en sus pensamientos, limitándose a decir: «En Zaragoza le transmitiré la herencia recibida». Respiraba con dificultad, pero se mantenía digno, con su voluminoso pecho de Hércules truncado, la cabeza erguida, la barba ennobleciendo su rostro, hablando solo a intervalos, con su voz tronante, «Zaragoza es la ciudad sagrada, depósito santo de la libertad, el corazón guerrero de la Europa, que se da en sacrificio cuando peligraba la independencia común».

Juan García conducía tenso, a duras penas podía soportar aquella situación, teniendo el cofre allí mismo con las supuestas memorias de Joaquín Costa, un descubrimiento increíble, ya que muchos no le darían crédito. Faltaba por averiguar qué había realmente dentro del cofre; posiblemente no respondería a las expectativas despertadas, en contra de los vaticinios de Moisés. Hasta el momento todo

ha salido conforme él ha señalado, pensó Juan García, cómo admitir tanta locura.

Desde que visitó el cementerio de Torrero para rematar el capítulo de la muerte de Costa, la historia se había trastocado, alterada su normal trayectoria. De repente, se había sumergido en un mundo alucinante, como si perteneciera a otro planeta donde cambia el sentido de la vida y la irrealidad cobra visos reales.

—En mi despacho recibirá la gran revelación —anunció Moisés con voz de trueno.

Juan García se estremeció, sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

Moisés Jourdain sacó una cinta del bolsillo derecho de su levita y la pasó por el cofre.

—Así todo será como antes.

Se lo puso bajo el brazo y ya no lo soltó en lo que restaba de trayecto.

—He cumplido ochenta y ocho años y ha llegado el momento que esperaba, cuando España se debate otra vez entre la quiebra y la incompetencia, con gobiernos incapaces y gobernantes corruptos, Europa, mirándonos decepcionada, porque el Pirineo no ha cedido una sola pulgada de su altura, y el Estrecho, lejos de ensancharse, parece que se ha angostado más, mientras se olvida la historia, que es renuncia del futuro, los colegios e institutos abocados a un sistema educativo donde importa más la tecnocracia que el saber, la misma juventud afluyendo suicida a las aulas militares y civiles, y la justicia, más temida por las gentes honradas que por los propios malhechores, el mismo cómico trueque de papeles, reconviniendo los de la izquierda a los de la derecha, porque éstos no hacen lo que pudieron ellos hacer y no hicieron la víspera, cuando los de la derecha estaban a la izquierda, y los acosaban con idéntica reconvención, como si no fuesen los hombres, sino los bancos, quienes debaten en las Cortes, mientras que yo, Joaquín Costa, continúo siendo un labriego aragonés forrado de intelectual, doctor de dos Facultades, y si emigrase o fuese expulsado de España con cuarenta mil o cincuenta mil doctores o licenciados más —o quinientos mil, no importa—, el país no perdería nada, y, antes bien, ganaría mucho, libre

de ese gran estorbo, mientras lo perdería todo, a punto de no poder subsistir, si emigrasen o fuesen expatriados esos labriegos, esos obreros, esos trabajadores que alguien enquistaba en la vieja tradición medieval, la víspera del día en que a esos hombres van a tener que rendir humildemente armas las levitas, las togas, las sotanas y los uniformes.

El despacho estaba en penumbra, Moisés Jourdain de pie, bajo el retrato de Salmerón, y el cofre depositado sobre la mesa de pino, hablando de manera incontinente, mezclando conceptos. Juan García, en anhelante espera del momento deseado, por ver en qué terminaba aquella extraña aventura, o si, por el contrario, representaba el principio de otra. Le costaba centrarse en el momento que vivía. Aquel hombre se expresaba como Costa, el nuevo Moisés. Imaginaba que era él, y si cerraba los ojos le reconocía igualmente por sus palabras.

Inopinadamente, sin previo aviso, Moisés Jourdain se salía del momento presente para regresar al pasado:

—Empecé a vivir cuando España había llegado al límite de su decadencia. Llegué a la madurez mental el día en que esa decadencia degeneró en catástrofe. Yo había estudiado la historia de mi país, y el choque de lo aprendido con lo que vivía arrancó de mi pensamiento truenos de ira e indignación. Éste es el resumen de mi vida. Ya ve usted que tiene poca importancia.

Calló, se hizo un silencio prolongado. Juan García esperó impaciente, preguntándose todavía si era real aquella escena o fruto de su fantasía desbordada. Si Moisés era Costa y Costa era Moisés. Si de verdad había tenido un hijo nacido en Francia o simplemente se había reencarnado en aquel desquiciado cuerdo, que así podía denominarse.

Moisés Jourdain se desabotonó la parte superior de la camisa y se desprendió de la cadena donde pendía la pequeña llave.

—La he llevado conmigo siempre —confesó—, por voluntad expresa de mi padre, doble llave al sepulcro del Cid, pero el Cid necesita volver a cabalgar.

—¿Para seguir ganando batallas después de muerto?

—La muerte no existe.

Se agachó, penosamente, para acercarse al cofre. La llave encajaba perfectamente en la cerradura; sin embargo, se resistía a girar, sin duda, por la oxidación acumulada en el mecanismo interior.

—Este brazo... —se quejó.

—Déjeme a mí. ¿Puedo?

—Las memorias son tuyas.

Juan García logró dar la vuelta a la llave, al cabo de varios intentos, y el cofre se abrió, dejando ver su contenido, papeles de diverso tamaño y calidad, aprisionados convenientemente, pegados unos a otros, llenos de una escritura menuda y ligeramente echada hacia adelante. La tinta, originariamente negra, aparecía de color sepia, y había palabras, incluso párrafos enteros, apenas legibles. Juan García introdujo la mano en el cofre y asió el paquete de papeles de regular grosor, me doy, no puedo más, la última crisis ha venido para anunciarme el desenlace inevitable, apenas puedo escribir ni dibujar, no tengo libres los movimientos sino a contar desde la muñeca, y no los del brazo, me veo en un apuro indecible. Él conocía bien aquella letra: las palabras, en su mayoría, se enlazaban unas a otras, unidas por un leve trazo de la pluma, debido a la dificultad de desplazar el brazo. Se volvió a mirar a Moisés Jourdain, para buscar su aprobación, y descubrió que estaba llorando, y lloraron los dos abrazados, y se confundió el latido de sus corazones, aquí está la gran revelación, susurró Moisés, y a usted le corresponde esparcir la semilla de la redención y enseñar el camino de la tierra prometida a los habitantes de este desierto estéril.

Se despidieron en la soledad del despacho, sin atreverse a romper el largo silencio que se había producido. Moisés Jourdain, acomodado en su mecedora, con la cabeza recostada en la pared encalada, donde dejara impresa su huella a puro del diario contacto; Juan García, con el cofre en sus manos, apretándolo contra sí, convenientemente cerrado y atado con una cinta, precioso legado de incalculable valor, sol radiante que iluminaría los días venideros. Mantenía su respiración alterada, sacudido por un cálido temblor, que ya no le abandonaría, Joaquín Costa con él, su palabra, su idea, su vida plena, después de haber descubierto que su nombre no figuraba entre los muertos del cementerio de Torrero.

Cuando ganó la calle, la gente le miraba, quién sabe si llamaba la atención por su aspecto abstraído o por la manera de llevar en

sus manos, apretado contra el pecho, aquel antiguo y pequeño cofre, atado con una cinta. Se metió en el coche, que lo había dejado en el aparcamiento de César Augusto, y se dirigió a su domicilio. Entonces cayó en la cuenta de que no había comido, ni él ni Moisés. Cuando llegó a su casa tomó un bocadillo, más por la fuerza de la costumbre que por tener apetito, y se encerró en la habitación que utilizaba como estudio, donde tenía también su biblioteca. Se le hizo pronto de noche, hojeando y leyendo las memorias de Joaquín Costa, perdida la noción del tiempo, y tuvo que encender la luz eléctrica. Comprobó que aquellos escritos no observaban orden cronológico alguno, raramente llevaban fecha, a no ser con motivo de ciertos acontecimientos muy especiales. Nada tenían que ver con el diario de su juventud, iniciado el 15 de junio de 1864, cuando contaba diecisiete años, camino de los dieciocho, y ya se sentía viejo por causa de amargos desencuentros: «Mi vida entera ha sido un tejido de pesares y lágrimas, porque el maldito pundonor que, sin duda, ha puesto la naturaleza en mí con abundancia, ha sido la única causa que me ha atraído, atrae y atraerá constantes desgracias de todo género». Barajaba en muchos casos conceptos parecidos, pero aplicados a otros sucesos diferentes. Más que memorias propiamente dichas, eran retazos de sus recuerdos, revelando muchos aspectos desconocidos hasta entonces de su condición humana. Determinados pasajes se emparentaban con la narrativa, como si formaran parte de una novela. En fin de cuentas, Costa también abordó ese género literario y el de la poesía popular española. Los escritos no guardaban relación entre sí, en cuanto a establecer un hilo argumental. Juan García pensó que debía respetar el orden con el que fueron introducidos en el cofre, fiel reflejo de los estados anímicos por los que atravesaba Joaquín Costa el tiempo en que los escribió. La gran revelación anunciada por Moisés acababa de remontar el vuelo y esperaba, cual la paloma del Espíritu Santo, el momento de elevarse como fuerza sobrenatural para procurar, al posarse sobre las cabezas de los elegidos, la gran purificación mesiánica, el mensaje divino. Lo dijo San Juan Bautista: «Yo os he bautizado con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo». Agua y fuego es el baño renovador de la regeneración, «el Espíritu testifica junto con nuestro espíritu». Costa demostraba ser un profundo conocedor de la Biblia, a la que recurría con frecuencia, sin que influyera en ello, ni poco ni mucho, su pregonado anticlericalismo. La Biblia está presente

en toda su obra. Numerosos capítulos de sus memorias no hacían sino repetir los planteamientos ya defendidos por él a lo largo de sus cuarenta y dos libros publicados, desde 1868 a 1905, y sus numerosos discursos, conferencias y artículos sobre los más variados temas, con la diferencia de que ahora enriquecía sus viejos conceptos con su opinión personal y un peculiar estilo íntimo que hacía más directa y cálida la comunicación. Suponía volver a vivir con él los acontecimientos más sobresalientes que marcaron su existencia, compartiendo emociones y tristezas en el doble plano personal y público. Costa eterno en la muerte imposible. A veces, patriota y gran caudillo; a veces, hombre simplemente, vencido por la impotencia.

Aquél era el testamento de Joaquín Costa, tanto tiempo perdido.

Juan García consideró que su deber era hacerlo público. Y aquí figura íntegro, sin quitarle ni ponerle una coma, incluyendo la nota que el propio Costa escribió de su puño y letra:

«Lo que interese de mí, si algo puede interesar, es lo que he hecho y lo que he escrito. Y eso, si las gentes lo conocen, a nadie tengo que recordárselo, y si no lo conocen, será que no vale la pena, y entonces tampoco parece justificado que se les recuerde».

en los siglos XVIII y XIX, cuando se produjeron los cambios más importantes en la estructura social y económica de España. Durante este período, el país experimentó una profunda transformación, que se reflejó en la literatura y en el arte. Los escritores de esta época, como Cervantes, Lope de Vega y Calderón, abordaron temas que reflejaban la realidad social y política de su tiempo. Su obra es un testimonio de la vida y de los sentimientos de una sociedad en plena evolución.

En el siglo XX, la literatura española continuó desarrollándose, incorporando nuevas corrientes y estilos. Los autores de esta época, como Baroja, Unamuno, Galdós y Pío Baroja, abordaron temas que reflejaban la realidad social y política de su tiempo. Su obra es un testimonio de la vida y de los sentimientos de una sociedad en plena evolución.

En el siglo XXI, la literatura española ha experimentado una profunda transformación, que se reflejó en la literatura y en el arte. Los escritores de esta época, como Baroja, Unamuno, Galdós y Pío Baroja, abordaron temas que reflejaban la realidad social y política de su tiempo. Su obra es un testimonio de la vida y de los sentimientos de una sociedad en plena evolución.

Estas memorias sólo son el esbozo de mi vida, sirva de advertencia, recuerdos e impresiones que atormentaron y atormentan mi existencia en el que yo pienso que será su último tramo, desde mi primera retirada en Graus, en 1901, por más que los compromisos me reclamaron en otros lugares y fueron frecuentes mis viajes, hasta el 28 de septiembre de 1904, que es la definitiva, pues estoy cansado y enfermo y me siento solo, aun junto a la familia. Mis sobrinos Carmen y Ramón Auset se ocupan de mí, como si yo fuera un hijo, quién lo iba a decir; ella, hija de mi hermana Martina, y él, su marido, de los Auset, un joven bondadoso, fiel y obediente, que hace las veces de secretario, pues me escribe los sobres que yo no puedo, porque los carteros no entenderían mi letra enrevesada, hace los recados, va a comprarme cuanto necesito, papel o tinta, y me ayuda a ponerme la levita, como un diligente ayuda de cámara, porque no puedo valerme para ése y otros menesteres. Hasta me acompaña en algunos desplazamientos y es discreto y no hace preguntas; me trata con mucho respeto y consideración.

En el último viaje a Francia, sólo hizo este comentario:

—Uno es hombre, al fin y al cabo, y tiene que desahogarse.

Sospechó que yo iba, como otros muchos, en busca de una aventura que en España no podía permitirme, debido a mi condición de hombre público, en cierto modo, y cuando yo me metía en casa de Frédérique, sonreía maliciosamente, haciéndose el cómplice, y me deseaba que lo pasara bien.

—Que se divierta. Yo esperaré en el hotel, sin moverme —prometía—, un día, una semana, lo que quiera. Lo importante es que usted sea feliz, pero cuidado, no vaya a repetirse lo de Barbastro.

No podía ni siquiera imaginármelo, con Moisés saltando alegremente sobre mis rodillas, y a Frédérique dando friegas a mi brazo atrofiado, para procurarme algún alivio. ¿Cómo explicarle la realidad de la situación? Comprendí que mencionara lo de Barbastro, porque me remordía la conciencia el recuerdo de aquella hija que yo no pretendí. Cometí un error imperdonable, sin tener en cuenta que ella era la viuda de mi amigo y protector, José Vergnes, y me negué a reconocer el hecho, no puede ser hija mía, después de todo.

Yo estaba solo, más solo que nunca, y sin recursos económicos para sufragarme los estudios de Derecho, por lo que tenía que acogerme a los trabajos que me salieran, y José Vergnes me contrató para hacer el catastro de Chapinería, localidad madrileña del partido de Navalcarnero, que entonces censaba 742 habitantes. Era una manera de ayudarme, y a mí me venía bien pasar una temporada en la falda de la sierra de Guadarrama, recreándome en la contemplación de aquel paisaje grandioso, poblado de encinas, enebros y olivos, y las viñas extendiéndose en las escasas llanuras. Algunos días me acercaba, paseando, hasta el manantial de la Apretura. Si me lo permitían las fuerzas, subía a las cimas, y a mis pies se extendía la excepcional panorámica de pueblos, colinas y valles, hasta Madrid, y también podía vislumbrar las márgenes del río Tajo.

Allí respiraba a mis anchas y pensaba en mi tierra, Aragón, que me dolía tan profundamente, y en la condición del aragonés, desarraigado tantas veces. Y ardía de patriotismo. ¿Cuál es la patria del aragonés? Fue a finales de junio de 1870, lo recuerdo bien, porque escribí un manifiesto apasionado, dando rienda suelta a mi imaginación, dejándola volar desde las cumbres del Guadarrama a las del Pirineo:

«Aragonés, ¿cuál es tu patria?»

«Mi patria es allí donde late un corazón magnánimo, allí donde se estrecha una mano franca, allí donde se brinda a la sinceridad, allí donde los labios no venden amistades.

«Mi patria está donde respira un pueblo noble, donde se conserva la hospitalidad homérica, donde nadie baja la cabeza ante ningún tirano, donde los hombres y las mujeres son héroes sin saberlo.

«Mi patria es Huesca, la ciudad vencedora, la rival de Roma, donde Sertorio encuentra una guardia devota, donde funda la prime-

ra Universidad de Europa, donde derrota cuatro veces a las legiones romanas, con los hijos de las montañas.

»Mi patria es Sobrarbe, que escuda la naciente civilización europea de los ataques del alfaque damasquino y libra al cristiano del peso inmenso del Alcorán.

»Mi patria es Roncesvalles, donde el invasor franco es detenido en medio de sus victorias cuando nuestro joven pueblo no había desarrollado aún todas sus fuerzas.

»Mi patria es Oriente, donde un puñado de almogávares, titanes mitológicos, sostienen contra los turcos y los griegos una lucha de cinco años única en la historia, superior en proezas a las guerras médicas, a las púnicas, a las Cruzadas y a la misma Reconquista.

»Mi patria es Lepanto, donde la civilización se salva otra vez de perecer a manos de los turcos, y donde la bandera aragonesa hecha española ondea sobre los fuegos como el lábaro de la victoria.

»Mi patria es Zaragoza, nido de hazañas portentosas, Numancia regenerada, no cantada por ningún Homero, pira de cedros soberbios que se entrega cantando a las llamas para salvar la libertad, el nombre y el porvenir de Europa.

»Mi patria está en las Navas, en Atenas, en Chipre, en Asia Menor, en Berbería, en Nápoles, en Sicilia, en Provenza, en el Rosellón, en el Ampurdán...

»Aragón es la patria universal: todos los buenos caben en ella. Me alegro de haber visitado extranjeros países porque así te amo más, Aragón, honra de mi tierra.

»Alégrate tú también, aragonés, porque has nacido en Aragón. ¡Bendito Dios que me hizo ver la luz del día bajo tu cielo! Si pudiera reclamarme otro suelo, estaría triste, y si volviera a nacer, quisiera nacer en tus montañas.

»Ser aragonés es una gloria, porque mi patria tiene nombres tan brillantes como diamantes los cielos: mi patria se llama Sancho García, se llama Sunyer, se llama Roger de Flor, se llama Roger de Lauria, se llama Berenguer, se llama Jaime I el Conquistador, se llama Pedro el Grande, se llama Alfonso el Magnánimo, se llama Lanuza, Palafox, Agustina de Aragón.

»Ser aragonés es ya un honor. Porque Aragón es la patria de la constancia, de la sinceridad, del arrojo y de la noble independencia; y allí donde se encuentra el honor y la nobleza, la amistad desinteresada, los sentimientos levantados, el amor a la libertad, allí donde se habla con el corazón en la mano y se escucha con la mano puesta en el corazón, allí está la patria del aragonés.

»Defiende, aragonés, tu patria hasta la muerte, porque con ella defiendes la humanidad. Primero que doblegarse al extranjero yugo, sea nuestro cadáver y el cadáver de nuestros hijos el que estorbe al invasor en las fronteras. Disuélvase la tierra como un terrón de azúcar en el éter infinito, sájense como una granada las bóvedas inconmensurables del Averno, estalle el sol con infernal estrépito en medio de los mundos parados y atónitos: antes que todo, la libertad de mi patria.

»¡Aragonés! El egoísmo es extraño a tu patria; no aborrezcas a tu hermano. No empuñes nunca el hierro fratricida; abraza a tu adversario en nombre de la patria, y si es aragonés como tú, te pedirá el título de amigo y no mancharás con tu sangre el seno de tu tierra madre.

»¡Yo te saludo, patria de Aragón! Tu nombre llenará la historia, y tu sello será siempre el orgullo de mi vida. En tanto que aún quede un soplo de aliento, mi alma estará dentro de tus dilatadas fronteras, y cuando los ángeles me hayan arrebatado, aún te echaré de menos desde la nueva patria, a ti, Aragón, que eres la patria del porvenir del mundo».

Así era mi ardor juvenil, apenas cumplidos los veintitrés años, cuando estaba lleno de ilusiones y de sueños. Leí a Elisa el manifiesto, la esposa de José Vergnes, y me escuchó embelesada. Tanto, que ni siquiera reparé en que sus manos me acariciaban y, al terminar, me estampó dos sonoros besos en las mejillas. Yo no le concedí importancia y lo achaqué tanto a la amistad como a la efusión del momento, de suyo emotivo, pues ella, Elisa Palacín —nunca la llamé Isabel, su verdadero nombre—, era también aragonesa, de Barbastro, y esta circunstancia le hizo sentir más profundamente mis palabras. Bastantes años más joven que su marido, parecía una niña a mi lado.

Yo conservaba amorosamente aquel escrito apasionado, no sé por qué, fechado en «Chapinería, junio de 1870». Debajo había añadido dos nuevas frases: «Aragoneses, romanos de los tiempos modernos...» y «Hay hombres que tienen los ojos en la cabeza; haylos que

en el vientre, y los hay que los tienen abiertos en el pecho: de éstos es el aragonés».

En el pasado me dejé llevar por los arrebatos propios de la edad, pero no estoy arrepentido, ahora que me veo postrado en mi casa de Graus, después de haber gastado mis energías en servicios tan dilatados a la nación, mi salud y todo cuanto el trabajo me ha producido, sin darme una sola satisfacción ni reservarme para mí. Me valí, para hacerlo saber, del artículo que publiqué bajo el pseudónimo de Alejandro Medina. Otras veces utilizaba los de Gerardo Madridano o Jesús César, según, porque la gente es muy especial y no acaba de entender que uno hable de sí mismo y lo haga sinceramente; además, ello me permitía entablar polémica conmigo, o sea, con Joaquín Costa, para puntualizar en aquellos asuntos de mayor interés, sin pasar inadvertidos a los lectores.

He llegado a los umbrales de la vejez sin haber sido gravoso a mi país ni a nadie, viviendo de mi sola sustancia, habiendo dado más de lo que he recibido, tanto en mis investigaciones científicas como en mis escritos, tanto en mis propuestas políticas como en el intento de regenerar España para que no llegue al estado en que hoy se ve, con un hatajo de rufianes y de gansos, de ladrones y aprovechados. Ésa es la principal causa de mi enfermedad, al término de una vida tan trabajada, tan llena de adversidades, como acaso no haya otra igual, y que me ha envejecido y postrado prematuramente. ¿Se conocerá alguna vez la raíz del mal que padezco? No faltan aquellos que quieren escribir mi biografía, como mi amigo Manuel Bescós y el bueno de Marcelino Gambón, pero yo me he negado, porque el simple consentimiento me llevaría a un terreno de la vanidad de vanidades. Tampoco merece la pena rectificar las que corren por ahí, siquiera sea parcialmente, desfiguradas, insignificantes, plagadas de errores y que nada aportan sobre mi vida y mi obra. Comprendo que habrá quienes tendrán deseos de conocerme mejor por dentro, mi formación y mi personalidad, y eso es algo que reservo únicamente para los míos.

Frédérique lo comprende y se ha comprometido a transmitir mi mensaje a Moisés, el nuevo Moisés de la España en éxodo, heredero de mi testamento.

Ramón Auset me acompañará a Las Forcas y sé que guardará el secreto, morirá con él, y todo quedará en la noche sin fin hasta el

día de la resurrección. Yo todavía puedo acompañarle, apoyado en su hombro. Tendremos que elegir una hora temprana, antes de que la gente del pueblo empiece a despertar.

Frédérique bajó los ojos, consternada.

—Aleja de ti esos malos pensamientos.

—No, presiento cercano el momento, por eso he dispuesto mi última voluntad.

Moisés me agarró la barba, jugueteando:

—¿Qué es la última voluntad?

No supe responderle y reaccioné mostrándole la pequeña cadena que colgaba de mi cuello, de la que pendía una llave.

—Ésta es mi última voluntad. Muy pronto pasará a ti, junto con un plano que te conducirá al cofre del tesoro.

—¿Qué tesoro?

Moisés empezó a jugar con la llave, en tanto que su madre permanecía en silencio, llorando. Vino a mi lado y se quedó de pie, a mi espalda, acariciándome la cabeza.

—Ven, acuéstate un poco, necesitas descansar. El viaje habrá sido muy pesado.

Cambiamos de carruaje varias veces. El paso por el Pirineo seguía siendo un calvario. Además, dimos un rodeo tremendo, por mor de hacer el trayecto más cómodo, por Sallent y El Portalet. El puerto está a 1.800 metros de altitud. Nos detuvimos para reponer fuerzas en las Fuentes del Gállego e hicimos noche en una de las ventas próximas a la frontera. A la mañana siguiente, alcanzamos Francia por Bagnères de Luchon, que en el lado español llaman simplemente Bañeras. Después, ya no hubo problemas, siguiendo la carretera de Montrejeau, junto a Saint Gaudins, y más adelante Carbonne, a un lado, y ya Muret y Toulouse, la antigua capital del Languedoc, de tantas resonancias en la Corona de Aragón. Destacaban los edificios de ladrillo, junto a la cabecera derecha del río Garona. Ramón Auset ya conocía el itinerario, en la calle de Nazareth, junto a la plaza de la Justicia, entrando por la Fonderie, donde se levanta el Instituto Católico. La referencia más próxima era el muelle de Tounis, a orillas del Garona, y el canal del Molino. Realicé muchos viajes en compañía de Ra-

món, él, imaginando que yo tenía una amante, nada más, con la que necesitaba satisfacer mis necesidades de hombre, como no podía hacer en España, y yo, soñando con la felicidad de otro mundo distinto al que me tocaba sufrir.

Frédérique representa mucho en mi vida, aunque nunca he pensado en oficializar nuestra relación con el matrimonio. Tampoco ella me lo ha pedido, después de tanto tiempo. Y eso que cuando era una niña como Moisés, y jugaba también sobre mis rodillas, solía decirme muy seria:

— Cuando yo sea mayor me casaré contigo.

Permaneció junto a mi cama, acariciándome, besándome dulcemente, su cabeza recostada en mi pecho con rumor de bronquios, sus manos en mi brazo derecho, procurando mitigar mi dolencia.

— Podrían verte los médicos de aquí.

— Es inútil. Ya conoces el nombre de este horrible padecimiento: amiotrofia miopática en estado arterioesclerósico. No tiene solución. Si acaso, me han dicho que puedo encontrar algún remedio en Málaga.

— Quédate con nosotros.

— Mi deber me reclama en España, aunque no sé si tendré fuerzas suficientes para que me oigan. En el peor de los casos, dejaré un plano a Moisés, junto con esta llave, para que vele por mi palabra y mi idea, antes de que sea demasiado tarde. Que Moisés se convierta en Moisés Costa y sea depositario de mi doctrina hasta que surja un hombre capaz de pronunciar el verbo creador, *Fiat Lux*, y ponga en acción sus energías creadoras, que despierten otra vez los viejos patrios con sus generosos alientos y sus gigantescas concepciones, y España habrá comenzado su redención y emprenderá de nuevo su ministerio civilizador en el mundo.

2

Al empezar a escribir mi diario, el 15 de junio de 1864, con la ilusión que es de suponer, pensaba que mis diecisiete años constituían la suma madurez o poco menos. «Mi vida entera ha sido un tejido de pesares y lágrimas». Hoy descubro que estoy empezando cada día, que el principio de todo hombre nace con cada aurora.

Mi vida cambió desde mi primer viaje a Francia. Hay que remontarse al mes de noviembre de 1866, que me presenté en Madrid a unos ejercicios de preselección para ir a la Exposición Universal de París del año siguiente, como albañil de los pabellones españoles, becado por la Diputación Provincial de Huesca, y resulté elegido, tras la recomendación de mi pariente Manuel Camo. Yo dominaba bastante el idioma galo, pues en el Ateneo Oscense di clases de francés, después de haber hecho lo propio con la asignatura de agricultura, y hasta tuve la osadía de escribir una gramática.

En París conocí a Frédérique, que entonces era una preciosa niña de trenzas rubias. Me hospedé en casa de sus padres, que me trataron como a un hijo más. Yo no disponía de tiempo para pasar muchas horas en casa, salvo comer y dormir, atareado como estaba con mi trabajo, teniendo que ejercer todo tipo de oficios subalternos, de portero a barrendero. La atrofia muscular que padecía y que ha ido en aumento se dejaba sentir, y el brazo derecho me dolía espantosamente, se iba agudizando el mal de manera progresiva.

Un día, la madre de Frédérique, Giselle Jourdain, me llevó a un ortopédico, que me procuró un manguito ajustado, a ver si me favorecía la circulación de la sangre y notaba alguna mejoría.

El mes de septiembre de aquel año tuve que regresar a Graus, pues me reclamaban para hacer el servicio militar, cumplir mis debe-

res con la patria, como decían tantos, eufemísticamente, y me dieron libre de quintas por inutilidad física, de manera que volví a París para seguir trabajando, que en mi caso equivalía a aprender. Me procuré las mejores semillas de los Estados Unidos, Turquía, Grecia, Portugal, Rusia, Bélgica, Austria, Rumanía... Un pequeño museo agrícola, con la esperanza de que me sirviera de alguna utilidad al regresar a España, ensayando aquellas semillas y deduciendo consecuencias para una obra de agricultura que tenía proyectada tiempo atrás. «Yo he de ser labrador como los míos», decía en mis años de adolescencia, porque las dos casas de las que salieron mis padres, en Graus y en Benavente, son dos casas de pequeños labradores independientes; labradores mis hermanos, labradores mis tíos, primos y sobrinos. Y yo mismo, después de todo, continuó siendo un campesino aragonés forrado de intelectual.

Frédérique se acercó a mi lado, comunicándome su calor, sintiendo yo su respiración agitada. Como pude, la atraje más hacia mí. Nos sentíamos felices así, sin necesidad de más, aunque ella era joven todavía y a buen seguro que tendría otros deseos, pero se acoplaba a los míos sumisamente. En mi viaje anterior fue distinto, porque yo me sentía con más fuerzas, no demasiadas tampoco; ella se ocupaba de todo, ven aquí, no te muevas, quiero sentirte, y aprovechamos mientras Moisés dormía cándidamente en su cuna.

Presiento que he de volver a verla, aunque ya no dé testimonio de ese encuentro, porque sólo me queda un soplo de vida. Necesito el postrer consuelo de saber que Moisés heredará mi aliento y mi palabra y será el encargado de conducir al pueblo a través del desierto para que llegue a la tierra de promisión. Hará falta, únicamente, que se haga la luz, pues será la señal convenida. Moisés cumplirá esta misión sagrada, porque ha nacido para eso, y Frédérique se encargará de que así sea.

No sé por qué ahora, precisamente, acuden a mí los primeros recuerdos juveniles, enlazando con el tormento actual. Y otra vez me veo, niño aún, primero correteando por las calles de Monzón, mi pueblo natal, y jugando en el río Sosa, sin aguas casi, afluente del Cinca. El castillo, en lo alto, me imponía, pues se contaban historias fantásticas, y hubo tardes en que llegué a él, salvando las barranqueras, en compañía de otros chicos. Allí, en aquella fortaleza de los templarios, pasó su infancia Jaime I, y el Cid tomó la ciudad en 1063. Nunca pude averiguar por qué a mi padre le apodaban así, Joaquín Costa Larrégola, «*El Cid*». Apenas había cumplido yo los seis años cuando mis padres decidieron trasladar su residencia a Graus, a la plaza del Coreche, debajo de la peña del Morral, donde la Virgen tiene su santuario. Mi madre, María, tuvo mucho que ver en aquel cambio de aires, pues era grausina y le apetecía sentir cerca el calor de los suyos. Además, mi padre tenía una hija, fruto de su primer matrimonio, pues enviudó muy joven, con la que no nos llevábamos bien, tanto es así que ella se quedó en Monzón.

Yo salía al campo con él, por algo era el mayor de cinco hermanos, los únicos que sobrevivimos de los once que llegamos a ser. Comencé bien pronto a amar el paisaje ribagorzano, la montaña y el llano, los valles y los ríos. Alternaba la escuela con el trabajo, porque tenía que ayudar a mi padre en el cultivo del trigo, el olivo y la viña. Nuestros recursos económicos eran escasos y había que esforzarse para llevar el pan a casa.

Un día sentí la curiosidad por conocer qué se escondía detrás de la peña del Morral, y accedí a ella: llegué a las Torquetas y me subí al Tozal del Conde, para descender a continuación hasta las Quebra-

das. Luego, en compañía de mi padre, recorrí el término de Graus completo, pues los pocos campos que trabajaba se hallaban lejos y dispersos unos de otros.

—Hoy echaremos merienda, pues nos vamos a la sierra de Arriba, cerca de La Puebla del Mon.

—¿Dónde está eso?

—Al otro lado del Ésera.

Otras veces nos llegábamos hasta La Solana y El Plano, en las inmediaciones de Benavente. Caminaba detrás del burro, que nos transportaba las herramientas y el recado. Un día me vio el maestro del pueblo, don Julián Díez, que había empezado a confiar en mí, y me gastó una broma que yo interpreté como reproche:

—Joaquinón: si con un burro vas, burro serás.

Me dolió aquella frase y me puse a estudiar con desmedido afán. Buscaba libros por todas partes, los pedía prestados y me pasaba leyendo las horas muertas. Los que podía encontrar en Graus no bastaban para llenar este deseo infinito de saber que bullía en mi alma...

Es para mí un espectáculo la humanidad mía, en la infancia, recostado con un libro bajo la cepa de una viña, a la sombra de un nogal, sobre la hierba de los ribazos, al sol de la colina o encima de la cama. Unas veces apacentando mi asno, otras tomando el aire simplemente. Ora en la siega, mientras otros echaban un trago, me veía repasando la *Física* de Rodríguez; ora en el hogar de la cocina, mientras mi madre preparaba la cena, me percibía colgado del candil, gruñendo si se lo llevaban, porque leía *Los secretos de la naturaleza* o algún tomo suelto de *Los Girondinos*. Aún me parece verme marchar con mi libro debajo de la chaqueta a un punto desconocido, donde nadie me encontrara, para poder saborear mi lectura. Aún me parece ver mi mal genio y mi mal humor cuando tenía que dejar el libro para tomar alguna faena. Leía, leía yo libros o, mejor dicho, libros y librottes, eso cuando tenía la dicha de hallarlos, que no siempre la tenía, y buscaba, buscaba en su fondo alguna cosa que satisficiera el instinto de mis deseos, la necesidad de mi espíritu.

Mi padre ironizaba:

—Con eso comeremos.

A medida que pasaron los años, fue aumentando mi rebeldía y luché desesperadamente por vencer las causas adversas que me rodeaban. Mi condición de hijo mayor no tenía por qué esclavizarme a un sistema de vida que yo no deseaba, pues amaba la agricultura y me gustaba el estudio. Pensé en sentar plaza como soldado para salir de aquel ambiente y me encontré con la firme oposición familiar. Sólo mi madre dio la cara por mí, y algunas personas amigas.

—Joaquinón quiere estudiar. ¿Por qué no lo mandamos a Huesca?

Puede parecer curioso, pero en mi tierra natal utilizan el aumentativo, en su terminación aguda, en lugar del diminutivo cariñoso, que suele ser lo habitual, y a mí me llamaban de niño y aun de joven Joaquinón, como a otros Juanón o Toñón, según sus patronímicos.

A mí no me ilusionaba demasiado Huesca, lo confieso ahora, pues siempre preferí Zaragoza, la capital de Aragón, y allí probé fortuna antes que en ningún otro sitio. No pudo ser y tuve que instalarme en la capital oscense, de cochero en casa del arquitecto don Hilarión Rubio, que era pariente nuestro. Como es de suponer, me correspondió cuidar del coche y del caballo, un alazán dócil y obediente. Me empleaba solamente por la comida, sin pagarme jornal alguno, y apenas disponía de tiempo para estudiar. Una mañana, al levantar los brazos para aparejar el caballo, noté que el derecho no subía a la altura deseada y que empezaba a dolerme. Fue el primer aviso de la atrofia muscular que padezco. Cambié de empleo tan pronto como pude, con el fin de ponerme a estudiar, sin abandonar por ello la casa de don Hilarión Rubio. Entré a trabajar en las obras de Montearagón, donde aprendí el oficio de jabonero, y me dispuse a estudiar en serio y a devorar libros con gran ansia.

—¡Parece que te va a faltar tiempo! No te precipites —me reconvino cariñosamente don Hilarión Rubio.

Por fin, me centré en los estudios y en 1865 tuve tres sobresalientes y gané dos medallas. Tenía que seguir adelante, sin detenerme. Podía trabajar y estudiar, pues me quedaba tiempo suficiente. Soñé con aprender el oficio de albañil, primero, y el de carpintero al año siguiente. Por la necesidad de ganar algún dinero, acepté todo lo que me salió, un trabajo en la acequia del molino de Pertusa, atender la máquina segadora de Pedredo y realizar la obra de una bodega en

Monte de San Juan García, siempre al servicio, en estos casos, de mi pariente lejano el arquitecto. Me hice maestro de primera enseñanza, porque no exigían el bachillerato, y el 26 de marzo de 1866 llegué a pronunciar un discurso en la inauguración del Ateneo Oscense, me concedieron ese honor. Con gran pesar, tuve que desistir de ser bachiller y continué, en contra de mi voluntad, de ayudante de albañil, en las obras del Seminario, del hospital...

¡Qué época de penurias! En realidad, la miseria me ha perseguido siempre. Porque en Madrid no mejoró mi situación, aunque tuve la oportunidad de hacerme bachiller, al fin, e ingresar en la Universidad, sin dejar de ocuparme en otros menesteres.

Me matriculé en el curso 1868-1869, al poco de haberse producido la revolución de septiembre, que derrocó a Isabel II. Por entonces, todos hablaron de la «Gloriosa», que con ese nombre bautizaron la acción republicana revolucionaria, primer paso para el advenimiento de la I República, tras un período de regencia y la breve monarquía de Amadeo de Saboya.

—¿Qué haces en tu tiempo libre? —me preguntó un día Elisa Palacín, en su casa de Chapinería.

—Trabajo en tres proyectos de saneamiento de museos, escribo en los periódicos y revistas, traduzco libros... Y estudio Derecho con Fernando Castro y Francisco Giner de los Ríos.

—Cuéntame más cosas de ti.

Estaba sentada a mi lado y arrimó su cuerpo al mío, en un movimiento instintivo. Sentí un ligero estremecimiento, pero me lo sacudí de inmediato al pensar que se trataba de la esposa de José Vergnes, mi amigo y protector.

—Sería muy largo de explicar —aduje—, lejos de mi familia, de los míos, en lucha permanente. Cada día que amanece es una nueva batalla que debo ganar. Tú sabes que carezco de medios y he de procurármelos con mi esfuerzo personal.

—¿Quieres que hable a José para que te haga un préstamo?

—No quiero otro préstamo que mi trabajo.

—Deja tranquilo tu orgullo.

Lo dijo mirándome a los ojos, pasando sus manos sobre las mías, y tuve que levantarme para evitar tan embarazosa situación.

4

Los años de Madrid dejaron en mí una huella difícil de borrar, que todavía conservo, porque sufrí la obsesión de las deudas y de los enojos: el sastre reclamaba el dinero por la ropa que yo vestía y que ya estaba gastada, ni siquiera podía cambiarme de camisa, hacía un frío horrible y no disponía de camisetas ni chaleco, ni calcetines, ni brasero; estudiaba con el ánimo de concluir Leyes, y no podía estar pensando en que necesitaba cuarenta duros y la manera de poder encontrarlos. Tenía grandes proyectos, pero todo lo veía oscuro, sin que vislumbrara siquiera un rayo de luz. Tampoco pude acabar Letras cuando hubiera deseado, por falta de dinero para matricularme en todas las asignaturas, porque yo pretendía una formación humanista y universal. Mi familia me ayudó en todo cuanto le fue posible, y yo no le pedía más porque sabía que se estaba arruinando por mí. Me propusieron, al terminar Derecho, ir de abogado a mi tierra, a Benabarre, y deseché esa posibilidad, ya que si me veía obligado a abandonar mis proyectos y meterme en un pueblo, tendría bastante con dos años para morir tísico de tedio y desaliento. De cualquier forma, tuve que regresar a Graus, al acabar de licenciarme, por falta de medios para subsistir, arruinado yo y arruinada mi familia, y eso que me concedieron el premio extraordinario. Quisiera no haber estudiado y que mis manos ganaran el sustento de mis padres. A pesar de todo, pasé el año 1873 en Graus, sin ganas de estudiar y con muchos deseos de marcharme para seguir escribiendo, para seguir luchando. Ese mismo año volví a la capital de España y terminé Filosofía y Letras, y en 1874 obtuve el doctorado en Derecho. Tuve que dejar el de Letras para más adelante, cuando dispusiera de medios, aunque me había propuesto sacar los dos conjuntamente. Mis padres tuvieron que vender una viña en Capella para sufragar mi tesis. Yo trabajaba de noche y dormía de día, ca-

rente de luz, de espacio y de silencio. Me sentía agotado, sin saber a quién recurrir para pagar la pensión a fin de mes, con las botas agujereadas, el chaleco, el pantalón y el gabán hechos una vergüenza, sin real y medio para cortarme el pelo, sin dos cuartos para un sello de guerra, sin tres reales para el papel sellado, ni dos cuartos para sobres de hilo, y debiendo sobres, papel, reales... Hasta que me quedé ciertamente en cueros, sin pantalón para salir de casa. Alegué que estaba enfermo, y lo estuve realmente, aunque no en la medida de Giner de los Ríos, que se puso malo y yo me sentí en el deber de ir a visitarlo, y para ello tuve que ponerme un pantalón que había desechado tiempo atrás, ya que estaba roto y le faltaba el trasero, y tampoco tenía calzoncillos.

Giner me animó:

—No te preocupes, con dos doctorados sacarás plaza en cualquiera de los concursos que se convoquen.

—Si ya me he presentado a todos.

—Entonces, no tienes más que esperar.

Así lo hice, qué remedio, y al poco obtuve, por oposición, la plaza de auxiliar y profesor sustituto de Legislación Comparada, de la Universidad de Madrid. Con anterioridad, ya me habían dado el premio «Maronges» por mi trabajo sobre *La costumbre como fuente del Derecho en Roma*.

Me pregunto por qué tantos recuerdos cuando sólo quiero dejar constancia de aquellos aspectos de mi vida más desconocidos. Posiblemente se deba a que determinados momentos me afectaron íntimamente más que otros e influyeron especialmente no sólo en mi pensamiento, sino en mi trayectoria personal y humana.

Después de que se despejaran muchos nubarrones de mi horizonte, llegó 1875, el primer año de la Restauración Borbónica, y el nuevo régimen no podía ver con simpatía mis ideas progresistas, justamente cuando yo estaba pendiente de varias oposiciones: entre ellas, las de Derecho Político y las de oficial letrado de la Administración Económica. Las primeras se retrasaron, pero gané las segundas. Había otras que me interesaban mucho, las de Historia de España en la Universidad de Madrid, y tomé el acuerdo de retirarme antes de que el tribunal emitiera su veredicto, porque mi rival más directo, Marcelino Menéndez y Pelayo, era más adicto que yo al sistema y su nombre empezó a sonar con fuerza desde el principio. Protesté, pedí un cam-

bio de tribunal y no fui escuchado. Desengañado, quedé a expensas de destino como oficial letrado y me dieron Cuenca. Opté nuevamente por la docencia universitaria y aprobé en las oposiciones a cátedra de Derecho Político y Administrativo de Valencia, pero me colocaron en una terna, de la que yo no podía salir, porque tenía que decidir la adjudicación el ministro, a dedo. Me retiré también. Me puse colérico y sólo me calmaba escribiendo. Algunas revistas publicaron mis trabajos, a cambio de pagarme algún dinero, no siempre. Es el caso de la *Revista de la Universidad de Madrid*, *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* y *Revista de España*. La Universidad Central llegó a conceder un premio a mi *Ensayo sobre derecho consuetudinario*, del que tanto aprendí de mi padre, pese a que no tenía estudios. Ello sirvió para que apareciera mi primer libro, *La vida del Derecho*, en 1876. Lo editó la Imprenta de la *Revista de Legislación*, de Madrid, ronda de Atocha, 15, y se puso a la venta al precio de 16 reales. Me hizo mucha ilusión, porque los libros constituían mi obsesión permanente y yo continuaba soñando con ser escritor. Poco después empecé a colaborar en el «Boletín Oficial de la Institución Libre de Enseñanza», pues me sentía totalmente identificado con la empresa, considerándome krausista convencido, y empecé asimismo a enseñar en las aulas de la Institución, donde me ocupaba al mismo tiempo de otras actividades, incluido el capítulo de excursiones. Llegué a dirigir el propio «Boletín», de 1880 a 1883, y mis relaciones con Giner, Cossío, Azcárate y otros hombres de aquel grupo fueron muy intensas.

Pero me había quedado en 1876. Al poco obtuve plaza, en Huesca, para desempeñar mi cargo de oficial letrado, y esta vez no lo dudé, después de mi amarga experiencia madrileña. Ahí era nada, regresar a mi tierra, a mi cuna, con apenas treinta años, sin dejar de ser fiel —por el contrario, siéndolo más que nunca— a la Institución Libre de Enseñanza, a la filosofía krausista. A lo largo de dos años, tuve la oportunidad de recorrer los somontanos, los valles y las cumbres, para respirar el aire vivificador que tanto necesitaba, y partía en busca de ese laberinto de montañas que es el Alto Aragón, que hace pensar en un como florecimiento gigantesco de la tierra, y en las cuales parece que respira aire el aliento de la creación, por lo que la naturaleza, más que convidar, invita al recogimiento. Se ven montañas más altas que las nubes, en las cuales, como un mar tempestuoso, parecen bogar, valles estrechos, de abrupta y severa contextura, circuidos por un collar de nieves perpetuas, regados por riachuelos y torrentes que fluyen

de aquellos eternos ventisqueros y reciben la savia de los montes; druídicas selvas de pinos y corpulentas hayas, pobladas de osos y cabras silvestres; senderos impracticables la mitad del año, entre plateadas alfombras de nieve, tendidas por montes y valles sobre las verdes alfombras del verano; horizontes limitados, como los términos del alfoz, cielo plumizo de ordinario, riscos agarrados en el abismo imposible.

En Huesca pude recrearme de nuevo en el paisaje de mi tierra. Allí publiqué un nuevo libro, en 1877: *Cuestiones celtibéricas: religión*. Y allí conocí a Concepción Casas, con la que salí asiduamente varios meses. Creo que fue mi primera novia formal, si es que cabe llamarla así. Todo surgió cuando ella empezó a interesarse por mis trabajos.

—Y ahora, ¿qué está preparando usted?

—Un nuevo libro sobre el derecho consuetudinario en el Alto Aragón.

—La gente se preguntará qué es eso.

—Yo me propongo ofrecer al pueblo aragonés una fotografía, aunque descolorida, fiel, de sus más originales creaciones jurídicas. Es la ley por la fuerza de la costumbre.

Al principio me trató con sumo respeto, pues era más joven que yo, pero en seguida nos tuteamos. Concha era una mujer discreta y recatada, con ojos color avellana, de mirada profunda. Yo pensé que, juntos, podríamos llegar lejos. Me sentía feliz a su lado y paseábamos cuando nadie podía vernos, cogidos de la mano. Hasta que llegó el momento de presentarme a sus padres, ante la imposibilidad de continuar más tiempo así, en una ciudad como Huesca, qué iban a decir de nosotros, murmuraciones y maledicencias. Entonces tuve la desgracia de conocer a su padre, que era muy católico, apostólico y romano rabioso, hijo sumiso de la Iglesia, el cual descubrió que yo había recibido una educación científica y literaria, en la Universidad Central, de profesores krausistas, y que pertenecía a la Institución Libre de Enseñanza, cuerpo docente librepensador, y por tanto refractario a la autoridad superior, a la ciencia y a la razón. De manera que prohibió terminantemente a su hija que volviera a verme, para que no cayera en pecado mortal, y ahí terminó aquella relación que tanto prometía.

Si hoy recuerdo esta breve historia amorosa de mi vida, inocente y pura, es porque aquel desengaño que sufrí tuvo algo que ver con mi comportamiento posterior.

En Huesca seguí carteándome con los padres de Frédérique, Paul y Giselle Jourdain, y en una de mis cartas les había prometido que iría a verles a París, aprovechando que estaba en mi tierra, más cerca de ellos geográficamente. Alguna vez, en mis excursiones por los somontanos y el Pirineo, se me había ido la vista a la frontera francesa. Tras el desengaño amoroso que acababa de sufrir, tomé la decisión de visitar a mis antiguos amigos, y a Frédérique, aquella niña de trenzas rubias que ya estaba hecha una mujer, según me comentaban.

Yo no podía olvidar París, donde recopilé datos para mi primer trabajo literario, por más que me parece pretencioso darle ese calificativo. Consistía en un manojito de cuartillas con este título: «Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y Huesca», y fue mi primera publicación, no mi primer libro, en la capital de mi tierra. De paso, me traje también el conocimiento de la bicicleta, que me ocupé de perfeccionar en el granero de mi casa, en Graus.

Realicé el viaje por Jaca, siguiendo el curso del río Aragón, hasta llegar a Canfranc, para subir a Candanchú y cruzar el puerto del Somport, en dirección a Olorón y Pau, donde ya disponía de medios de transporte hasta la capital francesa.

Cuando llegué a mi familiar residencia parisina, Frédérique tardó en reconocermme y luego bajó la cabeza, avergonzada.

—Bésale —tuvo que animarle su madre—, es tío Joaquín.

Reaccionó de inmediato, como si de pronto hubiera recuperado la memoria, y se echó a mis brazos, tan cariñosa y tan dulce como a sus cuatro años.

—Me prometiste que cuando te hicieras mayor te casarías conmigo —bromeé—. He venido para que cumplas tu palabra.

Volvió a ruborizarse, aunque dejó escapar su risa. Me quedé el fin de semana y en todo el tiempo no se separó de mí. Accedió a ser mi guía parisina, mi cicerone, porque la ciudad había cambiado mucho desde que la dejé yo, verás, no la vas a reconocer, y me cogía de la mano para que no me perdiera.

—¿Seguro que no te olvidarás de mí?

—Seguro, nunca.

Continuaba comportándose como la niña que conocí, sin dejar de ser mujer, lo que llegaba a confundirme un tanto. Nunca he llegado al entero conocimiento del corazón femenino, pero en esta ocasión sé que no me equivoco: Frédérique había decidido consagrar su vida a mí, sin importarle que yo le doblara la edad, sin recelar de mis prolongadas ausencias, sin fiar en promesa alguna. Lo supe al despedirnos, que me besó en los labios, susurrándome:

—Te esperaré.

No hubo necesidad de más. En adelante, las cartas se encargaron de allanar el camino y acortarlo. Mis visitas también fueron más frecuentes en lo sucesivo, al principio solo y después acompañado por mi sobrino Ramón.

Al morir sus padres, trasladó su residencia a Toulouse para reducir la distancia geográfica que nos separaba.

Ignoro quién será el destinatario último de lo que estoy escribiendo, tan sólo quiero que sirva como testimonio de un hombre que intentó abrir nuevos surcos y sembrar, con la esperanza de que la cosecha rinda, en su día, el fruto que la situación demanda, hasta trocar el desierto en vergel.

Yo he sentido la curiosidad de saber, y se lo he preguntado a la Historia, en qué ha demostrado aptitudes nuestro pueblo y, como consecuencia y por extensión, si posee éstas condiciones para ser una nación moderna, abarcando las principales esferas de la actividad humana: producción media del suelo, policía de abastos y precios de las subsistencias, libertades públicas, oligarquía y Parlamento, coste o capitalidad de la nación, relaciones modernas con el Vaticano. De igual manera hay que contemplar la Hacienda, con los cambios y el valor exterior de la moneda; administración de la justicia, en que los jueces hablen por sus sentencias más que por sus declaraciones y entrevistas concedidas a los periodistas; instrucción primaria, enseñanza profesional, investigación científica e invenciones industriales; higiene pública y promedio de vida. La verdad es que no he encontrado una sola zona, fuera quizá del arte pictórico, que no acuse en nosotros una marcada inferioridad respecto a los demás pueblos europeos, cuando no una franca y radical incapacidad; no he encontrado una sola de que podamos mostrarnos, no diré orgullosos, pero sí medianamente satisfechos. Desde aquel que fue nuestro Siglo de Oro, la decadencia española ha corrido uniforme, continua y omnilateral. Su caída como nación no ha sido un accidente pasajero, hijo de un concurso fortuito de circunstancias, tal como todos los pueblos, aun los más progresivos y mejor dotados, han padecido alguna vez. Hemos caído por una causa permanente, en más o en menos constitucional, porque carecíamos

de condiciones para caminar al paso de los demás y hasta para tenernos en pie. En esta exploración del alma española se ha descubierto un espíritu hecho dogma inerte, rígido, sin elasticidad, incapaz de evolución y hasta de enmienda, aferrado a lo antiguo como el molusco a la roca, que retrocede cuando todos lo acrecientan, que se deja invadir y colonizar el solar propio, que deja indotados sus servicios, sus adelantos, sus existencias, sacrificándolo todo a deudas y cargas de justicia, adscrita al pasado, comida de muertos, sometida a un régimen de tecnocracia.

Hay que hacer el país europeo, renovando hasta la raíz las instituciones docentes y dándoles nueva orientación, conforme a los dictados de la pedagogía moderna; poniendo el alma entera en la escuela de niños y sacrificándole lo mejor del presupuesto nacional, con la seguridad de que la redención de España está en ellos o no está en ninguna parte; prendiendo fuego a la vieja Universidad, fábrica de licenciados y proletarios de levita, y edificando sobre sus cimientos la Facultad moderna, despertadora de las energías individuales, promotora de invenciones; generalizando la enseñanza agrícola, industrial y mercantil, pero no en las aulas ni en libros, sino en la vida, la acción y el trabajo; mandando todos los años al extranjero legiones de jóvenes sobresalientes y honrados a estudiar y a trabajar y saturarse de ambiente europeo, para que a su regreso lo difundan por España en cátedras, escuelas, libros y periódicos, en fábricas, cargos, talleres, laboratorios y oficinas...

Basta de mítines con políticos mediocres, que engañan al pueblo como los charlatanes de feria, prometiendo aquello que luego no van a cumplir, reclamando votos para su medro personal, y como la mentira es más grata de escuchar que la verdad, acaban por salirse con la suya, a costa de todos. Por eso a mí no me escucharon cuando ofrecí soluciones, que no palabras. Para mí ha venido esto, lo mismo que lo otro y que todo, con veinte, treinta o cuarenta años de retraso. De lo contrario, me habrían evitado este calvario y esta calle de amargura, y entonces no tendría que lamentar estos terribles avances de mi afección muscular, y podría arbitrar humor y calor suficiente para meterme en nuevas invenciones y centros de estudios históricos o de otro género.

Asistí al entierro de mi amigo y protector José Vergnes, y procuré consolar a su viuda, Elisa Palacín, que me agarró del brazo y ya no me soltó hasta que se vio obligada a atender a otras personas.

Enlutada, en plena juventud, su belleza resaltaba mucho más.

—He pensado en regresar a Barbastro —me dijo.

—Sí, será lo mejor —la animé—. Allí estarás entre familiares y amigos.

—Es nuestra tierra.

—Claro.

Por aquella época me tocó intervenir en varios congresos, entre ellos, los de Agricultores y Ganaderos de 1880-81. Me entregué a la tarea de lleno, porque me consideraba portador de una política diferente, de pastos y regadíos. Sin apenas darme cuenta, me vi metido en nuevas campañas, que me hicieron creer en mi utilidad como político y en los servicios que podía prestar al país.

Aproveché aquella etapa para visitar a Elisa. Me recibió muy efusiva, yo diría que cariñosa, más allá de las normas que establece una buena amistad, pues se me colgó del cuello, radiante de alegría, emocionada.

—Llevo mucho tiempo esperándote —me recriminó.

—He venido tan pronto como me ha sido posible.

—No seas ingrato.

Me condujo a la sala de estar y tomé asiento a su lado.

—¿Quieres tomar algo?

—No, tengo prisa.

En realidad, no sabía de qué hablar, salvo las tópicas frases de «te encuentro muy bien», «sé fuerte, tienes que sobreponerte», «la vida continúa», y ella tenía su mirada clavada en mí, mucho más expresiva que mis palabras.

—¿No te alegra verme?

—¡Qué cosas tienes!

Recostó su cabeza sobre mi hombro y puso sus manos en las mías.

—Dime la verdad, ¿estás a gusto?

—Ya ves que sí.

Juntó su cuerpo más al mío, hasta el punto de percibir su respiración agitada. Yo me sentí al límite, sin poder contenerme, y la rodeé con mis brazos, el izquierdo, principalmente.

—¡Elisa!

—Dime.

No hubo ocasión de más, porque nuestros labios se encontraron, fundidos los dos, unidos nuestros cuerpos, sus pechos aleteaban trémulos, no sé el tiempo que permanecimos así, confundido yo por el calor que me abrasaba, rendida ella. Reaccioné tan pronto como pude y recuperé mi posición normal.

—Elisa, creo que no está bien lo que hacemos.

—¿No está bien que nos queramos?

—Es pronto todavía.

—No me digas ahora que te importan los convencionalismos sociales, el qué dirán.

—No, no es eso.

Derivé la conversación por otros derroteros, sin dejar de ser amable con ella, pasándole la mano por sus cabellos, largos y oscuros, acariciándoselos, besándola suavemente, sin llegar a mayores, sintiéndome incapaz de salir de aquella situación comprometida.

—Prométeme que volverás a verme siempre que puedas —me pidió.

—Sí, lo haré.

Confieso que nunca he sabido cómo comportarme en cuestión de mujeres. Elisa Palacín me había demostrado su simpatía en Chapi-nería —cuando yo trabajaba para su esposo—, que es el inicio del amor, y al quedarse viuda ya no tuvo que disimular sus verdaderos sentimientos. Pero yo estaba metido, sumergido hasta el fondo, en mis primeras campañas políticas y no podía dejarlas, pues me reclamaban imperiosamente. No obstante, visité a Elisa siempre que tuve ocasión, con demasiada frecuencia.

Mientras tanto, aparecieron dos nuevos libros míos en Madrid: *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*, al precio de 16 reales, y *Teoría del hecho jurídico, individual y social*, al que concedían mayor entidad, puesto que lo valoraron en 28 reales. Muy poco, en relación con las horas que perdí tomando notas, recortando periódicos, rebuscando en bibliotecas, consultando protocolos notariales, coleccionando sentencias, artículos, frases, y clasificando luego todo ello por temas, guardado en legajos. Tengo tanto material pendiente que no me quedará tiempo para dar fin a mi obra, por muy impetuosamente que escriba, descargando en las cuartillas los torrentes de ideas que no me dejan dormir ni descansar.

En mis años de estudiante, en Madrid, jamás dejé de trabajar, con la luz en mi cuarto encendida toda la noche. Como tenía que ganarme el sustento, cuando se presentaba el caso hacía de amanuense y copiaba escrituras y otros documentos. Mi mesa se veía de ordinario llena de papeles, y también las sillas y el suelo. Si me fatigaba, cambiaba de sitio. Algunas veces me iba a la Casa de Campo y me alojaba en la habitación del guarda, con el que me hice amigo; otras llegaba hasta el Pardo.

Me duele la cabeza, siento ansiedad, y el brazo me pesa lo indecible, con ese dolor profundo que nunca me abandona.

Al sentirme solo efectivamente, aunque nunca dejé de tener presente a mi familia de Graus y a mis amigos, encontré en Elisa la compañía y el consuelo que yo andaba buscando. Tampoco podía renunciar a mi condición de hombre, en medio de todo, y menudearon las visitas de tal modo que no pasaban ni quince días seguidos sin estar juntos.

Yo me dejaba querer. Después de mi fracaso amoroso en Huesca, no había vuelto a salir con otra mujer y Elisa colmó mis ansias. Yo

guardaba las formas, dentro de lo posible, sin llegar más allá de los besos y las caricias; si acaso, llevé mis manos a sus pechos en alguna ocasión, duros y turgentes, y ella me retenía en ese punto, sin dejar de besarme.

Una tarde —no podría precisar la fecha, era en la primavera de 1881— sufrí un desvanecimiento, el médico le dio el nombre de ataque aplotético, creo; comencé a sudar y Elisa me llevó a su dormitorio y me acostó en su cama.

—Descansa aquí, hasta que te repongas.

—No tiene importancia —la tranquilicé—, es sólo cuestión de unos minutos.

—Quieto, no te muevas.

No sé cómo se las arregló para descalzarme. A continuación me quitó la chaqueta y el chaleco, así, bien cómodo, y terminó por sacarme los pantalones. Me cubrió con la ropa de la cama y se quedó a mi lado, besándome en la frente. Llamó al médico, que me recetó unas pastillas, tómese ahora dos y notará alivio, no se preocupe.

Elisa fue por un vaso de agua para ayudarme a tomar las pastillas, salió a despedir al médico y ya no se movió de mi lado, cuidándose como si se tratara de un niño, procura dormirte un poco, que te hagan efecto las pastillas. Eran tan suaves sus caricias y tanta su ternura, que acabé cediendo al sueño, ignoro si durante muchas horas, y al despertarme sentí que Elisa se había acostado a mi lado, tanteé con las manos para convencerme de la realidad, pues me resistía a darle crédito, y comprobé que se hallaba prácticamente desnuda, lo que produjo en mí una sensación fácil de comprender, y reaccioné de la única manera lógica, atrayendo su cuerpo al mío, contagiado del deseo ya compartido, sumidos los dos en una felicidad nueva.

Hoy me arrepiento de aquella debilidad. No supe cortar a tiempo una relación que desde el primer momento juzgué inconveniente.

La imagen de Frédérique no se apartaba de mí, aquella niña convertida en mujer, que al cabo de los años y a pesar de la diferencia de edad juró que me esperaba, y yo la traicioné poco después con Elisa. ¿O no era una traición, exactamente?

Mi vida sentimental nunca ha sido mencionada por aquellos que se han ocupado de mí, pues nunca figuró en los papeles de nin-

gún tipo, y eso que coexistió conmigo, al igual que sucede con cualquier otro ser humano. Si alguien lo duda, ahí está Frédérique, que puede atestiguarlo, ella ha sido el verdadero sostén de mis años más duros y amargos, consagrada a mí en cuerpo y alma, sin esperar nada a cambio. Por eso dejo estas memorias bajo su custodia, para que se sepa un día, no sé cuándo, y que culmine el éxodo de la mano de Moisés, el único guía capaz de conducir el pueblo a la tierra de promisión.

Quienes me conocen y me tratan a diario no saben de mi drama íntimo, pues sólo se detienen en aquellos aspectos que han marcado mi vida pública. Ni siquiera toman en cuenta mis aficiones literarias, mejor será decir vocación sostenida contra viento y marea. Únicamente cuenta para ellos la Historia y el Derecho, que tantos años de estudios y penalidades me han costado, sin tomar en consideración mi trabajo sobre la «Poesía popular española» y «Literatura celto-hispana», como introducción a un tratado de política nacional e histórica, sacado de los refraneros, romanceros y gestas de la Península. Lo publiqué en 1894, en un libro de 50 reales, más caro que los anteriores, y a pesar de eso casi nadie se ha dignado tomarme en cuenta como literato, escritor y ensayista, preocupado por los temas más diversos, desde la Atlántida a los dialectos ribagorzanos que yo mamé desde niño. En 1875 ya les dediqué un ensayo empírico, como transmisión entre la lengua castellana, la aragonesa y la catalana. Con el fin de estudiar a fondo el habla peculiar de mis mayores, se instaló en Graus Juan José Saroïhandy, comisionado en clase de becario por la Escuela de Estudios Superiores de París, y recibió la ayuda eficaz, y con la mejor voluntad, de la juventud inteligente de la villa, Dámaso Carrera, Ruperto Sazatornil, Vicente Solano, Vicente Mur, Marcelino Gambón, y tras realizar algunas excursiones a lugares de los contornos, como Grustán, y a poblaciones más apartadas, pero situadas en la misma línea isoglosa de Graus, como Fonz, pudo fijar en breve plazo la gramática, la fonética y demás del primero de los dialectos del grupo, que ya él hablaba a las pocas semanas con la misma propiedad y corrección que los naturales del país. Consultó documentos antiguos que se guardan en el archivo parroquial, en el Ayuntamiento y en casas particulares. Y cogió vocablos geográficos y topológicos, de

gran alcance en esta investigación, tales como «barrio de Chos» —por contracción, el Barrichós, escenario de mis juegos infantiles, cuando vivía en la plaza del Coreche—, «Puy Crematx», «Puebla del Mon», y tantos otros nombres que han fosilizado formas léxicas, comunes sin duda alguna en el lenguaje ordinario de otro tiempo y ahora desusadas, cuando además desconocidas. Se hizo notar el origen latino de algunas dicciones que parecían irreductibles: dáloye (*da illu illi*), monín, o sea, m'on in (*nos inde imus*).

Soy hombre de la Ribagorza y de la Litera, no puedo evitarlo, y me preocupa la situación de abandono, tan prolongada, a la que están condenadas estas comarcas, que en el fondo no es sino el abandono de España, tan necesitada de medios orgánicos y acción quirúrgica, como ya señalé en mi trabajo «Oligarquía y caciquismo», tan mal interpretado por una clase que yo creí mejor preparada, porque hay que extirpar el mal que padecemos como se extirpa un cáncer o un tumor, hay que purificar, a la vez, la sangre que rebrote. Dicho de otra manera: España necesita una operación quirúrgica de efecto casi instantáneo, y tratamiento médico, de acción lenta y paulatina. No me arrepiento de mis palabras cuando demando una política quirúrgica como remedio, porque se requiere sajar, quemar, reseca, amputar, extraer pus, transfundir sangre, injertar músculo, y esa política, sin la cual la política podía ser una promesa y una esperanza para el mañana, para un mañana muy remoto, en manera alguna para hoy, tiene que llevarla a efecto un cirujano de hierro, que conozca bien la anatomía del pueblo español. Un liberador, entiéndase bien, nunca un dictador que con su despotismo atropelle las leyes y amordace la voluntad del pueblo. Pero hay que poner en práctica una política sumarísima, sacrificando la prontitud a los resultados: porque no podemos esperar. Hay que construir aquí un núcleo de intelectuales para que esta protesta contra lo podrido y este movimiento reactivo contra la inercia nacional y esta ansia de ideal y de regeneración tome más calor. Regenerar, ya se sabe, es dar nuevo ser a una cosa por degeneración, restablecer la normalidad moral y ética y mejorarla. Y ello, entiéndase bien, dentro de un sistema democrático, sin pensar que los votos de la democracia son para el que pueda comprarlos, porque ha pasado ya la moda de llamar pestilencia a la democracia: el Parlamento, el jurado, los derechos individuales y el derecho universal constituyen una legalidad común en toda Europa, han causado caudales inmensos y to-

rrentes de sangre a varias generaciones, y sería un atentado contra el país reponerlos al estado de problemas. Hay que trasplantar renuevos del árbol de Guernica a toda la Península; acercar el gobierno a los gobernados; acabar de un tajo con los mandarinatos y proconsulados; pasar la esponja a las provincias y sus odiosos organismos de toda casta; llamar a nueva vida a las regiones históricas...

España debe quedar purgada de privilegios feudales o poco menos, señor el pueblo de sí mismo. Tres condiciones son necesarias para la resurrección: hacer libre al pueblo español, que no lo es a pesar de las apariencias democráticas; elevar la cultura, es decir, modificar la manera en que se distribuye el presupuesto a través de la educación, y restablecer o crear una disciplina que a todos obligue y a todos alcance.

Por esto, sólo por esto, muchos me han tachado de individualista y socialista, y lo primero que quiero hacer constar es que, a mi juicio, esos calificativos deben quedar desterrados de las contiendas, porque son vocablos muy genéricos, muy vagos, muy indefinidos y nebulosos, cada uno los entiende de un modo distinto, expresan realidades diferentes, según la persona que los usa. Creo que conviene explicarse por las causas y no por los nombres: decir, mis soluciones son éstas, con tales y cuales desenvolvimientos, y ahora que las conocen pónganles el mote que quieran; llámenme socialista o individualista, me es igual; yo no soy lo uno ni lo otro. A la manera como los partidos políticos no debieran distinguirse con conceptos tan vagos como liberal, conservador o progresista, pongo por caso, y ni siquiera con programas y enunciados opacos, levantados sobre fábrica de vocablos altisonantes, tales como liberalismo, democracia, opinión, soberanía, fomento, libertad, que suenan a cada uno de modo diferente, que, como el maná del desierto, saben a lo que cada uno quiere que sepan. Renuncio a un programa hecho así, en las columnas de un periódico, que sólo serviría para guerrear en las Cortes tres generaciones de hombres serios sin llegar al cabo de cien años a entenderse; prefiero un programa que llene un volumen entero, compuesto no de formas con enunciados de dos o tres líneas, sino de proyectos de ley y de decreto, con su preámbulo y su articulado y sus replanteamientos y formularios; porque entonces sabré qué es lo que entienden por libertad y orden, por fomento y enseñanza y por fomento y educación, y la armonía del Estado con la Iglesia y por legislación social; y entonces sa-

bré qué es lo que los liberales, los conservadores y los progresistas van a llevar a la realidad el día siguiente de resuelta la crisis, sin pasarse los dos años, y con los dos años repetidos los treinta y los cuarenta, como los mozos de la famosa ronda de Lumpiaque, las ocho horas de la noche en templar las guitarras y las bandurrias; sin pasarse la vida, digo, en templar, legislatura tras legislatura, los grandes vocablos de la gobernación, sin dejarlos llegar nunca a puerto...

La idea del suicidio cruzó por mi cabeza como una forma de liberación total, cerrados todos los caminos y todas las puertas, sin medios para subsistir. Tengo que reconocerlo ahora, cuando han pasado varias décadas, pues yo tenía entonces veintitrés años. A puro de tanta resignación, ésta amenazó con estallar. Madrid me brindaba un medio hostil, y aunque alternaba los estudios de Derecho y Letras, nunca sabía cómo llegar a fin de mes, ni aun cómo iba a terminar cada jornada. A veces leía la Biblia, siguiendo los consejos de mi tío Lucas, mosén Lucas Martínez, y de mi tío mosén José Salame-ro; sus enseñanzas religiosas habían calado en mí profundamente, me llenaron de misticismo.

Pero el suicidio era lo único que tenía a mi alcance para poner fin a tanto tormento, y no me parecía una decisión cobarde, de ninguna manera, pues hace falta mucho valor para suicidarse, y yo no lo tuve. O perder la razón por completo.

Es un hecho de mi vida que muy pocos conocen. Bajé a la iglesia del Carmen, cerca de donde yo vivía, y acudí a un confesor:

—Padre, he querido suicidarme —fueron mis primeras palabras.

—Ten calma, hijo, y dime qué te pasa.

—No puedo más.

Le conté mi triste peripecia y sus palabras me reconfortaron, la muerte nunca se presenta en su esencia íntima como la separación del alma y del cuerpo, y no se deja de pensar mientras se mantiene el espíritu, y éste no muere jamás, todo lo tremendo es pasajero, y el sufrimiento corporal sirve para purificar el alma. Le expresé mis deseos de huir del mundo que me rodeaba y retirarme en un monasterio.

—No has de ir allí empujado por las adversidades, si no tienes verdadera vocación.

—Yo la tengo —dije, convencido.

—¿A dónde piensas ir?

—A un lugar donde sólo haya paz y silencio y pueda estudiar por la gracia de Dios.

Cuando terminó la confesión, el cura salió del confesonario y me invitó a pasar a la sacristía. Allí tuvimos una larga conversación. Yo le hablé de mi experiencia en Francia, en la Exposición Universal de París, que tan útil me había sido, y él apuntó la posibilidad de profesar con los benedictinos, pero antes debía consultárselo al abad de Montserrat para que me orientara. Así lo hice y me contestó a vuelta de correo, dándome la dirección de Dom Guèrarder, abad a su vez del monasterio francés de Solesmes, al que debería cursar mi petición.

Aún conservo el borrador de la carta que le envié:

«Muy señor mío:

»Hace unos días me dirigí al reverendo abad de Montserrat (en Cataluña) para pedirle algunos informes acerca de monasterios benedictinos dedicados al estudio de las ciencias y la agricultura, y acaba de contestarme remitiéndome a usted, en Solesmes.

»Yo deseo ingresar y profesar en el monasterio de usted o en cualquiera que reúna las mismas condiciones en cuanto a estudio y meditación; además deseo marchar de España la semana próxima, cosa que me urge mucho. Pero antes de partir quisiera, para ir de seguro, saber cuáles son las condiciones principales de su monasterio, por ejemplo, su régimen, si se necesita algún título o grado académico para ingresar y si hay toma de órdenes sagradas.

»Yo no conozco a nadie en su país y ello me obliga a dirigirme a usted directamente, rogándole que me informe sobre estas cosas, de lo cual quedaría muy agradecido. Se lo pide un corazón roto por la desgracia y mil veces engañado por los hombres y los acontecimientos. Sé que me atrevo en exceso, pero es usted bondadoso. ¿Lo será lo bastante para escribirme a vuelta de correo? Es pedir demasiado, pero el tiempo corre y la necesidad me aprieta. Perdóneme usted».

A nadie comuniqué mis intenciones, ni a familiares ni amigos. Yo estaba dispuesto a profesar en cualquier cenobio, mejor fuera de

España, bien lejos, y que ya no se volviera a saber de mí. Pero el abad Dom Guèrarder no contestó a mi carta fechada el 2 de abril de 1870, jamás se dignó a hacerlo, y su silencio me abrió profundas heridas en el alma. Más tarde, pasados los años, sentiría en mi propia carne cómo son y cómo obran algunos que se llaman servidores de Dios.

Tiempo atrás, en la revista oscense *El Espíritu Católico*, yo había publicado un artículo, por recomendación de mi tío José Salame-ro Martínez, donde llegaba a afirmar que «la instrucción dirigida por las huellas de Evangelio es la salvaguarda de la moral, mientras que la instrucción anticristiana del industrialismo moderno conduce a las utopías, al olvido de la religión, al pauperismo y al desquiciamiento social». Pensaba así al contemplar el trabajo progresista de mi tío mosén Salame-ro, que así le llamaban los fieles, que fundó de su propio peculio una escuela de artes y oficios; y otro cura, mosén Ramón Bal-dellou, de Torres de Obato, construyó una acequia de 15 kilómetros para regar 1.000 fanegas de tierra, y posteriormente llevó a cabo cinco pequeños proyectos más de política hidráulica, ganándose el apodo de «Mosén Acequias». Y mi otro tío, mosén Lucas, hermano de mi madre, compartió siempre mis inquietudes y preocupaciones, mostrándose comprensivo con mis errores, que él no consideró nunca anticlericalismo ni desvío de la religión, pese a la hostilidad con que después fue acogido mi nombre en las sacristías, a propósito de mi famoso pleito con aquellos tres curas manchegos de La Solana, usurpadores del patrimonio de los pobres, culpables de aquel largo y penoso proceso judicial que me dejó exhausto, sin fuerzas ni ánimos para seguir adelante.

Sé que mi tío, mosén Lucas, estuvo de mi parte. Yo nunca podré olvidar que en mis momentos de mayor penuria, como los que padecía en Madrid, nunca me faltaron sus palabras de ánimo, y en cierta ocasión me envió cinco duros, cantidad modesta que, para él, representaba un capital.

Yo no conseguí ser monje y mi vocación quedó frustrada, ignoro si para bien o para mal. Me quedé con las ansias de retiro y tranquilidad. No atravesé una crisis religiosa, como se dice en estos casos, porque esa crisis me persigue desde mi nacimiento y no me dejará hasta la muerte.

10

Desde que he regresado a Graus, mi tierra me ha devuelto la savia que fui perdiendo por el camino, en destinos lejanos. Aún salgo a pasear algunas tardes con mis buenos amigos Dámaso Carrera, Agustín Rosell y Marcelino Gambón, que siempre traen un botijo de agua fresca. Buscamos la sombra del olmo, en el Barranco, y allí nos sentamos a conversar. Lo normal es que hable yo solamente. Ellos me dan pie para que lo haga, que es la mejor forma de desahogarme y recobrar la serenidad. Desde allí siento mejor la llamada de la tierra, y repito que Aragón fue el primero en verter su gota de sangre y será el primero en verter su gota de sudor en el crisol donde se está elaborando la España nueva. Desde allí se respira aire de Europa. Hasta nosotros llega el murmullo de las aguas del Ésera, y ese sonido me repite la canción de siempre, la política hidráulica, que todavía no ha tenido su completo desarrollo, por la miopía de aquellos que no son capaces de ver cómo el agua, sólo el agua, siembra a su paso la riqueza de la tierra, y que es más fácil atender unas fábricas de productos que nos da hechos la naturaleza que otros artificiales, de compleja manufactura, aunque también necesarios. Pero, como las primeras, dependiendo igualmente del agua.

Vivo a orillas del Ésera, en el punto donde se le reúne el Isábena y juntos se despeñan, robusteciendo el murmullo alborotado de sus alas preñadas de promesas alentadoras con el eco fragoso de las peñas gigantes que lo encajonan y oprimen. Todas las mañanas, al levantarme, escucho la voz del río, que llega a mis oídos siempre igual, como una letanía: yo soy la sangre, yo soy el rocío, yo soy el camino por donde han de volver los tristes emigrantes, yo soy la libertad y la independencia.

Mi política hidráulica, por la que tanto he luchado y tan desesperadamente, todavía suele ser tomada por las gentes en un sentido demasiado literal y restringido, cuando la consecuencia es que las soluciones preconizadas no llevan quizá el mejor camino. Suena como solución tópica, especie de sinécdoque, que expresa en cifras toda la política económica que cumple seguir a la nación para redimirse.

Es una cuestión hartamente repetida, que ya llega a cansarme. Con frecuencia desfallezco, y entonces me llegan las palabras de aliento de muchos amigos. Uno de ellos es Tomás Bretón, que me escribe desde Astillero, aunque me recuerda su domicilio de Madrid: *«Allí tiene usted su casa. Leganitos, 47, primero»*. El mensaje de un artista, de un músico de su categoría, me reconforta. Bretón no se anda con rodeos: *«Le escribo para alentar su fe, si esto fuese preciso, y patentizarle que hay quien, aunque no salga al público a decirlo, porque se reirían, protesta con palabras y hechos de tanto obispo y culto, de tanto torero y fiestas cada vez más concurridas por el pueblo soez, de tanto chiste en los cultos, que esterilizan las mejores iniciativas e ideales más puros...»*.

El insigne maestro no se muerde la lengua. En verdad, su carta me ha llegado en el momento que más la necesitaba, para infundirme renovados ánimos, y no voy a dar un solo paso atrás, ni en lo que concierne a la política hidráulica, que era el tema que me ocupaba cuando mi sobrino Auset me ha subido el correo, ni a la regeneración del país. También en este punto, Tomás Bretón comparte mis planteamientos: *«Hay que construir aquí un núcleo de intelectuales, para que esta protesta contra lo podrido y este movimiento reactivo contra la inercia nacional y esta ansia de ideal y regeneración tome más calor y acabe de concentrarse, alrededor de usted, muchos artistas, y alrededor de Ramón y Cajal (adherido), muchos científicos, y alrededor de Gabriel Rodríguez, muchos abogados, y pueda así constituirse un núcleo poderoso y no contaminado que le impulse la obra comenzada y le preste brújula y autoridad»*.

Pero mi preocupación preferente se centra ahora en el problema del agua, cuya nacionalización no admite espera, si queremos alcanzar las soluciones necesarias.

Dudo que los políticos de turno sean capaces de acometer esta empresa, ya que la masa de capitales que requiere una política como la propuesta, para su realización, tendría que arbitrarla el Estado.

Puesto que es así, tanto como dinero, hace falta hombre. Y aún estimo más difícil encontrar hombre que dinero.

Me cuesta creer que no se comprenda así, ya que no puede estar más claro: regar la tierra es elevarla a valores del Estado, y sería un error imperdonable, que pagaremos muy caro, primar su abandono.

Montón de nieve en las montañas es montón de harina en el llano, si se sabe abrir una arteria entre el llano y la montaña. Aquellos depósitos de deslumbrante blancura que se forman a nuestra vista en la cumbre del Pirineo, no dicen más que frío para el hombre indolente que todo lo espera de las nubes; pero se transforma en relucientes barras de plata para los pueblos industriosos que trabajan con el entendimiento más que con sus manos y saben encauzar las fuerzas de la Naturaleza, tomando en serio su papel de creadores en el plan divino de la Creación.

«*Con agua y sol el hombre es creador*», he repetido hasta la saciedad esta frase que pronuncié un día, tomada del conocido aforismo popular, y es razón suficiente para que aceptemos esa sagrada misión.

Visité a Elisa Palacín durante algún tiempo, casi periódicamente, con suma discreción, sin levantar la mínima sospecha. Ella, desde que había enviudado, era tan libre como yo, nada teníamos que ocultar, y aún así manteníamos en secreto nuestra relación, escondiéndonos, quién sabe si para disimular mejor nuestro delito, en el supuesto de que nos sintiéramos culpables.

Me esperaba al atardecer, cuando yo daba fin a mis ocupaciones, que solían ser bastante variadas por aquella época, cenábamos en la intimidad y luego me llevaba de la mano a su dormitorio. Era muy posesiva, aunque de apariencia dulce y sumisa. Yo me dejaba querer, abandonándome en su lecho, dando satisfacción a mis instintos viriles, y después sentía remordimiento pensando en Frédérique, sin explicarme la razón de que sucediera así.

— ¿Eres feliz? — me preguntó un día.

— Sí.

— Apenas lo demuestras.

— Me duele este brazo.

Conforme con mi respuesta, me llenaba de besos, mientras me pasaba sus manos por el brazo repetidamente, como si con ello quisiera patentizar su arrepentimiento por las palabras que acababa de pronunciar.

Jamás le declaré amor, ni ella me pidió que lo hiciera. Tenía el rostro agraciado y me impresionaba su mirada profunda y cálida; bien formada de cuerpo, jugaba con sus encantos, mucho más experta que yo en cuestiones de sexo.

Nunca supe qué buscaba en mí, ni qué pretendía, aparte de aquellos momentos que pasábamos juntos.

Un día la encontré pálida, ojerosa. Me interesé por su estado:

—¿Te encuentras mal?

Por toda respuesta, se me echó a los brazos, diciendo:

—Vamos a tener un hijo.

Jamás había pasado por mi cabeza nada semejante, cómo imaginármelo. Reaccioné con incredulidad, sintiéndome incómodo, incluso molesto, fuera de mí, porque aquello venía a trastocar mi vida, complicándomela hasta límites insospechados.

—¿Estás segura?

—Sí, tengo los análisis.

—¿Un hijo mío? —insistí.

Tomó a mal mi pregunta, porque se separó de mí y se metió en su dormitorio. Yo la seguí, de todas formas, incrédulo todavía, sin acabar de asimilar lo que estaba pasando, y le reproché su embarazo, lo has hecho intencionadamente, para apresarme, pero ella no respondió. Me miró con sus ojos cálidos y profundos, que echaban chispas, y, al cabo, gritó, más que dijo:

—¡Vete!

Obedecí, sin más. Me puse colérico, lo confieso, incapaz de contener mis nervios, y opté por desaparecer de su presencia. Probablemente no obré como debía, cegado por el egoísmo. Es la duda que siempre me ha corroído. Pero yo tenía mis recelos y hasta mis sospechas: ella se me había entregado demasiado fácilmente, la verdad es que ya me andaba buscando descaradamente en vida de su marido, y me costaba creer que no hubiera más hombres que yo. Lo cierto, por mi parte, es que nunca llegué a quererla, más allá de la satisfacción de mis deseos carnales, lo que debería avergonzarme, como de hecho estoy avergonzado.

Días más tarde, recibí una carta suya definitiva:

«Por favor: no vuelvas a acercarte a mí, no te necesito. Me valdré sola, porque soy capaz de sacar adelante lo que venga, sin tenerte a ti. No eres merecedor de mi amor, nunca lo fuiste, aunque la nueva vida que late en mis entrañas te pertenezca tanto como a mí. No sirves como amante ni como padre, por lo que sobras a mi lado».

No le contesté, adopté una actitud cobarde, no sé si por miedo a aceptar la responsabilidad que con ello contraía o por comodidad.

Pero yo no podía interrumpir mi actividad política, apenas iniciada, por aquellas complicaciones de alcoba.

Elisa Palacín tuvo una hija, porque fue niña, el 2 de enero de 1883, a la que impuso el nombre de Pilar Antígone. Pilar, porque había nacido el día de la Venida de la Virgen a Zaragoza, y Antígone, pienso que por mí, aunque me había negado a reconocerla, pensando en aquella otra Antígone que inspiró a Esquilo y a Sócrates, hija de Edipo y Yocasta, que fue condenada a ser enterrada viva.

Traté de olvidar lo sucedido, sin conseguirlo plenamente. No sentía remordimiento, sino ira, únicamente. El trabajo me devolvió la calma.

Sólo respiro paz en casa de mi hermana Martina. Cuando Martina se va a la huerta o al campo, ¡qué ira me coge! Yo podría ir, yo podría cultivar las tierras y ser dichoso. Pero este brazo me persigue, persígueme esta idea o aquélla, persígueme el vacío de mi alma. Y la sombra de mi cuerpo me persigue también.

Escribí esto años atrás, cuando yo dependía de Martina. Ahora la sustituyen su hija Carmen y el marido de ésta, Ramón Auset, que se desviven por atenderme y hacerme grata la estancia en Graus.

— Tío, hemos puesto su despacho en el último piso, en la azotea, para que nadie le moleste, y el dormitorio, en el de abajo, separado sólo por veinte escalones. Hay mucha luz.

Enfrente, a mis pies, discurre el río Ésera, una vez que ha absorbido en su cauce al Isábena, y a continuación, arrancando de la propia ribera, se alza la peña de Las Forcas, con sus laderas verdes, vestidas de pequeños pinos y abetos, hasta coronar en la roca que la cubre totalmente, con la cabecera a la izquierda, más alta y ancha, alargándose luego hacia la derecha, estrechándose y bajando de nivel, cual si fuera una pesada losa destinada a cubrir una tumba monumental. Allí quiero que me entierren. Son tantas las horas de contemplarla que ya me siento identificado con ella, escuchando el murmullo de las aguas permanentemente, acompañando mis vigias y mis sueños.

No he apetecido jamás otro retiro. Cuando me acogí a él a principios de 1901, apareció la noticia en los periódicos: «Se encuentra en esta población nuestro popular paisano don Joaquín Costa, presidente de la Liga Nacional de Productores, que ha venido en busca de quietud para sus nervios y adquirir algunas fuerzas en su montaña natal». El *Diario de Avisos* del 12 de enero destacaba la noticia. Se es-

peculó con que se trataba de una retirada definitiva, y Manuel Marra-
co me reclamó desde Zaragoza: «*Si no le fuera a usted extorsión ve-
nir, como que aquí se adulteran los hombres escondiendo sus malda-
des como se adulteran en Madrid, usted llegaría a arrastrar la opinión
del pueblo aragonés*». En vista de que mi descanso se prolongó varios
meses, un lector anónimo se dirigió al redactor de *Heraldo de Aragón*
Francisco Aznar Navarro, el 31 de julio de aquel mismo año de 1901,
para darle la nueva: «Un día es el «Guerra» el que le proporciona a us-
ted un triunfo con su famosa retirada, más tarde es Fermín Arrudi, al
que usted sorprendió entre las rocas gigantescas del Pirineo, más gi-
gantescas que él, por más que presuma y se haya aburguesado. Hoy
va usted a anunciar una retirada más trascendental. Hoy va a decir a
los lectores de *Heraldo* que quien abandona la vida pública es otro
hombre más gigante que Fermín Arrudi, y casi tan conocido como el
propio Rafael, del que, con otros descendientes de montañesa gente,
hizo que el nombre de España no fuese desconocido en todo el exte-
rior. Quien se nos va es don Joaquín Costa: ¡el mismísimo Joaquín
Costa!, que apuró las heces de una copa que le brindara la ignorancia
y que despotricaba contra los caciques y oligarcas, cuando oligarcas y
caciques vencían en toda la línea. Se va, y se va a Graus». Tanta se-
guridad se ponía en esas afirmaciones que me sentí obligado a repli-
car con una simple nota que titulé «Sobre mi retirada», en la que acla-
raba la cuestión: «*El Heraldó ha dado la noticia de que Costa se reti-
raba de la vida pública yéndose a vivir a Graus. Nuestras noticias no
coinciden del todo con las del Heraldó. Los amigos de Costa en Graus
saben que este señor ha decidido, por prescripción facultativa, sus-
pender su residencia en Madrid. Para combatir la neurastenia que
hace muchos años arrastra, ha pedido un año de licencia, con el pro-
pósito de pasar una larga temporada en una aldea próxima a Graus,
trabajando en los libros que publica una casa editorial de Barcelona.
La retirada de Costa, nos dicen y podríamos ciertamente adelantar,
pero al menos por ahora no lo es; y lo prueba el estar nombrado man-
tenedor de los Juegos Florales de Salamanca*». La gente no acabó de
creer esta aclaración y el 3 de agosto siguiente me decidí a escribir a
Mariano de Cavia: «*Eso de mi retirada, supuesta o no, al Pirineo es un
asunto enteramente privado, que no interesa más que a mis parientes.
Puedo asegurar a usted que aún me queda alguna fibra adonde no
han alcanzado los efectos de la neurastenia, y así espero que vibrará*

en Salamanca lo bastante para que no "s'en" rían los de Capella, según la vieja matracada ribagorzana».

Tengo a mano todo lo publicado con ese motivo. Me ilusionaba mi próximo viaje a Salamanca como mantenedor de los Juegos Florales, atendiendo los requerimientos de mi amigo Miguel de Unamuno, que tanto me había ayudado en los trabajos que yo realizaba sobre el Señorío de Vizcaya. Aquí tengo su carta del 16 de junio de 1899, en la que me envió buen número de datos de gran utilidad, y que termina con estas palabras: «Deseándole salud, ánimo y fe para proseguir con sus fructuosas labores y en las tareas en favor de este pobre país y de su cultura».

Acapararon mi tiempo la Historia y el Derecho. Tengo una novela empezada y no hay manera de terminarla, por culpa de tanto agobio, y me interesa crear personajes que reflejen nuestro mundo, para adentrarme en sus complejas reacciones, porque es la mejor manera de expresar la intuición histórico-política, haciéndola llegar a los demás directamente, con la amenidad suficiente para que la lectura atraiga y no fatigue. Necesariamente, me sale la novela histórica, aun sin buscarla, tal como les sucede a Unamuno, Valera, Galdós y Alarcón.

En *Justo de Valdediós* quise retratar un personaje capaz de salvar a España, una especie de síntesis filosófica krausista, y temo no haber acertado enteramente en el enfoque. Trabajo en otra obra, novela también, titulada *Últimos días de paganismo y primero... de lo mismo*, que es un fiel reflejo de la situación que padecemos, y *El siglo XXI*, donde me atrevo a ser profeta de lo que nos espera, como no acertemos pronto la embocadura de la historia. He recogido apuntes para *Soter*, que está en la línea de *Justo de Valdediós*, y espero vivir lo suficiente para dar a mis novelas la proyección que sueño.

Me hallo apartado completamente de la vida pública y fuera de todo partido político, recluido en Graus por culpa de mi afección crónica. Tengo en suspenso la correspondencia, porque no puedo ni contestar cartas. Ramón Auset sufre esta falta mía, en la medida de lo posible. Últimamente, no recibo visitas. Deseo estar solo, aislado, y domoñar los pensamientos que me bullen incontenibles, buscando el cauce de la palabra.

Sin embargo, yo me refugio en la soledad y el silencio, y disfruto de la paz que tengo tan bien ganada.

No me arrepentiré más tarde. Quiero seguir apartado, insisto, de toda política y de todo partido. Yo hice ya mi tiempo, soy un fracasado, me resigno a esa condición y no hay que acordarse más del santo de mi nombre para nada. Encima de eso, no me asiste el humor para terciar en la disputa de si son galgos o son podencos, cuando veo España con los perros sobre sí que la están acabando de despedazar. Me come de tedio ese griterío y esa agitación de partidos nuevos o de nuevas facciones, grupos, uniones, alianzas, coaliciones, desprendimientos y diferenciaciones que forman, se disgregan, se repelen, se suman, se cizañean, se excomulgan, se embisten, se eclipsan, resurgen, se abrazan...

El pueblo, en tanto, fía de los políticos, y así labra su propio desastre.

Tan pronto como pude valerme por mí mismo, viajé a París de incógnito, sin más obligación que la de dar satisfacción a mis deseos de estar junto a Frédérique. Yo había cumplido ya los cuarenta años cuando llegué a la conclusión de que la quería hasta el punto de no poder vivir sin ella, por más que no me atraía la idea del casamiento, sólo una vida de amor, libre y sincero. Frédérique, con sólo veintidós años, sentía como yo. Puede comprobarlo pronto.

—Yo te espero —repitió—. Siempre te espero.

Sus trenzas rubias se habían convertido en una hermosa melena, que le caía suelta en estudiado descuido, enmarcando su rostro angelical. Sus ojos azules eran reidores y limpios, no había malicia alguna en su mirada ni en su sonrisa.

Nos besamos con naturalidad, sin importarnos si era en las mejillas o en los labios. Tampoco hubo necesidad de comunicarnos nuestros mutuos sentimientos, porque surgían espontáneos, sin palabras.

Me atormentaba el recuerdo de Elisa Palacín, la viuda del que fuera mi amigo y protector, y el de aquella niña cuya paternidad me negué a aceptar; sólo la presencia de Frédérique me curaba de aquel tormento. Nada le dije a ella de tal aventura, que se me antojaba sucia y, por tanto, inconfesable. En todo caso, estoy seguro de que me hubiera comprendido, otorgándome su perdón.

Me juró que jamás había ido con otro hombre, porque estaba llena de mí desde que era niña. Sus padres, Paul y Giselle, la dejaban a mi lado con toda confianza, sin control de horas. Salimos juntos un fin de semana, a Orleans, la antigua Cenabien, la ciudad comercial de los carmetos, que se rebeló contra el César 52 años antes de Cristo, lo mismo que, varios siglos más tarde, resistió los asaltos de los ingleses

hasta su liberación por Juana de Arco. Yo anhelaba enfrentarme con los testimonios de aquella historia grandiosa, generadora de gloria. Frédérique se ocupó previamente de encargarnos las reservas en un hotel, donde nos dieron una habitación con cama de matrimonio. Curiosamente, ni ella ni yo nos sorprendimos, ni mostramos extrañeza, sino que lo admitimos como lo más natural del mundo, y así sería en adelante nuestra relación.

—Yo sé que tú tienes mucho trabajo y quiero ayudarte —me dijo aquella noche.

—¿Cómo?

—Impulsándote con mi aliento, estimulándote, dándote fuerzas.

—Pero separados por una frontera.

—Por eso mismo, la distancia agiganta los sueños, pone alas en la imaginación, y ya sabes que yo estaré esperándote siempre.

Se daba a mí sin condiciones, con una entrega total, y yo me sentía enormemente complacido, sin detenerme a analizar si mi complacencia era egoísmo o asentimiento también a la entrega.

Así pasamos varios años, hasta que ella se independizó de sus padres. Cuando yo no estaba a su lado, se pasaba el tiempo leyendo libros de Historia y de Derecho, para luego poder conversar conmigo de los temas que me apasionaban. Trabajaba de traductora en una editorial y abrigaba la ilusión de verter mis obras al francés, porque mis ideas eran universales, según ella, aunque tuvieran su raíz en Aragón, o quién sabe si por eso mismo.

Cuando murieron sus padres, me dijo que iba a trasladarse a Toulouse, para estar más cerca de mí. Allí me entusiasmaba contemplar el cauce del Garona, con sus muelles de Brienne y de Tounis, y el puente Nuevo y el de San Pedro. Frédérique me llevó al Mercado del Trigo, situado al final de la calle de Metz, para que pudiera comprobar el movimiento que en él se registraba, e imaginé lo que podría ser Zaragoza sangrando el Ebro a derecha de izquierda, tirando una línea hasta Juslibol, y en esta línea una calle, y otra hasta el molino de Castellanos, de tal manera que la izquierda del Ebro pudiera convertirse en muelle, tal como sucedía con el Garona a su paso por Toulouse.

Tampoco la historia engaña en este punto. Pongamos a la cabeza de Aragón, asumiendo el gran ministerio educador que en otro

tiempo ejerció Zaragoza, para enseñar a la nación española el seguro desarrollo de su porvenir, y que el río Ebro, que ha servido de cuna y de centro de la nacionalidad aragonesa, maestra de España en cuestiones sociales, anuncie ahora el nuevo evangelio político a los pueblos de la Península, como ya principiaron a anunciárselo con el canal de Tauste, construido en el siglo XV, antes que ninguno otro en Europa. La historia tiene que clasificar al Ebro entre los grandes ríos civilizados, al lado del Éufrates, del Nilo, del Tíber, del Támesis y del Sena. Es el más caudaloso de la Península: tiene delta, como el Nilo, e historia gloriosa, como el Tíber; es navegable, como el Támesis de Londres y el Sena de París; sirvió para dividir la España romana en dos partes, la Citerior y la Ulterior; en sus orillas nació el sistema parlamentario, juntándose en Cortes antes que ningún otro pueblo de Europa; en sus orillas tuvo origen y se desarrolló el derecho internacional moderno, con Pedro I y Fernando II; de ellas salió, que no del joyel de la Reina Católica, como pregona la leyenda, el dinero que necesitó Colón para descubrir América; ha sido el gran antemural de las invasiones septentrionales; en los albores de la Edad Media detuvo a Carlomagno; en los albores de la Edad Moderna detuvo a Napoleón; corre desde el Atlántico hasta el Mediterráneo, como si trazara el rumbo de la civilización moderna, de Occidente a Oriente, tiene en la cabeza y en la desembocadura las razas más laboriosas de la Península, y en el centro, Zaragoza...

A veces me exaltaba, entraba en estado febril y las palabras me brotaban como un torrente. Frédérique tiene la paciencia de escucharme, sin denotar cansancio ni aburrimiento; por el contrario, sintiéndose profundamente interesada por lo que digo.

—Un día me llevarás a Zaragoza —se atrevió a pedirme.

—Es la ciudad sagrada —le respondí con mi frase ya acuñada—, el depósito santo de la libertad.

El jardín Royal, lindando a la Grand Rond, quedaba cerca de casa, dando un corto paseo desde la calle de Nazareth a la de Ozenne, girando a la izquierda. Significaba tanto como tener un hermoso trozo de la naturaleza al alcance de la mano.

Tomamos asiento en un banco de piedra, contemplando en silencio el juego de los niños, cuyo griterío se mezclaba con los trinos de los pájaros, que poblaban los árboles en crecido número, saltando de

rama en rama, revoloteando al perseguirse los unos a los otros, acostumbrados al grato ambiente de aquel oasis urbano.

Frédérique se recostó en mi hombro, cogiéndose suavemente de mi brazo derecho, con tanta delicadeza que apenas sentía el contacto de sus manos.

—¿Te duele?

—Sí, pero me olvido cuando estoy a tu lado.

Juntó su mejilla con la mía.

—En ese caso, no hay problema.

Todo me resultaba sencillo si estábamos juntos, porque sus palabras y su actitud me devolvían la esperanza perdida y me hacían alimentar nuevas ilusiones. Ella es el oxígeno que necesito para seguir viviendo, y es preciso que nadie, absolutamente nadie, conozca mi secreto antes del tiempo señalado.

Sólo entonces sabrán los incrédulos que yo fui también un hombre, que es lo más difícil de ser en la vida.

No es cuestión aquí de recordar sucesos y acontecimientos que fueron dejando su huella en mí, más o menos profunda, sino de revelar aspectos que muchos desconocen, porque un día fueron hechos públicos, o no lo fueron, de forma incompleta.

Posiblemente, he sido demasiado ambicioso, y ni siquiera hoy he dejado de serlo, pues ya escribí en mi diario un día que la ambición no ha de saciarse jamás. Desde el principio ambicioné la gloria, pero la gloria precoz, en mi juventud. ¿De qué sirven los laureles sobre el sepulcro? Sin embargo, ya empezó mi suerte a negarme las más pequeñas cosas, las más inocentes, apartándome de las aulas donde las hubiera recogido.

El 28 de septiembre de 1904 regresé definitivamente a Graus, enfermo y envejecido, con el consuelo de pasar aquí mis últimos días, en la paz de mi tierra.

El médico, don Santiago Gómez, me ha recomendado reposo, nada de viajes, y apenas me muevo si no es con la ayuda de mis sobrinos Carmen y Ramón, o la de mis amigos, que me sacan al Barranco para estar de tertulia.

Frédérique me anima para que vaya a Suiza, a que me vea un médico de aquel país, especialista en enfermedades como la mía. Todo es en vano, porque ya conozco el diagnóstico, y lo único posible es aplacar la virulencia del mal y retrasar sus efectos, nada más. Los treinta duros mensuales que recibo de la notaría de Madrid no me alcanzan siquiera para cubrir los gastos que tengo, y a veces sufro apuros para encargar a Ramón dos reales de papel de escribir, sin el que no podría pasar. Cuando carezco de él, escribo sobre lo que encuen-

tro, trozos de cartas y notas que he recibido, donde han quedado espacios en blanco, o viejos cuadernos. Soy presa de la fiebre que me abrasaba en mis años adolescentes, y tengo para mí que eso de la edad en las personas no es sino una cuestión accidental, de tipo secundario, en relación con la muerte. Mi pensamiento, al menos, no ha variado en lo fundamental, en su esencia, al cabo de tantos años.

Por eso sigo pensando lo mismo sobre el regionalismo, que los más pretenciosos y pedantes llaman nacionalismo, precisamente porque desconocen, o no quieren reconocer, el verdadero concepto de nación, que no puede darse cuando el conjunto de personas de un mismo país dependen no sólo del propio gobierno sino del poder central, del que forma también parte, del cual depende, por tanto, la nacionalidad, unida al concepto de Estado.

Otra cosa muy distinta es la descentralización, alcanzando los niveles de autonomía que yo mismo he defendido siempre. Así lo manifesté en el prólogo que escribí, en 1900, para el libro *La descentralización y el regionalismo*, de Antonio Royo Villanova. Porque ni el regionalismo, ni sus congéneres, la descentralización y el federalismo y otros tantos, son ideas fijas: cada uno de ellos ostenta variedad infinita de matices y grados, que no caben en molde tan angosto como el de un vocablo. Por tal causa, son muchos los que, estando de acuerdo en el fondo, sin embargo, no entienden y atruenan los aires con sus vanas disputas y pierden el tiempo edificando sobre la arena. Respecto a lo que debe estar prohibido a la región, como de la exclusiva competencia del Estado nacional, y qué es lo que le deba estar permitido, como de interés exclusivamente local, para que el régimen de las regiones, si así quiere llamarse, corresponda a las exigencias de un Estado social, y de unos antecedentes históricos tal como los nuestros. En lo cual es de notar más particularmente su doctrina sobre conciertos económicos, que es la cuestión batallona del día en esto del nacionalismo.

Para mí, en el clamor de la protesta que se levanta de las regiones menos sufridas contra los poderes centrales; en ese movimiento de despego, y aun de hostilidad, de las provincias contra Madrid, que toma como grito de guerra y como bandera el regionalismo, hay que distinguir una parte legítima, que la razón justifica y abona, y otra que representa una reacción y en concepto de tal tiene explicación cumplida.

En la tertulia veraniega del Barranco, bajo la sombra generosa del olmo frondoso, Marcelino Gambón me tira de la lengua para que yo me pronuncie sobre estas cuestiones que constituyen mi obsesión desde hace tiempo. Me inquieta sobremanera el incierto y arriesgado mañana en este presente equivocado y sin norte.

—Don Joaquín, ¿usted cree realmente en la misión responsable que aguarda a las regiones, dentro del concepto de Estado?

Sonrío al escuchar tal pregunta, porque no puedo hacer otra cosa, y respondo de esta manera gráfica:

—La restauración de las regiones pudiera ser una de esas fuentes cegadas, donde algunos hilos de agua corren subterráneos y aguardan el golpe de azada del restaurador, que les alcance el camino de la superficie.

Son ideas y conceptos estos en los que vengo insistiendo hasta la saciedad, como discurso en el desierto donde se pierden las palabras un día y otro día. Pero es que el reconocimiento de la personalidad de las regiones es una pieza de un gran organismo, y no adelantaremos nada con que nos fuese dado no dándose a la vez todo lo demás.

Hoy he recibido una carta de la colonia aragonesa de Barcelona, invitándome a la inauguración de la Casa del Pueblo, en cuya construcción todos han contribuido, y quieren que yo realce el hermoso acto con mi presencia. Será al término de este verano de 1906.

Ramón Auset me ha leído el escrito.

—Imposible —ha negado con la cabeza—, el médico no le autorizará a usted que se ponga en viaje.

Y es que en mi actual estado de irritación y depresión de ánimo, invadido por una desesperanza y amargura nada mansa ni resignada, que ha anegado cuanto había en mí idealmente español, no me hallo en condiciones de dirigir la palabra a una colectividad política en quien puse mis últimas esperanzas. Todavía no he nombrado otro impedimento, no sujeto ya a la apreciación y que es superable por la voluntad sólo dentro de un límite; lo que me produjo tres meses de enfermedad grave cuando en febrero último fui por caso debido a Zaragoza. Mi propensión a las enfermedades de los órganos respiratorios cuando les impongo un esfuerzo que exceda del ritmo propio de una vida supersedentaria, hecha segunda naturaleza; lo que me ha tenido

ya varias veces a la muerte. Y no digo nada de mi padecimiento crónico, la debilidad muscular, por el cual he hecho tanto sacrificio en España y en el extranjero, y que me incapacita para una labor de propagandista y político militante. Para removerme en mi asiento hace falta poco menos que un terremoto. En la convalecencia salí de casa justo cuatro veces, no obstante ser tan apasionado del campo y convenirme tanto, y después no he vuelto a salir a la puerta de mi casa; siendo en medio de todo una fortuna poder contemplar tan hermosa vista de montañas, río, cultivo y arbolado como el que se despliega enfrente de mi despacho.

Barcelona republicana no puede hallarse en disposición, humor y actitud de oírme, como no me oiría Valencia, como sí todavía Madrid y Zaragoza, y es que soy el más torpe de los españoles en clase equilibrista y templador de gaitas.

Cuentan que la Casa del Pueblo de Barcelona ha sido erigida mediante una suscripción popular de los obreros catalanes, con los aragoneses al frente, y que lleva el nombre de «Mensaje a Costa». Sepan aquellos obreros aragoneses que estoy con ellos en espíritu, y casi, casi, podría decir que corporalmente. Esta villa perteneció algún tiempo a Cataluña, como todo el condado de Ribagorza; todavía, en el siglo XVI, la lengua de aquí era el catalán, y de aquello ha quedado un dialecto mestizo. Mi apellido es catalán por los cuatro costados. De modo que también yo podría considerarme tanto de la colonia aragonesa de Barcelona como de la colonia catalana en Zaragoza.

Ramón insistió en que, ya que no podía viajar como se me solicitaba, debería agradecer de alguna manera la deferencia que tenían conmigo, y le solicité recado de escribir. Yo carecía de fuerzas hasta para levantar la pluma y mojarla en el tintero, y me costaba trabajo poder pergeñar unas pocas frases, con dificultad para enlazar las palabras, al margen de que me salieran juntas muchas de ellas, por morde no correr el brazo, sin atreverme a moverlo. Esta indolencia, más bien desgana, me tenía privado de inspiración, por más que ésta sólo es la consecuencia del trabajo cuando uno tiene deseos de entregarse a él. En el silencio de mi despacho, a solas, leía la Biblia, abierta por el «Libro del Eclesiástico», y puse el título de «La pobreza, fuente de la esclavitud y delito», dedicado a los obreros de Barcelona. Todavía me pregunto si llegaron a entenderlo, o si pensaron que el escrito en cuestión se debía a la pluma de mi tío mosén Salamero, siempre dispues-

to a ayudarme en trances difíciles. Lo digo por los términos utilizados en aquel trabajo, donde hacía constar que nadie ha visto con tanta lucidez los males que se engendran en la miseria, ni condenado las desigualdades sociales, como los autores del libro bíblico «El Eclesiástico», traducido por Jesús, hijo de Sirah, hace más de veinte siglos. «No sufras jamás la condición de menesteroso: vale más morir que ser pobre. El rico comete injusticias y todavía se exalta y vocifera queriendo tener razón; mientras que el pobre, aun maltratado, tiene que callar». Este último concepto, de tan honda significación para la sociología, fue expresado tiempo después, con frase precisa y elegante, por un poeta del siglo I, Silio Itálico, al representarnos a Escipión, encontrándose en uno de los vestíbulos del infierno con «La Miseria», mal horrible, espantable, que conduce al crimen. Abramos ahora, volviendo a la Biblia, el libro de los «Proverbios» y edifiquémonos: «El rico reina sobre los pobres. La libertad del hombre está en sus riquezas. Las haciendas son las ciudades del rico y le dan fuerza; la miseria tiene a los pobres en continuo temblor».

No parece extraño, después de esto, si extasía a los autores del «Eclesiástico», de los «Proverbios» y de los «Salmos», el cuadro de una agricultura floreciente en que el instrumento tierra produzca para los que trabajan. «Regaré mi huerto, poblado de frutales, hartaré de aguas las hierbas de mis prados». «Ya reverdecen las praderas y se recoge el heno de los montes, y fabrican los corderos la lana para tu vestido y las cabras, la leche para tu sustento». «Mudó el Señor el desierto en lágrimas de agua y la tierra seca en manantiales; y alojó allí a los hambrientos; fundaron éstos una ciudad y plantaron viñas y dieron el fruto al natural: arrojó el desprecio sobre los poderosos y los lanzó a la vida errante, mientras redimía al pobre de la miseria, levantándole de su abatimiento».

Una ciudad así, en que los pobres encuentren casa donde morar y tierra que cultivar y agua abundante con que fertilizarla, prometió el profeta Ezequiel a los judíos presos en Babilonia. Esto dice el Señor: «Yo os recogeré y os sacaré de entre las gentes y os conduciré a vuestra tierra; y pondré un espíritu nuevo en medio de cada uno de vosotros, os quitaré el corazón de piedra que tenéis en el pecho y os daré un corazón de carne, y os purificaré de todas vuestras inmundicias e idolatrías. Yo salvaré a mi grey, despidiendo a los pastores infieles que sólo se apacientan a sí propios. Yo haré llover a su hora, y lla-

maré al trigo, y lo multiplicaré, y multiplicaré el fruto del árbol y las cosechas del campo, para que no sufráis más el oprobio del hambre de las gentes».

Entregué el borrador a Ramón para que lo copiara con su bonita letra de pendolista y resultase legible mi mensaje.

Al término de su tarea, vino a mí con los papeles en la mano:

—¿Cree usted, tío, que los obreros de Barcelona entenderán esto?

—Tú lo has puesto todo bien claro, ¿no?

—Me refiero a lo que dice.

—Trae. Lo firmaré de mi puño y letra, para que no haya dudas.

Debajo, como pude, estampé esta dedicatoria: «A la colonia aragonesa de Barcelona. Su agradecido amigo, Joaquín Costa, Graus, 23 de septiembre de 1906».

—¿Has visto qué fácil? —espeté a Ramón.

Tampoco yo sabía si aquellas eran las palabras que esperaban de mí, a falta de mi asistencia a la inauguración de la Casa del Pueblo. La disposición de escribir varía con el estado de ánimo, y a veces se prefiere el silencio absoluto, mientras la mirada se abstrae en la contemplación del paisaje, el Ésera, a mis plantas, y Las Forcas, esperándome en reposo.

A quella mañana estaba de mal humor y no sabía por qué, aunque motivos nunca me faltaban. Carmen y Ramón, que conocían mi carácter, me dejaban estar, en espera de que amainara la tormenta. Me he forjado en la adversidad y no puedo cambiar, y me acuso de poseer mal genio en ocasiones y de ser intemperante, sin que medie razón aparente para ello. Por fortuna, se me pasa pronto. En el fondo, soy un hombre serio por la cabeza y niño por el corazón.

Sólo aquí, en mi tierra, encuentro la paz y el sosiego que demanda mi espíritu, se calman mis nervios en el remanso de la serenidad; pero es tarde ya, demasiado tarde, para todo. Antes, cuando todavía ambicionaba la gloria, me vi forzado a marchar lejos, dejando a los míos, porque debía estudiar y quedarme en Madrid, pues el que vive en provincias no llega nunca a escritor de fama, ni a ministro, ni es reconocido su esfuerzo.

No pretendo hacer historia de mi vida con estos apuntes. Sería tarea vana, y yo estoy libre ahora de esas tentaciones y petulancias, tan propias de los hombres públicos, que sólo viven para sí, con el engaño, ya que no excusa, de que viven para los demás. Escribo, tratando de reflejar mis impresiones de cada momento, inseparablemente unidas a mis recuerdos, por más que yo miro siempre al futuro, que es lo que importa, el futuro del pueblo y de España, y entonces siento mucho más el peso del pasado, y bien que me duele, porque corremos el riesgo de quedarnos sin mañana.

Únicamente se mantiene la certeza de que llegará un hombre, no sé en qué tiempo ni en qué época, con la señal de los elegidos, y se encargará de inundar de luz las tinieblas para que florezca la verdad, la mía y la de todos, tomando, al fin, la embocadura cierta de la vida.

Me alejé de Elisa Palacín voluntariamente, con deseos de olvidarla por completo, erradicar de mi vida aquel lamentable tropiezo que me atormentaba, acarreándome tan graves consecuencias. No acababa de comprender lo sucedido, que las cosas hubieran llegado tan lejos, y aún hoy me resisto a creerlo. Ella me escribió varias veces, hablándome de Pilar Antígone, «nuestra hija», como si con ello se propusiera despertar en mí los sentimientos de paternidad. Pero yo dudaba de que aquella niña fuese hija mía, lo dudé desde el primer momento.

Rompí las cartas de Elisa, junto con las fotografías que me enviaba de su hija, con la que yo nada tenía que ver; me fui aferrando a esta idea y borraba al instante todos los vestigios, haciéndolos desaparecer. De poco servían sus palabras de recomendación: «Mírala, es tu vivo retrato, consévala, porque es sangre de tu sangre».

Se presentó con la niña en una conferencia que yo pronuncié en el Ateneo de Madrid, y acogí con indiferencia la presencia de las dos, madre e hija, sin sentir la llamada de la voz de la sangre, como suele decirse en el lenguaje popular. Transcurrido el acto, pasó a saludarme.

—He venido para que conozcas a Pilar Antígone.

Había mucha gente en derredor, con saludos y felicitaciones, y el incidente se quedó en simple anécdota, inadvertido para el público en general.

Respondí correctamente:

—Muy bien. Espero que haya otro momento mejor, con más tiempo.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo, que estoy libre.

Le di un beso a la niña, maquinalmente, tal como suele hacerse en estos casos, por cumplir, y seguí atendiendo al resto de mis amigos y conocidos.

Fue después, al quedarme solo, cuando me arrepentí de mi acción, por más que mi comportamiento no había pasado de lo cortés, y me encolericé con el recuerdo, arrepentido por la debilidad tenida, y más todavía por haber quedado para el día siguiente, porque estaba plenamente convencido de que Elisa volvería a verme y rogué a Dios que no lo hiciera con su hija. Al cabo de seis o siete años que habían transcurrido, o quizás fuesen más, yo había superado mi crisis inicial, zanjando definitivamente ese error de mi pasado, sin rencores ni remordimientos.

En realidad, sólo había una mujer en mi vida, la única, Frédérique, que seguirá estando a mi lado hasta el término de mis días y más allá.

Aquella tarde me encerré trabajando en mi despacho, como de costumbre, cuando se presentó Elisa, confirmando mis temores. La hice pasar, finamente, y le ofrecí asiento. Yo ocupé la mecedora de enfrente, donde me sentía más cómodo. Menos mal que vino sola, sin la niña.

Permaneció en silencio los primeros instantes, mirándome con sus ojos profundos:

—Tú dirás —le invité a que empezara la conversación.

—He venido para hablar de tu hija.

—La tuya, dirás.

—Todavía no me explico por qué continúas dudando.

—¿Es que no ha habido otros hombres en tu vida?

Hizo como si no me hubiera escuchado:

—En abril hará la primera comunión.

—¿Y qué?

—He pensado que sería buena ocasión para que tú estuvieses en la ceremonia.

—¿Yo? Sabes que he renunciado a esas cosas.

—¿Por fidelidad al krausismo?

—Por defender mi libertad de hombre, pues pienso que es el maestro quien debe asumir la cura de almas y la dirección de los pueblos, y es en la escuela donde deben encontrarse todas las energías regeneradoras de la raza. En el mundo, quien más, quién menos, siente la necesidad de secularizar el Estado y apartar de él a la Iglesia, aligerando de esa enorme porción el peso muerto de las naciones.

—No he venido a discutir esos temas.

Elisa se revolvió intranquila en su asiento.

—Explícate —le animé.

—Yo nada te pido para mí. Jamás pude sospechar que se produjera esta situación. ¿Tan poco te preocupa nuestra hija?

—¡Calla!

Se echó a llorar, diciendo que la niña no hacía más que preguntar por su padre y ella ya no sabía qué respuesta darle. Yo la dejé que se desahogara, impermeable a sus palabras. Me hallaba preparado para ello. Mi decisión era irrevocable, no consentiría que me esclavizara aquel suceso desgraciado, ni que condicionara mi vida en el futuro.

—Me equivoqué contigo —sollozó Elisa—, siempre estuve equivocada.

—Posiblemente, nos equivocamos los dos.

—¿Y qué culpa tiene de ello Pilar Antígone?

No pude soportar más y me levanté de la mecedora, no sin esfuerzo. Elisa se dio de inmediato por aludida e hizo lo propio, enjugándose las lágrimas con un pañuelo.

—Tranquilo, que ya me voy.

Decidí cortar para evitar una escena desagradable, que no estaba dispuesto a soportar.

—Olvídate de mí, será lo mejor —dije.

—Considera que he muerto para siempre; pero ella, nuestra hija, no, porque es la vida que nos sucede.

La acompañé hasta la puerta y la despedí con la cabeza baja, dando por concluida la corta conversación. Era urgente terminar cuanto antes, pasar la página de aquel capítulo desagradable.

Es posible que obrara mal, después de todo, pero me veía medido en una encerrona, si me dejaba atrapar, y yo precisaba ante mí el camino libre, sin obstáculos, para no interferir la trayectoria emprendida, y algo se rebelaba dentro de mí contra aquella situación que yo no había buscado y de la que no me consideraba culpable.

No sopesé mi responsabilidad en los hechos, lo reconozco, para no complicar mi vida con aquel lío de alcoba, lo que habría supuesto el final de mi carrera. La inexperiencia, sin duda, me había jugado una mala pasada.

No volví a recibir las cartas de Elisa Palacín, y si alguna vez supe de ella y de Pilar Antígone fue a través de algunos allegados, que me facilitaban noticias normalmente, pienso que sin segundas intenciones, porque desconocían la verdadera historia. Simplemente, conocían nuestro paisanaje, el de Elisa y el mío, y la antigua amistad que nos uniera en vida del marido de ella, José Vergnes, un hombre que creyó en mí cuando nadie creía y me ayudó en momentos difíciles. Ésta era otra de las razones que se interponía entre Elisa y yo.

Nunca terminaré de comprender a las mujeres y eso me ha mantenido, regularmente, alejado de ellas, si hago excepción de Frédérique, que es también un amor en la distancia, en el que compartimos un sentimiento, pero nada más; ella se esfuerza en convencerme de que está muy cerca de mí, que es el aliento que me ayuda a respirar, y es muy posible que tenga razón, porque yo percibo igualmente esa proximidad cálida y vital.

He releído mi tesis de Derecho, *Juicio sobre la patria potestad romana*, que me valió el premio extraordinario, galardón que se repetiría con la del doctorado, *Ensayo sobre el derecho consuetudinario*. El doctorado en Filosofía y Letras lo obtuve con *Estudio de la Revolución Española*, que mereció la calificación de sobresaliente, y me tocó competir para el premio extraordinario con Marcelino Menéndez y Pelayo. Ambos tuvimos que desarrollar, como opositores, un tema relacionado con la doctrina aristotélica y su desenvolvimiento en la Edad Media y tiempos modernos. Mi competidor presentó un trabajo erudito, centrado principalmente en la biografía aristotélica y abordando la metafísica sólo de pasada, alegando la falta de tiempo para completar su exposición. Yo solicité la formación de un nuevo tribunal y el director general de Instrucción Pública desestimó mi petición. No corrían buenos tiempos para los krausistas, cuya presencia había influido en el destronamiento de Isabel II, según dijeron, y dejaron al margen mi tesis para premiar la de Menéndez y Pelayo, con el que, por otra parte, mantengo una excelente amistad; a él recurrí, precisamente, en solicitud de datos para mi obra *Colectivismo agrario*.

Tampoco pude acceder a la cátedra de Historia de la Universidad de Madrid, ni a la de Derecho Político y Administrativo de la Universidad de Valladolid. Incluso renuncié al puesto de profesor de Legislación Comparada, cuando el ministro de Educación, Orovio, inició la dispersión de ciertos catedráticos krausistas.

Al revisar aquellos trabajos, he descubierto el embrión de casi todas mis obras, porque mis viejas concepciones en Historia y en Derecho no han sufrido alteraciones sensibles con el paso de los años.

Lamentablemente, no han desaparecido los casos semejantes a aquel tan sangrante y desdichado de La Solana, en Ciudad Real, donde los curas quisieron usurpar el patrimonio de los pobres. El enfrentamiento con la Iglesia, en aquella ocasión, aunque mejor sería decir, con aquellos clérigos desalmados, sin escrúpulos, abrió en mí no pocas heridas de amargura, muchas de las cuales se cerraron cuando, años más tarde, un hacendado de allí dejó un importante legado de tierra a la villa y el pueblo solicitó mi consejo para la mejor forma de repartirlo. Volví a La Solana, pues, al cabo del indecible martirio sufrido por culpa de aquel otro legado del que quisieron apropiarse los curas, con la excusa de que era para la Iglesia.

Me dispensaron un cálido recibimiento, ocupé la tribuna e inicié mis intervenciones con estas palabras: *«Aun murmurando de vosotros por el abandono en que tenéis vuestro derecho, siempre he admirado este pueblo por lo honrado y por lo industrioso, que ha sabido hacer el milagro de desenvolverse en medio de un secano abrasado, como difícilmente lo han hecho otros pueblos asistidos de aquel gran propulsor del regadío. Hoy os admiro por otra cosa: por la noble indignación que ha despertado en vuestros pechos cierta maniobra torpe, por no decir impura... Al gusano le han salido alas y se ha tornado mariposa. Porque yo no os veo movidos por la perspectiva de un provecho material: veo relampaguear en vuestras frentes el sentido de la dignidad herida, que se revuelve contra el ofensor y quiere reducirlo a la obediencia de la virtud y la ley. Harto necesita mi alma dolorida, entristecida, de espectáculos confortadores así: gracias, solaneros, por haberme propiciado éste, en que estaba tan lejos de soñar».*

Habíamos conseguido justicia en tres días, porque se mostraron dispuestos a no contar con los tribunales y a tomarse la justicia por su mano. Aquellos caballeros que quisieron despojarles, al parecer cristianos y hasta sacerdotes y, al parecer, de Cristo, no cedieron a la razón, sino al miedo y a la fuerza. Pocas veces se habrá puesto la fuerza al servicio de la razón y el derecho con más dignidad que en aquella ocasión. Les aprobé su actitud y les felicité por ello, aún más que por los resultados.

«¿Os acordáis de aquella hermosa invocación de la Iglesia: gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad? Uno de esos hombres de buena voluntad soy yo, y me basta con no ser otra cosa». Les advertí que no iba a traer más guerra de la

que el enemigo quisiera. Soy de los que piensan que no hay que ahorcar a quien está ahorcado dentro de sí mismo; pero también, si resultase que esa horca interior de la conciencia no funciona o es insuficiente, yo no soy hombre para predicar a nadie la resignación, para aconsejar que se presente la mejilla derecha a quien nos haya abofeteado la izquierda; todos seremos carpinteros para levantar la horca de la ley en los estrados, y ya «habéis visto anteayer que yo, por mi parte, he principiado a traer madera».

Procedamos todos serenamente, sin actitudes trágicas ni violentas; sin nada que se parezca a injurias, y menos a insultos o amenazas; con calor, sí, con pasión, que sin pasión no se hacen revoluciones redentoras grandes ni chicas en el mundo; con pasión, pero teniendo en las manos las riendas de ella; dispuestos a llegar hasta donde sea preciso ir, pero no más lejos de hasta donde sea preciso, no apartando la memoria de que todos somos pecadores, que hay en el mundo mucha más materia para compadecer que para odiar, y llevando en el alma la tristeza de que sea menester condenar y perseguir a nadie como enemigos en un mundo donde tan hermoso sería vivir y ayudarse como hermanos.

«En los últimos diez años he estado yo varias veces en la villa de La Solana; hoy, por primera vez, la villa de la Solana entra en mí y me avasalla y me rinde. Habíais de ser vosotros, solaneros, quienes me ofrecierais el hermoso espectáculo, quienes dierais a España el ejemplo alentador de un pueblo venturoso, consagrado por el óleo santo del trabajo, que abre por fin los ojos y se levanta airado en defensa del derecho detentado, y se dispone a abatir las cataratas de tal o cual ciego del alma, que, sin embargo, se había erigido en oculista especial para dar luz a los demás. Habíais de ser vosotros quienes, recordándome que en la nación todo viene de estar igual, me dierais la impresión anticipada de aquel día grande, de aquel día redentor en que España se alce, con toda la majestad del león herido, blandiendo el rayo de su indignación, contra los detentadores del poder que retienen a la nación su personalidad, su albedrío y su bolsillo, sus derechos como nación histórica, la propulsión del Estado, su derecho a cultivarse, a comer, a ser nación europea y a romper con un pasado de vergüenza y con un presente casi africano que os deshonra. Era ya hora de que me sintiera a mis anchas, en medio de los míos, que son el pueblo, que son el porvenir, que son toda la España casi que nos

queda, respirando el aire sano y libre de los campos, el aire de las conciencias lineales y limpias, y saliendo de ciertas atmósferas, tanto más metafísicas cuanto menos derecho tienen a serlo».

Dije esto, y lo repito ahora, como remedio a situaciones extremas como la que padecemos. Que nadie confunda los términos, llevando el agua a su molino, identificando mis palabras con la intervención de un régimen dictatorial, de ordeno y mando, porque ha pasado ya de moda llamar pestilencia a la democracia, y yo clamo por un estadista o varios estadistas de capacidad y de corazón, escultores de pueblos, que sientan y encarnen el programa de resurrección política del profeta Ezequiel, hallando en su genio creador la misma inspiración que encontraron en otras naciones para labrar sublimes epopeyas vivientes, imperios, iglesias y repúblicas que decoran y magnifican la historia de la humanidad.

Haciéndolo así, no es seguro que la caída de nuestra nación sea todavía definitiva; sin eso, despedámonos y despídanse nuestros descendientes de verla jamás rehabilitada, libre, rica, fuerte, europea y colaborando en la formación de la historia y en sus reivindicaciones y adelantos; no conquistaremos la libertad sino a precio de la autonomía; no seremos libres, no seremos personas, sino cuando haya dejado de ser persona España.

Ramón, clasificando mis papeles, ha encontrado referencias, según me cuenta, a una mujer que menciono sólo con la letra F, a la que declaro mi amor aun sin ser correspondido. Es lo que se desprende, según él, de mis apuntes. Y me ha preguntado con sorna:

—Tío Joaquín, ¿quién es F?

Me ha cogido por sorpresa y no he sabido qué responderle, nervioso como un jovenzuelo que acaba de ser descubierto en sus cuantas, y le he dicho que se trata únicamente de unas notas con destino a la novela—testamento que estoy escribiendo, llamada *Soter*, que es «Salvador» en griego.

—¿Y qué misión tiene una mujer en ese testamento? —ha querido saber.

—Ya lo verás cuando la obra esté concluida.

Es como si rememorara el planteamiento que me propuse con *Justo de Valdediós*, aquella otra novela juvenil incompleta, poniendo fin a la historia, presentando en la ficción el mundo de la realidad, para que todavía resultara más increíble a los lectores.

Me he limitado a darle esas explicaciones a Ramón Auset, antes que revelarle la identidad de F, a la que profeso mi amor pleno desde hace tantos años, únicamente entiendo la falta de correspondencia en la distancia, en recorrer el camino que nos separa del Pirineo a Toulouse. Salvando esa frontera, Frédérique está siempre junto a mí, jamás se ha separado de mi corazón, y a medida que pasan los años más siento la necesidad de ella. El simple hecho de permanecer a su lado y conversar me llena de satisfacción, colma todas mis ansias,

aunque ella, por lo general, me deja hablar a mí casi exclusivamente, le gusta escucharme y es feliz así. Luego, la relación sexual entre los dos surge espontánea, se produce como algo perfectamente natural, como debe ser, y yo me hundo dulcemente en ella, y entonces dejo de ser un hombre brusco y colérico.

El progreso de mi enfermedad no es inconveniente para que nos veamos, pese a que cada vez me cuesta más trabajo ponerme en viaje, y en la cama llegaría a sentirme molesto si no fuera porque Frédérique sabe muy bien cómo tratarme para que mi dolor deje de serlo y se convierta en placer.

El verano de 1892 estuvimos juntos casi dos meses, con el pretexto de que yo me había ido a tomar los baños y a que me vieran unos médicos franceses. Inauguraron en Toulouse el Museo de la Historia y asistimos a la ceremonia. En adelante, lo visitaría con frecuencia, por mi afán de consultar libros y documentos relativos al Languedoc, con vínculos comunes.

Frédérique me llevó una tarde a la Escuela de Bellas Artes, cerca del puerto, y pasamos unas horas deliciosas cambiando impresiones con los profesores. Yo comenté mi buena disposición para el dibujo, si bien me venía imposibilitado para desarrollar esa afición por culpa de la atrofia muscular que me afectaba principalmente el brazo derecho. Aun para escribir peno lo indecible.

En casa, sólo podía estar leyendo o escribiendo, mientras dejaba libre a Frédérique para que ella también hiciese sus cosas.

—¿Qué estás escribiendo tan ensimismado?

—En cierto modo, una canción titulada «La voz del río».

—No te entiendo.

Se lo aclaré de inmediato, hablándole del agua de riego, de la salvación de la tierra sedienta, que equivale a la redención de los hombres.

—Dar de beber al pueblo sediento es más que una obra de misericordia, es una obra de justicia, porque no debe dársenos el agua como limosna sino como derecho, porque el programa de un partido progresivo debe encerrarse en esto: regar y gobernar.

Aun a riesgo de que no me entendiera ella, porque las tierras de la cuenca del Garona ya estaban redimidas, le hablé de mi principal empeño en promover los canales del Este de la provincia de Hues-

ca, el de Sobrarbe y el de Tamarite de Litera, prestos a regar 100.000 hectáreas cada uno.

— Son los mayores entre todos los proyectos posibles en España —le aclaré— y representan la mitad de todo el regadío nuevo que tratan de crear los 25 proyectos realizados en cuarenta años.

Asintió con la cabeza, asimilando cuanto yo acababa de decirle, y continuó a mi lado en silencio, sin interrumpirme, viéndome trabajar, y dando alas, sin proponérselo, a lo que yo escribía.

Pasaron muchos minutos, posiblemente horas, antes de que yo dejara la pluma en su sitio y tapara el tintero.

— ¿Ya está? —se interesó Frédérique.

— Por hoy, sí. Es el mitin que debo pronunciar el 29 de octubre en Tamarite de Litera.

— ¿Incluida la canción «La voz del río»?

— Naturalmente.

— ¿Me dejas leerla?

Le alargué las cuartillas y ella se embebió en su lectura. De vez en cuando movía los labios, como si tratara de dar entonación a las palabras:

«Yo soy la sangre de la Litera, pero no corro por sus venas, y por eso la Litera agoniza; yo soy el rocío de la Litera, que ha de esmaltar de flores los campos y mantener en ellos un verdor perpetuo, que me apartan de allí por que no humedezca sus noches estivales, y por eso las flores de la Litera son abrojos, y sus campos, abrasados desiertos africanos, donde sólo podrían vivir tribus de negros sometidos a la ignominiosa servidumbre; yo soy el oro de la Litera, con que ha de recogerse el pagaré, cancelarse la hipoteca, alzarse el embargo, recobrase el patrimonio regado por el sudor de tantas generaciones de trabajadores heroicos, pero no hacen nada por acuñarme, y la Litera sigue gimiendo, oprimida bajo una montaña de pagarés, de embargos y de hipotecas cada vez más alta; yo soy el camino por donde han de volver los tristes emigrantes de la Litera a sus despoblados hogares, pero corren de espaldas a ella, y por eso los emigrantes, cuanto más caminan, creyendo llegar, se encuentran más lejos; yo soy la libertad y la independencia de la Litera, pero no tengo voz en sus hogares ni en sus comicios, y por eso la Litera es esclava; yo soy las siete

vacas gordas de la Litera, pero no se apacientan en sus campos, y por eso la Litera no bebe de su leche ni come de su carne, y se muere de hambre, y se muere de sed, se muere de desesperación, arrojando a millares por el mundo a sus hijos demacrados y harapientos, que la maldicen porque no supo abstenerse siquiera de engendrarlos, ya que no había de saber administrarles el rico patrimonio y procurarles el mezquino asiento con que se contentan...

»Recogedme, seguía diciendo en su infatigable canturía el río Ésera, no seáis ciegos, no desmañados ni cobardes; recogedme a mí, recoged a mi compañero el río Ara; recoged a nuestro hijo común el río Cinca; derramados por un sistema arterial de venas y brazales a través de vuestros campos, de vuestros olivares, de vuestras dehesas, de vuestros despoblados y parameras, y veréis resucitar la edad aquella en que los santos hacían milagros, y florecían la varas secas, y llovía maná, y se multiplicaban a ojos vista los panes y los peces. Las aldeas ascenderán a la categoría de villas; las villas se harán ciudades: Barbastro se convertirá en una pequeña Zaragoza; Monzón adquirirá las proporciones de Lérida; Binéfar, Tamarite, Almacellas, Fraga, La Almunia, San Esteban y otra multitud de poblaciones, ahora rústicas y terrosas, serán ciudades que rivalizarán en agricultura, en industria y riqueza con las más opulentas de Cataluña; volverán los tristes emigrantes, esparcidos por el mundo, a congregarse en torno al cementerio donde reposan las cenizas sagradas de sus padres, que no gozaron la dicha alcanzada por Zacarías de ver al Redentor antes de morir; bajarán aquellos montañeses de acero a urbanizar el llano, cubriéndolo de caseríos y aldeas, diseminados entre los cultivos, para aprovechar los saltos de agua, fábricas de harinas, de tejidos y de conservas, donde se elaborarán el trigo, el cáñamo, la lana y las frutas que han de afluir a ellas en río continuo para la exportación; el ferrocarril de Zaragoza a Cataluña tendrá que triplicar sus trenes de mercancías y proyectar ramales secundarios en dirección al Ebro; a la derecha e izquierda de la vía, inmensa pradera roja y verde, de trébol, alfalfa y esparceta, poblada de rebaños lúcidos de vacas y ovejas en libertad, entre setos de arbolado, recreará la vista del viajero que la contemple desde el tren kilómetros y kilómetros».

No creo que el tiempo pase tan deprisa como para barrer mis ideas después de muerto, porque el progreso haya desfaseado, al fin, los viejos planteamientos. Yo era joven ayer mismo, niño todavía, y ha transcurrido medio siglo y seguimos igual que estábamos o peor. Por eso estoy seguro de que yo resucitaré algún día y mi palabra será escuchada. En el Antiguo Testamento se encuentran dos resurrecciones de muertos: por la oración de Elías, Yahveh resucita al hijo de la viuda de Sereftá, y por la oración de Eliseo, al hijo de la viuda de Sunam; y los Evangelios recogen tres resurrecciones operadas por Jesús: la del joven Naim, la hija de Jairo y la de Lázaro. Y Pedro resucita a Tabitá, en Yoppe, y Pablo, a Eutiques, en Tróade. El Apocalipsis de Isaías se considera el testimonio más antiguo de la fe en la resurrección, porque Yahveh acrecentaría su pueblo resucitando a los fieles, y ellos participan de la salud mesiánica y de la gloria del pueblo de Dios de Jerusalén, donde no reinará jamás la muerte. «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetuos; los sabios, los piadosos, brillarán como el resplandor del firmamento, y los que han enseñado la justicia a muchos, como las estrellas en perpetua eternidad». Tres veces profetizó Jesús su resurrección al tercer día, y es de señalar que sus discípulos, a pesar de aquellas claras y repetidas profecías, no quisieron creer en las primeras noticias de la resurrección. Hay que destacar que los relatos del Evangelio y los Hechos de los Apóstoles coinciden en un punto relevante: ninguno de los cuatro evangelios narra cómo se produjo la resurrección de Jesús, ya que ésta tuvo lugar sin testigos presenciales terrestres, y sólo se alude al descubrimiento de la tumba vacía y, posteriormente, a las apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos.

Así espero la resurrección de mi palabra un día, volando de mi tumba inexistente, como semilla capaz de sembrar los campos desiertos para que en ellos germine la verdad que habrá de conducirnos a la salvación.

Mi diario juvenil está lleno de reflexiones que no han perdido su valor, pues no cuenta únicamente mi aventura vital, debatiéndome en la miseria, luchando contra la adversidad. Siempre he combatido en el mismo frente y con las mismas armas, y habré sido derrotado muchas veces, pero nunca vencido. Ni siquiera ahora, cuando empiezo a presentir la muerte como una liberación.

Ramón me ha leído las cartas que han llegado hoy; son muchas, todavía, de amigos, compañeros y conocidos que lamentan mi retiro; y de nada vale que yo insista en que no estoy retirado, ni mucho menos. Cuando me encuentre con ganas y con ánimos contestaré.

También han llegado los treinta duros mensuales de la notaría de Madrid, y casi se me han ido en el pago de las deudas contraídas en la tienda.

—Ramón, toma nota: escribir a Gabriel Rodríguez, calle del Barquillo, 5, primero.

—¿A la notaría?

—Sí, a la notaría.

Le pedí que lo hiciera él para que no se me olvidara, pues yo no me sentía en disposición de coger la pluma, vuelta la mecedora para contemplar el paisaje a través de los cristales de mi ventana, los murmullos del Ésera al fondo, y enfrente, Las Forcas, tierra y roca confundándose en el misterio, alimentando mis ensoñaciones.

Casi había transcurrido un cuarto de siglo desde que hice mis primeras oposiciones, y fue más tarde cuando me presenté a notarías, en 1888. Yo tenía cuarenta y dos años y saqué el número 1, aunque me sirvió de poco, ya que me destinaron a Granada, y luego, a Jaén, hasta 1894. Seis años me costó regresar a Madrid, y aún me preguntó por qué elegí ser notario, si lo que verdaderamente me atraía era ejercer de jurisconsulto y embarcarme, como así lo hice, en pleitos como el de La Solana.

Algunos amigos y compañeros me felicitaron, porque yo «había llegado a lo máximo» en mi carrera; sé muy bien, como lo sabía en-

tonces, que no existe lo máximo. Sólo un trabajo detrás de otro, enlazándose entre sí, subiendo los escalones difíciles de la existencia, con no pocas fatigas, sin llegar jamás a donde se pretende. Aquí obtienen mayor medro los desaprensivos, no los honrados, y aunque limpiaran el país de esa plaga que lo está devorando y aniquilando año tras año, no tardarían en reproducirse; de poco sirve entonces que llegue un notario para dar fe del hecho, si no se toman las medidas necesarias para abortar el expolio y poner fin a tan trágico proceso exterminador.

Abstraído como estaba, llegó mi sobrina Carmen para transmitirme un mensaje que Ramón no se había atrevido a comentar conmigo.

—Tío, tenemos que hablar.

—Tú ya lo estás haciendo —le repliqué un tanto impertinente.

—Cuando esté más calmado.

—Lo estoy, di lo que sea.

Carmen miró a su esposo, Ramón, en busca de apoyo. Seguidamente, fijó sus ojos en mí.

—Se trata de su hija.

—¿Qué?

—No se altere, por favor. Yo únicamente quiero que lo sepa. Pilar Antígone tiene novio. Hay un joven que quiere casarse con ella. Es también abogado, y notario, creo.

—¿Y bien?

—Se ha dirigido a nosotros, como familia suya más cercana, para que intercedamos.

—¿Qué quiere de mí ese sujeto?

—Tener una entrevista con usted, si es posible.

—Yo no estoy para recibir a nadie.

—Ha dicho que cuando usted lo crea conveniente.

Carmen se refirió después a Pilar Antígone, una joven agraciada y elegante, que puede hacer una buena boda, pero antes necesita legalizar su situación, ya que no quiere pasar la vergüenza de casarse como hija natural, llamándose Pilar Palacín, hija de Isabel Palacín. Ramón asentía con la cabeza, mientras Carmen pronunciaba aquellas palabras.

—Nada tiene que venir a decirme lo que debo hacer —corté.

Desde el primer momento, es un tema desagradable que trato de olvidar, y sobre el que nada he comentado con Frédérique, a quien ardo en deseos de ver cuanto antes. Si amanezco unos días de mejor humor, le pediré a Ramón que me acompañe a Toulouse, porque ahora, en mi estado, no podré viajar solo, y él, como de costumbre, aceptará sonriendo para sí, interpretando a su manera mis viajes a Francia.

—Tío —insistió Carmen—, si vuelve a preguntarnos, ¿qué le respondemos?

—¿A quién?

—Al novio de Pilar Antígone.

Me lo pensé un poco, antes de inquirir mayor información:

—¿Cómo se llama?

—Lo tengo anotado aquí —Carmen sacó un papel del bolsillo y leyó—: José María Ortega Ballesteros.

—¿De dónde es?

—No sé. Creo que ha venido de Lérida.

—Con esos apellidos no puede pasar por catalán.

—No lo ha dicho. Tampoco lo parece.

—¿Todavía está aquí?

—No. Solamente ha venido a dejarnos el recado.

He prometido que me lo pensaría, pues yo nada tengo que ver con esa historia de mi supuesta hija; en todo caso, hija del engaño, y nadie tiene que venir a pedirme cuentas, menos aún, a exigirme.

En mis investigaciones científicas, en mis dilatados servicios, tan variados a la nación, he gastado mis energías, mi salud y todo cuanto mi trabajo me ha producido, sin darme una sola satisfacción para reservarme nada. He llegado a los umbrales de la vejez sin haber sido gravoso para mi país, habiendo dado más de lo que he recibido.

¿Llevaría hasta el final aquella carga insoportable? Elisa no ha cesado de insistir en su afán de asignarme el papel de padre de su hija, y aunque no hemos vuelto a vernos, sí me han llegado con regularidad sus misivas, dándome cuenta del desarrollo de la niña, su primera comunión, sus estudios, sus excelentes valores personales, su asom-

broso parecido conmigo, hasta en el carácter, a veces vivo e intemperante; y últimamente, lo relativo a su novio, un joven de buena familia, tal como muchos entienden este concepto, a saber: temeroso de Dios, hombre de iglesia, cumplidor de sus deberes religiosos. Todo eso que yo llamo beato pestilente, amigo de sotanas y adorador de imágenes y amuletos; católico, apostólico, partidario todavía de los milagros y de la infabilidad del Papa. Y quería entrevistarse conmigo para que yo diera mi consentimiento a Pilar Antígone antes de contraer matrimonio con él, una vez reconocida como hija mía.

Me propuse no volver a pensar en ello, pero éste es uno de los temas que más ha venido a atormentarme en los últimos tiempos. Soy hombre de corazón, de sentimientos, y así lo he demostrado a lo largo de mi vida. Si hubiera obrado mal, me habría remordido la conciencia en más de una ocasión, sobre todo en mis horas de soledad, que son la mayoría, cuando me asaltan tantos recuerdos, y ante mí desfilan tantos hechos y acontecimientos que creía ya olvidados.

Dejé Monzón siendo muy niño, apenas cumplidos los seis años, y, después, toda mi vida ha transcurrido en Graus, incluso cuando mi destino estaba en otra parte, pues a Graus regresaba siempre que podía, y mi sueño ha sido quedarme aquí, para aprender de estas gentes sencillas y auténticas, forjadas en la adversidad, en cuyos hombros descansa el porvenir de la patria. Yo quisiera que mi testamento fuera en primer lugar para ellas, generadoras de la energía que el país precisa para levantarse de sus cenizas, como el ave Fénix, y recuperar su cuerpo y sus miembros, ahora amputados, para retomar así el camino de la historia, que no puede quedar interrumpida después de más de quinientos años.

Que no me vengan, pues, con otras complicaciones capaces de distraer mi atención de lo que verdaderamente importa, si queremos ser ciudadanos de una nación libre y próspera.

Me gusta conversar con la gente del pueblo y llegar, si me es permitido, hasta el último rincón de nuestra tierra, para conocer más profundamente sus tradiciones y sus costumbres. De éstas nace el derecho consuetudinario, sobre el que realicé mi tesis doctoral, y, más tarde, mi libro a él dedicado, que titulé *Derecho consuetudinario y economía popular de España*. Sobre «El problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el estatus individual, el derecho y la costumbre» versó mi discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en 1901, y ya entonces dije bien claro que nunca ha sido tan necesario como en nuestro siglo el conocimiento del derecho popular, por lo mismo que es el siglo de las codificaciones y de la unificación del derecho civil, y en que los códigos nacionales, sobre ahogar las legislaciones consuetudinarias de las provincias y de los pueblos, han atajado el curso de los desenvolvimientos del derecho. Llevado de estas convicciones, me he dedicado a analizar con detalle el derecho popular de nuestra patria, cuya importancia, no sólo para la historia de nuestras instituciones jurídicas peninsulares, sino, también y principalmente, para auxiliar los futuros trabajos de codificación civil, a nadie puede ocultarse, he cometido la ardua tarea de estudiar, por vía de ejemplo, la vida jurídica en el Pirineo aragonés, y deducir de los hechos en que manifiesta las leyes no articuladas ni escritas que en él rigen. He estudiado al efecto los protocolos y notarías de Jaca, Boltaña, Benabarre y Huesca, y me han facilitado instrumentos y noticias infinidad de amigos.

Entregué mis afanes, en principio, a la Liga de Contribuyentes de Graus y, posteriormente, a la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Pronuncié un mitin en el teatro de Barbastro, y tuve conmigo a los más incondicionales, formando parte de la directiva. Entre ellos, Santiago

Gómez, mi médico y también agricultor, en el puesto de tesorero, Ruperto Sazatornil, Marcelino Gambón, Mariano Mur...

Convoqué un acto público en la plaza de toros, el 13 de noviembre de 1898, conforme a mi deseo de que la recién constituida Cámara comenzara a andar en olor de multitudes, decidido como yo estaba de alcanzar un trampolín con la base y el respaldo suficientes como para lanzarme a plantear mis propuestas de soluciones que más convenían a la salvación del país, mediante una política modesta, callada, de recogimiento, que camine sobre las puntas de los pies, como si España entera fuese un hospital; atenta sólo a elaborar la primera materia para una nación, sin la loca ambición de grandes palingenesis y renovaciones sociales. Pero a condición de abaratar la patria, de modo que la condición de español deje de ser un mal negocio. Disminuir el paro y el número de contemplativos y repartir entre todos la vida media.

Marcelino Gambón me expresó sus temores:

—Sabe que estoy a su lado, don Joaquín, y le seguiré hasta el final, siempre que la Cámara Agrícola del Alto Aragón no eclipse o se coma a nuestra Liga de Contribuyentes de Ribagorza.

—No, por cuanto son parte de un mismo cuerpo.

Mis amigos, incluso los de mi infancia, me tratan siempre con un respeto casi reverencial, anteponiendo siempre el don a mi nombre al dirigirme la palabra. Podrían tutearme perfectamente y yo lo encontraría tan normal, pero ellos lo hacen así como reconocimiento a mi condición superior, eso es lo que piensan, debido a mis estudios.

—Tenemos que sacar un boletín informativo, el periódico de la Liga —apunté a Marcelino Gambón.

—¿Valiéndonos de mi imprenta?

—Claro. Hasta tengo pensado el título de cabecera: *El Ribagorzano*.

—Muy acertado. Cuento conmigo.

Yo temía que la temperatura, ya en la segunda decena de noviembre, nos jugara alguna mala pasada e impidiera al público acudir a la plaza de toros. Hubo suerte y sucedió todo lo contrario. Aquí guardo la carpeta con mi mensaje al país, porque de eso se trató, fundamentalmente, y quiero conservar lo principal de él para ejemplo y enseñanza de las generaciones venideras.

Es parte relevante de mi testamento político, con planteamientos para la España moderna, donde cumple hacer una política preponderantemente económica: política agraria y política mercantil; de aprovechamiento de todas las aguas fluviales y de lluvia, de factorías comerciales en todos los lugares de producción y economía del planeta, de apertura de vías de comunicación numerosas y baratas, de modestia y circunspección con los demás países. La educación del pueblo, el cultivo de la ciencia, la libertad política, las relaciones exteriores, el mantenimiento de la independencia, el orden interior, la expansión de la raza por nuevos territorios, venían en segundo término y seguían como necesaria condición aquella base económica. La cabeza y el brazo dependen de la oficina del estómago. Dime lo que un pueblo come y te diré el papel que desempeña en la historia.

También hay que abaratar los servicios de la justicia, fe pública y registros civil y de la propiedad.

En cuanto a las industrias y las ciencias, es evidente que procede la apertura de nuevos mercados para la producción nacional, con establecimiento de agencias a través de las Cámaras españolas en el extranjero, así como sucursales.

Revisión del plan general de carreteras y vías de comunicación, rectificándolo sin contemplaciones ni misericordias, al tiempo que se ponen en práctica las reformas tributarias pertinentes.

Aunque la mitad del problema español continúa estando en la escuela. Hay que rehacer al español: acaso dijéramos mejor hacerlo. Lo que España necesita y debe pedir a la escuela no es precisamente hombres «que sepan leer y escribir»: lo que necesita son «hombres». Y formarlos requiere educar al cuerpo tanto como al espíritu, y tanto más que el entendimiento, la voluntad. La conciencia del deber, el espíritu de la iniciativa, la confianza en sí propio, la individualidad, el carácter; y, juntamente con eso, la restauración del organismo corporal. Tal debe ser, en aquello que corresponda a los medios, el objetivo de la escuela nueva. Y condición especial y previa por parte del legislador, ennoblecer el magisterio, elevar la condición social del maestro, del magistrado, del registrador; imponer a su carrera otras condiciones de las que en su estado actual de abatimiento puede exigírsele; e introducir en el programa y en las prácticas de la escuela la enseñanza obligatoria de oficios, el aire libre, las excursiones y los campos esco-

lares, la educación física y moral, la guerra al intelectualismo, los métodos socráticos e intuitivos, la compenetración con la sociedad.

Y en tocando a la enseñanza superior, menos universidades y más sabios, porque no se encierra todo en levantar el nivel de la cultura general. Es preciso, además, producir grandes individualidades científicas que tomen parte activa en el movimiento intelectual del mundo y en la formación de la ciencia contemporánea. Para ello, y por añadidura, para cerrar una de las fuentes del proletariado de levita, han de reducirse las universidades, concentrando en las que quedan el profesorado útil de las demás, y crear colegios españoles en los principales centros científicos de Europa, para otras tantas colonias de estudiantes y profesores, a fin de formar en menos tiempo una generación de jóvenes imbuidos en el pensamiento y en las prácticas de las naciones próceres para la investigación científica, para la administración pública, para la industria y para la enseñanza. E independencia de la enseñanza y la investigación, sin censura por parte del Estado ni de la Iglesia.

En cuanto a la Hacienda y el crédito público, hay que entrar en el presupuesto de gastos como Atila en Roma; ejecutar heroicas y sangrientas anatomías, tapiándole los oídos y sujetando al paciente con la fuerza pública, a fin de evitar el curso forzoso y la suspensión de pagos, y de promover el descenso de los cambios y la subida de los valores, imprimiendo una dirección nueva a la política financiera. Ante todo, destinar a fomento de la producción una gran parte de lo que se consumía en gastos improductivos, demostrando con eso a Europa nuestra voluntad de administrar, por fin, como personas cuerdas y hacernos solventes. En el pasado, faltó valor para amputar un dedo y ahora hay que amputar el brazo, y todavía con el razonable temor de que no sea lo suficiente. Supresión de ministerios, direcciones, consejos, academias, comisiones, delegaciones, obispados, universidades, capitanías, arsenales... Reducción de los gastos militares, amortizando en el generalato, cerrando escuelas especiales. Reducción de obligaciones eclesiásticas, de acuerdo con la Santa Sede. Reducción de las embajadas. Por término medio, de cada diez funcionarios, suprimir nueve (sean o no de carrera, amovibles o inamovibles), sin derecho a percibo alguno por cesantía o excedencia, ponerle en condición que trabaje, como se trabaja en las artes y en las profesiones libres, sin número fijo de horas ni despacho al día. Igualdad ante los tributos, abolición de toda clase de privilegios.

Deben manifestarse los derechos políticos, aunque el Parlamento sea ejemplo de parasitismo nacional, y la lengua, el barro que abre galería para llegar al filón. Pero, hoy por hoy, no existe forma de sustituirlo y la simple amputación sería más dañina que la propia dolencia. Lo único que cabe y se debe hacer es atenuar su virulencia, de una parte, transmitiendo poderes a los gobiernos regionales. Neutralidad absoluta del Gobierno central, como de los regionales y locales, en las elecciones, acabando con el imperio de la falsedad y de la mentira que, encima de impedir la constitución del país, lo ha deshonrado y destruido.

Hay que aliviar el centro de buen número de cuidados y atribuciones de que se halla al presente congestionado, trasladando una parte de ellas a instituciones regionales y locales, y otra parte a los Gobiernos y Diputaciones. Autonomía de buen número de servicios y de los monopolios. Supresión radical de las direcciones generales, que no sirven más que para estorbar. Reorganización de los ministerios que queden por secciones o negociados autónomos, es decir, con facultades propias y, por tanto, directamente responsables de sus actos ante los tribunales.

Queremos tribunales que funcionen en la misma residencia de los litigantes o a muy poca distancia, y que la sociedad intervenga en los juicios, único modo de que sea libre. Queremos un método de enjuiciar sencillo, rápido y barato, al alcance de todos, y se atenúe en el hecho la injusticia del principio legal, «la ignorancia del derecho no exime de su cumplimiento». Independencia del poder judicial: su gobierno, por el Tribunal Supremo. Supresión del Ministerio de Justicia y sistematización regular y periódica de la jurisprudencia de los tribunales.

No con expedientes, sino con el hierro y el fuego, debe establecerse la doctrina social, señor el pueblo de sí mismo, y España, en los pórticos siquiera de Europa en punto a justicia y libertad. Gran sorpresa para el pueblo sentirse libre por primera vez en la historia.

Para estos logros, y otros no menos necesarios, hará falta una revolución más honda que cualquiera de las que con tanto aparato se han hecho hasta ahora en España.

Tal sería, en síntesis, según se me alcanza, la única forma de Gobierno que no se ha ensayado todavía en España: el gobierno del país por sí mismo. Para el éxito de su programa, regenerador y pa-

triótico, habría menester simpatía indulgente de todos los elementos activos que pesan y representan en la sociedad española: el clero y los hombres de ciencia; el pueblo trabajador; de las clases capitalistas; de los generales del Ejército; de los medios de comunicación social; de los políticos honrados y sus respectivos partidos.

Con esto, acaso viéramos todavía los españoles encenderse en nuestro horizonte el resplandor de una nueva aurora. Sin esto, España no resucitará al tercer día, ni al tercer año, ni al tercer siglo.

Mis únicas discusiones con Frédérique siempre están motivadas por su empeño en tener descendencia con la que perpetuar nuestro amor, porque no bastan las palabras y las obras, fruto de un sentimiento común, si además no se deja una huella humana vital.

—Quiero tener un hijo, para que tú puedas continuar con vida después de muerto.

Le entró esa manía desde muy joven, y luego, una vez que cumplió los treinta años, se convirtió en obsesión, con el argumento de que se estaba haciendo vieja y no quería dejar pasar el tiempo de poder ser madre, con la ilusión de darme un heredero, sin pensar en ella, pues nunca ha puesto la condición de casarnos, ni es eso lo que busca en mí, porque dos personas se quieren y están juntas realmente cuando lo hacen en plena libertad, sin tener que pasar obligatoriamente por el juzgado o la vicaría para convertirse en esposos, concepto este que debe consagrar el amor más que el matrimonio oficial.

Tuve que exponerle mis razonamientos en múltiples ocasiones:

—Yo no estoy en condiciones de tener un hijo y ocuparme de él en el futuro.

—Yo, sí.

Me lo rogaba dulcemente:

—Disponemos de un mañana nuestro, sólo tuyo y mío.

No me atrevía a confesarle mis temores, y, menos aún, mi experiencia sufrida con Elisa Palacín, que ha venido a causarme tantos sinsabores. Yo quisiera hacer desaparecer ese triste pasaje de mi pasado, quiero borrarlo con el olvido imposible.

—¿En qué piensas? —me preguntó Frédérique.

—En nada, no pienso. A mí también me gustaría.

—¿Qué?

—Lo del hijo.

—Pues vamos a tenerlo.

Era su idea fija y no había manera de sacarle de ella. Sus ojos claros y reidores se clavaban en mí dejando de reír, con su serenidad profunda, y acariciaba los míos con sus manos, antes de llenarlos de besos.

Un día fuimos a visitar al alcalde, en el Capitolio, en la plaza de Lafayette; quería conocerme, y a Frédérique le hacía ilusión, porque se sentía muy orgullosa de mí. Una visita muy agradable, que me sirvió para tener más fácil acceso a los centros científicos y de estudios de Toulouse, en especial, a la Biblioteca de la Universidad, junto a la plaza de Saint Sernir. Yo andaba a vueltas en aquella época con el colectivismo agrario y encontré material que me fue de gran utilidad.

El colectivismo es, o parece ser, algo así como una transacción y componenda entre los dos sistemas extremos, comunista e individualista, en cuanto declaran propiedad común o social los instrumentos todos del trabajo, o sea, de producción (tierras, minas, máquinas, fábricas, ferrocarriles, buques, toda clase de capitales), pero dejan los productos bajo el régimen de la propiedad individual, para que el respectivo productor responda de ellos, como objetos de consumo, a su libre discreción y beneplácito, incluso transmitiéndolos por herencia; y pretende sustituir la competencia industrial del régimen capitalista imperante por una organización social de trabajo, mediante la cual desaparezca tanta acumulación y monopolio de tierras y de capitales en manos de determinados sujetos y clases.

Frédérique me ayudó en la traducción de textos, tan identificada con mi idea como de costumbre. Investigué desde el siglo XVI a nuestros días, llegué a la conclusión de que hay una corriente, una escuela española, una tradición, que bebe de todos los manantiales nacionales, propios y asimilados, la teología y la filosofía jurídica, la economía y la historia patria, las costumbres y ordenanzas municipales, los padres de la Iglesia, las constituciones de la edad clásica y las del Nuevo Mundo; que estalla en una explosión magnífica en los días de

Carlos III y de su sucesor en el trono y encuentra inesperados obstáculos en la política exterior.

Confesé a Frédérique mi proyecto de retirarme en Graus, más cerca del Pirineo, más cerca de ella, con la esperanza de reponer algo mi quebrantada salud.

—¿Por qué no te quedas conmigo, en Toulouse? Yo te cuidaré.

Fue la primera vez que me propuso vivir juntos, y lo hizo con la generosidad y entrega que le caracterizan.

—No puedo, porque he de seguir trabajando.

—Trabaja aquí, como ahora.

—¡Qué más quisiera! Pero mis obligaciones me reclaman, y aunque fije mi residencia temporal en Graus, seguiré cumpliendo mis compromisos en otras partes.

Lo comprendió, porque me conoce bien y está dentro de mí, y es su voluntad la mía, y viceversa, sin riesgo de tomar el camino equivocado. Y heme aquí, en el corazón de la Ribagorza, alimentando mi espíritu en la naturaleza que se respira, con deseos de reencontrarme con mis correrías infantiles y juveniles, escalar la peña del Morral, por encima del santuario de la Virgen, y llegar hasta la sierra de Grustán, y perderme en las alturas infinitas para contemplar la belleza de los valles y de las escasas llanuras que se asientan en las tierras de labor. El Ésera se abre paso a través de no pocos obstáculos, porque lleva en sí la fuerza de las montañas y arrastra consigo esa energía para sembrar el verde a su paso.

Mi médico, Santiago Gómez, conviene en que Graus me devuelve la serenidad perdida, pero mis bronquios se resienten, y hay noches que apenas puedo respirar, y las paso en permanente vigilia, por lo que mi sueño se convierte en aterradora pesadilla. No encuentro tampoco una postura en la que sentirme cómodo.

Esta mañana, Ramón me ha pasado la tarjeta de José María Ortega Ballesteros.

—Está abajo, esperando.

Recibo las visitas en el piso principal, el primero; pero no me he sentido capaz de bajar y subir escalones para una embajada tan molesta.

— Es la segunda vez que viene.

— ¡Pues que se vaya! No hay dos sin tres.

No he podido contenerme y me he rebelado; nadie, absolutamente nadie, tiene derecho a amargarme todavía más mis últimos años para dictarme, aunque sea con la falsa apariencia del ruego, lo que debo hacer. Si quiere contraer matrimonio canónico con Pilar Antígone, que lo haga, pero que no venga a buscar en mí el padre que nunca pretendí ser.

Ramón ha insistido, como de costumbre, y también ha insistido Carmen, intercediendo por el joven Ortega, que se está ganando a todos con su beatería mojigata. Todavía continúo dudando de que Pilar Antígone sea verdaderamente hija mía, una vez perdido el respeto que me merecía la viuda de mi amigo, que tanto me ayudó en los años difíciles.

— ¿Qué le digo? — ha preguntado Carmen, ajena a mi estado.

— Hoy no recibo a nadie, no estoy para monsergas.

He colocado mis libros publicados en una estantería, detrás de la mesa, para tenerlos más a mi alcance. En ellos se recoge el trabajo de toda mi vida, y me gusta volver a sus páginas para rehacer un pasado laborioso y complejo. Sé que muy pocos me han leído, salvo algunos amigos y eruditos, menos aún, aquellos que más se permiten hablar de mí y sacan mis frases de contexto para apoyar con ellas los planteamientos de su conveniencia.

La Biblioteca Jurídica de Autores Españoles reservó el número 2 de su colección a mi obra *El derecho civil y el Congreso de Jurisconsultos Aragoneses*, editado en la Imprenta de la *Revista de Legislación*, en 1883, a cargo de Manuel Ramos. ¡Cuántas horas me pasé en la Ronda de Atocha, 15, corrigiendo galeradas! Al cabo de los años, vuelvo a repasar lo escrito para reafirmarme en las viejas concepciones, tan poco es lo que hemos adelantado, pese a que, en materia de Legislación, Aragón supo ir siempre por delante de su tiempo.

Sirva de ejemplo la institución aragonesa del Justicia, de tan conspicua significación y de tan extraordinaria transcendencia, que constituye una forma peculiar de Gobierno, la única nueva y original que se ha producido en la Historia desde Aristóteles y Cicerón hasta la centuria presente. Pues, de igual manera, el aforismo jurídico aragonés, «*standum est chartae*», como principio generador de toda una

legislación, es de tal virtud y excelencia y envuelve una concepción tan elevada de la vida, que determina por sí solo todo un régimen civil romano, y el único también original que registra la historia del derecho positivo desde Justiniano hasta nuestros días.

Acerté en mis estudios y ensayos sobre el derecho y en la búsqueda de un desarrollo práctico a la política, entendida como arte y ciencia de gobernar al pueblo y no como conquista del poder para el meollo personal, en la que el pueblo figura siempre en segundo término.

Mi mensaje al país pronunciado en Barbastro, con motivo de la constitución de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, se convirtió en manifiesto, que es como decir programa de gobierno, cuando lo presenté en Zaragoza el mes de febrero de 1889, dirigido a las Cámaras Agrícolas y de Comercio, Ligas de Productores, Sindicatos, Gremios, Sociedades Económicas de Amigos del País y Centros y Círculos de labradores, industriales y comerciantes. Acudí invitado por Basilio Paraíso, que el 20 de noviembre del año anterior había convocado una asamblea nacional de Cámaras de Comercio, en la que se decidió que éstas, corporativamente, iniciaran un movimiento regenerador que, en espíritu, se atuviera a las líneas generales expuestas en la plaza de toros de Barbastro y recogidas, posteriormente, por *El Liberal*, en unas declaraciones bajo el título «Habla el país».

Yo soñaba únicamente con la regeneración de España, con la libertad e independencia de nuestro país, y apunté como única posibilidad la puesta en marcha de un programa de política regeneracionista; pensé que le serviría de plataforma la Liga Nacional de Productores, surgida a consecuencia de la asamblea de Zaragoza. Pero Paraíso se echó atrás en última instancia; perdió la claridad o el buen uso de sus facultades para aconsejar la resistencia pasiva, tan inopinada y extemporáneamente. La Liga no se unió para ser Cirineo de un movimiento histérico.

Después del manifiesto, dimos cuatro meses al Gobierno y a las Cortes para reorganizar los servicios públicos y orientar la política en el sentido de la regeneración, por el fomento de la producción y por el fomento de la enseñanza, pues, en caso de no hacerlo, convocaríamos una asamblea general para plantear el dilema de constituir un partido nacional o proceder a la disolución. Decidido así y comunicado al país, sólo nos restaba callar, trabajar en silencio, prepararse, alle-

gar materiales de gobierno, ir convirtiendo en forma de decreto lo más esencial y urgente del programa nacional; y luego de cumplida la hipótesis, fenecido el plazo sin que los políticos (Gobierno y Cortes) hubieran satisfecho aquel imperativo, aquellos de la opinión neutra, reunirse todos, declarar solemnemente fracasados los partidos gobernantes y a los hombres desprendidos de ellos y ahora sueltos, acordar y constituir un organismo apto para la gobernación, recabando el concurso de los hombres (extraños a la política militante, ajenos a la catástrofe y decadencia de España), pertenecientes a las clases económicas e intelectuales, que han demostrado aptitudes y preparación durante un largo período de tiempo, y hecho así, ir al poder moderador, prerrogativa, lo que sea, y pedir que no vuelva a llamar al partido o la facción de turno y, por el contrario, que confíe la gobernación al organismo u organismos de las clases neutras salidas de Zaragoza.

Eso es lo que se debió hacer y no se hizo. Yo propuse la fusión de nuestras fuerzas sociales y económicas y fue rechazada. Paraíso alegó que no estaba autorizado por la asamblea para dar semejante paso, fundir dos organismos en uno, porque ello implicaba la desaparición de las Cámaras, pretexto claro que no esgrimió en febrero, cuando se mostraba partidario de convocar la nueva asamblea para obtener de sus Cámaras la autorización de fusionarse, convirtiéndose en la Liga Nacional de Comerciantes y Productores. Se arrepintió, optó por la Liga de Productores, sin contar con los demás, rechazando en toda hipótesis la proposición mía, porque quiere estar solo, porque el organismo que preside no es para el servicio del país, sino para glorificación suya.

Para colmo, se encargó de difundir después que fue él quien propuso la fusión y yo la rechacé. Ni aun siendo representante de la reunión, podría atreverse nadie a desautorizarme a mí, pues yo hice mi propuesta porque tenía autoridad para ello, si en el acto había tal cosa, aunque ahora haya sido inventado. Es necesario saber lo que pasó realmente con Basilio Paraíso, por más que no haya lugar para enmendar el pasado. Él convocó otra asamblea en Valladolid, compartiendo la presidencia con Santiago Alba, sin contar conmigo y sin inscribir en el orden del día el tema de la fusión; al contrario, poniendo dos artículos para mí sólo, para que no pudiera ir.

Si ésa es la política regeneradora, ¡pobres de nosotros! Escribieron a todas las sociedades afiliadas a la Liga para quitárnoslas, sin

excluir a la Sociedad Económica de Málaga, de la que soy socio honorario y sus representantes obran de acuerdo conmigo; sin excluir a la Cámara de Barbastro y a la Liga de Ribagorza, de las que soy presidente: en vez de estudiar, consagran su actividad vertiginosa a eso: labor eleccionista, labor de resta, ipolítica mirmidónica!

Me causó tristeza, una tristeza inmensa, aquel juego criminal y antipatriótico, y me dio pena que la gente bien intencionada volviera a sus casas con la creencia de que habían contribuido a una unión conveniente para el país, pero que repugnó la vanidad mujeril de unos sujetos que se atravesaron en el camino de la verdad.

Perseveraré, a pesar de todo, en mi idea de un partido nacional, capaz de gobernar España, con el fin de cambiarla, y los días 23 y 30 de marzo de 1901 sometí a debate en el Ateneo de Madrid, Sección de Ciencias, mi memoria «Oligarquía y caciquismo», con la forma de Gobierno que considero necesario para erradicar los males que nos aquejan.

La nación es libre y soberana, se viene repitiendo machaconamente. No es cierto, por cuanto no se halla arriba, como debiera estar, sino debajo, explotada, expoliada, sometida. No es verdad que la soberanía resida en la nación; no es verdad que el poder político de ésta sea el parlamentario, según llaman al gobierno del país por el país. Tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituido según el orden jurídico. La democracia es entendida de muy diversas maneras, según a cada partido le conviene que sea e incluso a cada ciudadano en particular; su santa palabra aparece escrita y escuchada millones de veces, sin que sepamos por qué, a no ser para justificar lo injustificable.

Se nos llena la boca de democracia sin que la hayamos mamado y, menos aún, digerido, y la damos por real sin detenernos a comprobar sus efectos.

Debo insistir en las cuatro providencias de gobierno que estimo necesarias para la buena marcha del país. Fomento intensivo de la enseñanza y la educación, por los métodos europeos, porque el que no sabe es como el que no ve, y sólo el que ve sabe a dónde y por dónde va y domina el camino, puede ejercer de hecho señorío sobre su persona. Fomento intensivo de la producción y difusión consiguiente del bienestar material de los ciudadanos; recordando aquella máxima

tan cierta de la Biblia, que «la libertad del hombre está en sus riquezas», y aquel hecho de experiencia, sabido por todos, que el que tiene la llave del estómago tiene la llave de la conciencia, que el que tiene el estómago dependiente de ajenas despensas no puede ser libre de hecho, no obstante cualesquiera constituciones democráticas. Reconocimiento de la personalidad del municipio: mayor descentralización local, creación de una jurisdicción especial en cada cantón o en cada localidad para las funciones de carácter general, o sea, de interés de la nación, tales como las electorales y las fiscales, a fin de que los municipios no dependan de la Diputación, del gobernador civil, del delegado, del ministro. Independencia del orden judicial; intervención del pueblo en los juicios civiles, mediante arbitraje obligatorio, y simplificación de los procedimientos seguidos en cada caso.

Resumiendo: urge formar en la Península una España nueva, es decir, una España rica, que coma; una España culta, que piense; una España libre, que gobierne; una España fuerte, que venza; una España, en fin, contemporánea de la humanidad que, al transponer las fronteras, no se sienta frontera, como si hubiera penetrado en otro planeta o en otro siglo.

Estoy agobiado, sin poder escribir apenas, y pienso asilarme en Graus, o en Torrelabad, para aquietar si es posible mis nervios, o acabaré por volverme loco.

Decididamente, debo atender los buenos consejos de Giner de los Ríos de viajar a Suiza para que me vea el neurólogo Fraenkel. El propio Giner ha concertado la consulta. En nuestra última conversación, por ahora, ya me sacó el tema, y yo le repliqué que mi distrofia muscular progresiva es de tipo familiar y he de aceptarla como una herencia penosa a la que no puedo renunciar.

—Simarro, el psiquiatra de Barcelona, me ha dado las señas.

—Ya he pasado por muchos médicos, incluso curanderos, no en busca de remedio para mí, sino de alivio.

—Fraenkel es otra cosa —adujo Giner.

—Sí, iré a verlo.

—Ansío saber que está usted en Suiza, no que va a ir.

Si no fuera por esta enfermedad, me desplazaría más frecuentemente de un lugar a otro, y estaría haciendo campaña pública, sin darme por vencido, sin renunciar tampoco. Y eso que cuando me presenté a diputado por Barbastro no salí elegido. En mi pueblo, Monzón, ni siquiera conseguí que me escucharan, porque el mitin coincidió con una fiesta que habían organizado los caciques del pueblo y no cesó de tocar la banda de música mientras yo hablaba. Una hermanastra mía, hija del anterior matrimonio de mi padre, pues volvió a casarse cuando se quedó viudo, ni siquiera se molestó en saludarme, y más tarde supe que había hecho campaña en mi contra. Con razón se dice que «no hay peor astilla que la del mismo tronco».

Después me presenté por Huesca, por el Alto Aragón, y nueva derrota. Los votantes prefirieron a un arquitecto forastero, impuesto desde Madrid. Se explica, por tanto, que los españoles son, de todos los políticos del mundo, los que tienen menos conocimiento político del país que han logrado encumbrarse. Por lo común, siguen y acaban una carrera literaria o científica en la Universidad Central, fijan su domicilio en la capital de España, toman aquí estado, hacen las primeras armas en las academias o corporaciones de la Corte, se preparan un distrito casi sin salir de la Puerta del Sol, llegan a ser ministros y lo conservan con esto indefinidamente, como por derecho propio, y ya no se les ve moverse entre nosotros sino por muy raro caso, o cuando la furia de los calores estivales, haciendo inhabitable el Sahara madrileño, arrojan sobre las costas y fronteras del norte el presuroso y obligatorio tropel de veraneantes.

Tendré que seguir la indicación de Giner, tomar en cuenta su recomendación, aceptando el sosiego de Torrelabad a cambio del tra-siego de las ciudades, primero, y desplazándome después a Suiza, una vez que me haya repuesto un poco.

Pasaré por Toulouse y pediré a Frédérique que me acompañe.

Mientras tanto, he de continuar trabajando en mis nuevos libros, lo único que quedará de mí en el futuro, si es que ese futuro que sueño existe para alguien, eso y estas impresiones, que no me atrevo a llamar memorias, de las que voy dejando constancia cada día, y que habré de poner a buen recaudo para que vean la luz en el momento justo y no antes.

Ramón me ha preguntado discretamente:

— Esas cuartillas que guarda en el cofre, ¿pertenecen a un nuevo libro?

— No —le he respondido—; pertenecen a muchos.

Se ha quedado mirándome, sin comprender. Seguro que le mata la curiosidad, y le tiene inquieto lo del cofre, saber que meto en él lo que escribo diariamente, cuando me encuentro con ganas y estoy de humor, y lo cierro con esta llave que cuelga en mi pecho.

En Torrelabad se respira paz y tranquilidad. Queda muy poca gente, a pesar de haberse unido con El Soler y tener agregados los términos de Bellestar y Benavente. Yo he recorrido este camino mu-

chas veces, con mi padre, cuando veníamos a vendimiar, que el verde de los campos adquiría tonalidades amarillas; siete kilómetros andando, desde Graus, y otros siete para volver, pasando por Capella.

La cruz de término es gótica y se alza frente a la parroquia de Nuestra Señora de Gracia. Para mí, que no hay otra calle que la Mayor, por lo que, en mis cortos paseos, enseguida salgo al campo abierto, triángulo de tierra con su vértice orientado a Graus, entre el Isábena y el Ésera, los dos ríos de mi infancia y de mi juventud.

Aquí no vienen amigos a importunarme, ni conocidos; estoy aislado por completo, saturándome de la naturaleza, aspirando a pleno pulmón para recuperarme de los bronquios. Y es triste que sólo regresemos a los pueblos para reencontrar la salud y la paz y el equilibrio; lo que debería ser causa justificada para prestarles mayor atención y ayuda, evitando que se queden vacíos, y las tierras yermas, lo que equivale a despilfarrar la riqueza y la vida.

Las humildes casas de piedra se mantienen en pie, muchas de ellas deshabitadas, y sin embargo sólidas, pues aunque son obra de los hombres demuestran ser más fuertes que ellos, para resistir con paciencia la prolongada espera.

Me cuida mi familia en lo tocante a la comida y hacerme la cama, nada más, porque he pedido que me dejen gozar de mi soledad.

Carmen está al tanto de que nada me falte, mientras que Ramón se ocupa de ordenar mi correspondencia, en Graus, para contestarla más adelante.

—Tío, pida lo que necesite —me ha dicho Carmen.

—¿Yo? ¿Qué voy a necesitar? Días de paz, ya que no los tengo de gloria. Aunque también es una gloria estar aquí, en medio del campo.

—Lo importante es que se recupere pronto.

No puedo quejarme por las atenciones que recibo de mi familia, pues siempre está pendiente de mí y nunca ha dado preocupaciones ni problemas. Únicamente siento ira, la misma ira que se me desataba cuando mi hermana Martina se marchaba a la huerta. Yo podría ir, yo podría cultivar la tierra y ser bien dichoso. Lo tengo presente, como entonces, como siempre; yo llevo un labrador metido dentro, y hubiera ejercido como tal sin las limitaciones que vinieron a condicionar mi existencia.

La tierra, el sol y el agua son los tres elementos que Dios puso a nuestro alcance para que tuviéramos acceso al paraíso, y no podemos dejar pasar de largo la oportunidad de aprovecharlos integralmente. Juntos, operan el milagro de la creación, y los árboles y las plantas nacen, crecen y se desarrollan, y las semillas dan fruto. Tan sólo se precisa la colaboración del hombre, dispuesto a cultivar con amor y entrega esa fuente inagotable de riqueza. No podemos ser tan suicidas como para darle la espalda a la tierra y dejarla improductiva, sin que el agua corra por sus venas, como sangre vivificadora, y el sol le comunique su calor.

Nada produce mayor desolación que la sequía, ni mayor muerte que la ausencia del sol, condenados a las tinieblas eternas.

He traído el cofre conmigo, que no es sino una pequeña cajita donde sólo caben las cuartillas enrolladas, y Ramón me ha mirado entre curioso e inquieto, preguntándome qué secreto guardo con tanto cuidado y reserva.

En mi primer día en Graus, de vuelta de Torrelabad, ya he tenido una visita: José María Ortega Ballesteros. Tengo para mí que ya estaba avisado, con la complicidad de Carmen y Ramón. Esta vez le he recibido, dado mi estado de ánimo. En efecto, es un joven muy educado, de exquisita corrección, conforme corresponde a su condición de meapilas, aunque me ha hecho cambiar de opinión tan pronto como hemos cruzado las primeras palabras.

— Soy el prometido de Pilar Antígona y voy a casarme con ella.

— Si ustedes se quieren, adelante; yo nada tengo que ver con ello.

— Sí, porque es su padre.

— ¿Se lo ha dicho ella?

— Me lo ha confesado, llorando, doña Isabel Palacín.

He contenido mi cólera, a punto de estallar. ¡Otra vez aquella historia desagradable!

— Bien, explíquese.

— Yo no vengo a pedirle nada especial; sólo espero que reconozca a su hija para que lleve sus verdaderos apellidos cuando nos casemos como Dios manda. Vengo a rogarle que cumpla ese trámite, sin más obligaciones.

— ¿Que la reconozca como hija mía?

— Sí, señor.

— ¿Usted sabe con seguridad que es mi hija?

— Lo sabe su madre, que tiene más motivos que nadie para ello.

Me he quedado mirándole en silencio; observándole, más bien. Se le nota el esfuerzo que ha hecho para pronunciar esas palabras, emocionado, a punto de echarse a llorar.

—Vengo a suplicarle...

—Cálmese.

He sido yo, quién lo diría, el que ha pronunciado esa palabra, pidiéndole calma.

Mi sobrina Carmen, que estaba siguiendo la conversación desde la puerta, ha intervenido:

—Tío, hágalo por ella, que empieza a vivir ahora.

Admito que me han cogido en el momento propicio, o acaso en un momento tonto, pues de otra forma no habría cedido tan fácilmente.

—Yo no puedo ahora desplazarme a tramitar el expediente oportuno —he alegado.

—No se preocupe, don Joaquín —ha cortado de inmediato el joven Ortega—. Usted no tiene que molestarse, ya me encargaré yo de traerle aquí los documentos, y bastará con su firma.

—¿Eso es todo?

—Pilar renuncia a todos los derechos, le basta con lucir el apellido que le corresponde.

Al despedirnos, nos hemos dado un fuerte apretón de manos, aunque yo no he podido mover el brazo. Creo que he hecho bien, después de todo, y es como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Es posible que Pilar Antígone sea realmente mi hija, sin que yo la buscara deliberadamente, por eso no he sentido nunca eso que llaman responsabilidad paterna. Tampoco sé, ni me he ocupado de averiguarlo, la vida que ha llevado Elisa Palacín —yo sigo llamándola Elisa en lugar de Isabel—; después de quedarse viuda, si hubo más hombres en su vida. No es cuestión que me incumba, de cualquier modo, y menos aún después del tiempo transcurrido.

El problema es Frédérique, cómo voy a decírselo. Lo mejor será dejarlo tal como está. En fin de cuentas, unos papeles de más o de menos nada cambian, en el fondo, salvo el vínculo oficial, que no obliga más allá de prestar el apellido, y Pilar Antígone Costa Palacín podrá

casarse como Dios manda con José María Ortega Ballesteros, eso ha dicho él, católico, apostólico y romano.

Mi familia se ha quedado feliz con el resultado de la entrevista, para todos ha sido un alivio. ¿Habré pagado así mi culpa, de la que nunca fui consciente? Conocía a Pilar Antígone sólo por algunas fotografías, que hice desaparecer nada más recibirlas, y ahora se me representa su imagen, sonriente y feliz, sin guardarme rencor alguno por tan prolongado olvido, porque no es posible el rencor cuando corre por las venas la misma sangre de uno.

Por fin, salí diputado republicano en 1903, por Madrid, Zaragoza y Gerona, no por Huesca, que es la tierra más desagradecida que conozco. De hecho, sólo cuando llego a Barbastro y a Graus me siento en mi patria y en mi tierra.

Tampoco me convence la opción reformista. No parece llegada la hora del pueblo. Y la condición de ser diputado, al menos para mí, no me reportó otra ventaja que la inmunidad parlamentaria para mis escritos y artículos. Porque no me presté al juego, ni mucho menos, ni acudí al Parlamento.

Se olvidaba, una vez más, que la libertad fue la bandera de la España nueva por espacio de mucho tiempo: ni ciencia, ni agricultura, ni escuelas, ni canales, ni legislación social, ni autonomía. En nada de eso se pensó; no alentó en ella otro ideal que la libertad; varias generaciones se pasaron gritando, «¡Viva la libertad!», y tarareando el himno de Riego en la calle, cuando la dejaban; en los cenáculos, cuando la reprimían; y a ese grito sacrificó sangre, caudales de vida en guerras civiles, revoluciones y pronunciamientos. Luego se vio en decreto de Constitución, de sufragio de Parlamento, y nos dimos por pagados y satisfechos, y el grito aquel fue mandado recoger, persuadidos de que había quedado sin objeto, de que España había entrado por fin en el concierto de los pueblos libres y propiamente europeos. De esa convicción hemos estado viviendo. Difícilmente, la psicología de las muchedumbres podrían señalar en la historia un caso de autosugestión más asombroso que éste. Sentíamos la opresión, tocábamos sus frutos en oficinas, en los tribunales, en las corporaciones, en los colegios electorales, en las cárceles; pero no atinábamos con las causas, limitándonos a extrañarnos de que las cosas siguieran lo mismo des-

pués de que la libertad se había hecho carne de los contribuyentes en los grandes días de la revolución.

Ahí estaba cabalmente el error: las cosas seguían como antes, porque la libertad se había hecho papel, sí, pero no se había hecho carne.

Y aún vienen preguntándome por qué no voy a las Cortes, por qué no salgo al campo ni siquiera los domingos, por qué no contesto más cartas, por qué no recibo, por qué no ejerzo mi profesión, por qué no acepto una cátedra; por qué no participo en las sesiones de Ciencias Morales y Políticas; por qué no tengo tertulia semanal...

Mi amigo Manuel Bescós me atosigó con la misma monserga y le hablé claro:

—Yo no me presto al juego de los distintos partidos políticos turnantes. Desde 1903 no he tenido tiempo de rectificarme. No he reconocido nunca a los hombres que nos gobiernan derecho para ello. Me nombraron diputado, pero yo no lo he sido jamás de hecho, y de esa manera no he tenido necesidad, ni aun en broma, de prometer respeto a unos deberes cuya legitimidad pongo en duda, y a unas Cortes que no son la genuina representación del país. No he pisado el palacio de las Cortes, ni he invocado nunca mi condición de representante del país, ni siquiera utilicé el papel timbrado, que tanto viste, a pesar de ser más barato que el que yo compro en la tienda, porque lo paga el contribuyente, ni uso el correo gratuito, ni viajo con billete de merced.

Bescós me dejó hablar, como de costumbre, fiel a la amistad y al respeto que me profesa.

—Zaragoza también le ha votado —se atrevió a recordarme.

—Con espontaneidad —añadí yo—, por su propia iniciativa, sin contar yo con las recomendaciones de un cacique o con el apoyo del gobernador. Esto me enorgullece, si yo pudiera sentirme orgulloso de algo, si yo no me juzgara el más humilde de los hombres, pues esta preferencia ha caído como una gracia sobre mi vida desolada como las tristes planicies del Alto Aragón.

Yo acudí a Zaragoza a pedir un poco de calor, de su sangre, de su energía, para la obra de redención de la patria, casi muerta y extinta, cuyos últimos latidos se sienten allí en Madrid con los escalofríos de la muerte, con la rigidez cadavérica del cuerpo envenenado

por la ponzoña política, para venir hacia nosotros y le demos aliento vivificador. Donde todo el mundo quiere ser cabeza, el conjunto resulta necesariamente rabo. Llegará un momento en que a cada uno se le hará la pregunta de que hablan los libros místicos: «¿Qué has hecho de la vida que te di?». Y lo que hace falta es que podamos contestar entonces: «La empleé en consolar a mis hermanos, he enjugado muchas lágrimas, he levantado embargos, he levantado al trabajador que yacía por tierra, he levantado a la España moribunda alimentándola con el calor de mi alma».

Antes de ver al neurólogo Fraenkel, en Suiza, Frédérique me ha acompañado a la consulta del doctor Charcot, otro ilustre especialista, que muy poco ha podido hacer por mi enfermedad, dado su carácter crónico.

Nada he revelado a Frédérique sobre la existencia de mi hija Pilar Antígone, pues ya la tengo reconocida; pero no quiero hacerla sufrir con esas historias mías desagradables. Lo único que deseo es permanecer todo el tiempo posible a su lado, en Toulouse, demorando mi viaje a Suiza; es el único remedio que encuentro a mi mal, olvidándome de mis padecimientos por tener mi pensamiento exclusivamente lleno de amor por ella.

—¿Por qué no abandonas tanta actividad como llevas? Dedícate a descansar.

Frédérique está en lo cierto, tiene razón, y así se lo hago saber:

—Deseo vivir apartado del mundo.

—¿De mí también?

Ha bajado los ojos al pronunciar esas palabras, y he notado que estaba a punto de llorar. Por eso la he consolado inmediatamente:

—De ti, no. Estaremos juntos, nos veremos, hasta que me quede un soplo de vida. Puedes estar segura.

Frédérique se ha refugiado en mi pecho y ha permanecido así por espacio de varios minutos, mientras yo le acariciaba los cabellos con la mano izquierda.

Al poco, ha vuelto a plantearme el tema que le obsesiona, aprovechando el momento oportuno, dejando escapar sus palabras como un dulce ruego:

— Todavía podemos tener un hijo.

— No, sabes que es imposible —he alegado una vez más.

— Ya he cumplido los treinta y seis años. Prácticamente, estamos juntos desde que yo era una niña de cuatro, aunque nuestro amor tardara en despertar algunos años más.

— ¿De qué serviría?

— Me quedará para siempre un trozo de ti, la vida tuya palpitando en mis entrañas, dispuesta a alumbrar un nuevo mundo.

Su argumento me he llenado de confusión, no tengo palabras, y he tomado la firme decisión de conservar en secreto todo lo relacionado a Pilar Antígone, por mantener este amor puro y limpio, pues yo también anhelo perpetuarme y no sé cómo, cuando lo que más importa es la eternidad del espíritu, y ojalá que éste se quede en la propia palabra y en la propia obra.

— Nunca me separaré de ti, esté donde esté.

Es cuanto he podido prometerle, y así será.

Comprendo que a Ramón le haya intrigado la letra F que ha descubierto en algunos de mis escritos, y la aplique a un nombre misterioso de mujer, a un amor contrariado que ha dejado su huella en mí. En cierto modo, no anda equivocado, porque amor contrariado es cuando uno se encuentra en la recta final de su vida y se siente incapaz de crear un futuro común. En cuanto a lo de ser correspondido o no, seguro estoy de que lo es hasta el infinito, fruto de un sentimiento afín plenamente compartido. Últimamente, nada sé hacer sin Frédérique, y a ella acudo en todo momento y ocasión, para que me transmita su energía y su calor, que me permitan seguir adelante.

Necesito estar a su lado antes de viajar a Suiza para que me vea el doctor Fraenkel, y restablecer mi estado de ánimo, en paz y equilibrio.

Estoy escribiendo en la salita de estar, sobre la mesa camilla, y ella me observa en silencio, sin interrumpirme, sin dejarse notar apenas, porque respeta sobremanera mi trabajo. No sospecha que estoy escribiendo de nosotros, del amor que nos une indisolublemente. Vengo haciéndolo así habitualmente, porque quiero dejar constancia de unos hechos que nadie conoce, en relación a mi vida, con la sola excepción de Frédérique, al tiempo que me detengo en tantos suce-

esos que me abrieron sangrantes heridas y se me quedaron grabados en la carne.

He tenido que acompañarla al hospital de Saint Jacques, que está situado en la margen izquierda del río Garone, al poco de cruzar el Puente Nuevo, pues se ha empeñado en que me hagan un examen general, para quedarse tranquila, y no he podido negarme.

Este clima obra prodigios en mi salud. Hice bien en retirarme aquí definitivamente, lo que me permite siquiera vivir en paz y armonía conmigo mismo.

La gente del pueblo viene a verme, se interesa por mí y pregunta por mis proyectos. Manuel Bescós sube con frecuencia, cada vez que se encuentra en Huesca, y se junta con Marcelino Gambón, con Dámaso Carrera, el ferretero, con Agustín Rosell, con los viejos amigos que secundan mis iniciativas y me ayudan.

Ellos son, el pueblo en general, los que tienen en sus manos, aun sin saberlo, el honor y la salvación de España, que no está en los soldados, sino en los que aran la tierra, en los que cavan las viñas, en los que plantan el naranjo, en los que pastorean la cabaña, en los que arrancan el mineral, en los que forjan el hierro, en los que equipan la nave, en los que tejen el algodón, en los que construyen los puentes, en los que estampan los libros, en los que acaudalan la ciencia, en los que hacen los hombres y los ciudadanos educando a la niñez. De esas escuelas saldrán los soldados, de esas forjas saldrán los cañones, de esos montes bajarán los navíos, de esos canales nacerá la sangre, de ese hierro brotará la fortaleza, de ese algodón, de ese cáñamo y de esos árboles saldrán las tiendas de campaña y las velas y el asta sagrada que ha de desplegar al viento la bandera rejuvenecida de nuestra patria.

Se hace difícil, sin embargo, gobernar después de la catástrofe. Pero en una cosa estamos de acuerdo los españoles; lo mismo los conservadores, como los liberales; así los republicanos, como los llamados neutros, que lo han expresado por órgano de la Liga Nacional de Productores. Para que la patria se redima y resurja a la vida de la civiliza-

ción y la historia, se necesita una revolución, o lo que es igual, tiene que mudar de piel, romper los moldes viejos que Europa rompió hace ya más de medio siglo; sufrir una transformación honda y radical de todo su modo de ser, político, social y administrativo; acomodado el tipo de su organización a su estado económico e intelectual y tomarlo nada más como punto de partida, con la mira puesta en el ideal, el tipo europeo.

Visto así, la revolución que España necesita tiene que ser, en parte, exterior, obrada por representantes de los poderes sociales; en parte, interior, obrada dentro de cada español, de cada familia, de cada localidad, y estimulada, provocada o favorecida por el poder público también. Para mí, esa revolución sustantiva, esa transformación del espíritu, del cuerpo y de la vida de la nación, tiene que verificarse siempre desde dentro y desde arriba; por lo cual importa no confundirse con lo que llamamos revolución de abajo o revolución de la calle, que es, si acaso, un simple medio o instrumento para aquélla, y que no tiene nada que ver con ella, que es cosa enteramente distinta, por más que la designemos con el mismo nombre.

Yo no he pisado una sola vez el Palacio del Congreso. No he costado un solo céntimo al Estado; no he invocado nunca en mis causas criminales, instruidas por no sé qué aprensiones de atentado contra la forma de Gobierno e injurias a las instituciones, y en la primera vez que comparecí a declarar, al mostrarse sabedor el juez de que yo era o aparecía ser diputado y hacerlo constar en el acta, contesté que era él quien lo decía, no yo, que yo no invocaba tal calidad, y que, en todo caso, renunciaba a toda clase de inmunidad, queriendo ser juzgado como los demás ciudadanos.

No fui a tomar posesión del cargo, o a jurarlo, como se dice. Porque me lo exigieron, invocando fueros de disciplina, y porque, sin presentar el acta, no puede renunciarse ésta válidamente a los efectos de una elección parcial. Envié inmediatamente mi renuncia, por el mismo conducto que el acta, para que no pudiera decirse que yo había retenido o secuestrado ni siquiera una hora la soberanía de los zaragozanos; por ese lado no me remorderá lo más mínimo la conciencia. La prueba de mi sinceridad y mi limpieza en todo esto, si tratándose de mí hiciese falta prueba, es que los jefes me exigieron, como condición para presentar en el Congreso mi renuncia de la diputación de Zaragoza, que les entregara mi otra acta, la de Madrid, a fin de pre-

sentarla, y que yo dejara de figurar como diputado en la minoría; y a pesar de todos los requerimientos y, no obstante ser yo tan ciego y apasionado de la disciplina como todos saben, me negué: mi acta de Madrid ha quedado virgen, no ha llegado a ser presentada.

Quedamos en que, de hecho, no he sido diputado por ninguna parte. Pero la verdad es que fui entonces votado por la mayoría de Zaragoza y de su circunscripción. Zaragoza-ciudad me ha dado los poderes dos veces, en dos elecciones consecutivas, por la circunscripción, primero, y por la ciudad, después, y me los ha dado por impulso propio, por iniciativa propia. ¡Qué motivo de orgullo para mí, si fuese capaz de sentirlo y desvanecerse un hombre que tiene poco menos que desprecio de sí propio! ¡Qué rocío vivificador, aquel rocío de afectos y voluntades caído a través de las urnas sobre una vida tan desolada, como las más desoladas estepas de mi tierra altoaragonesa! Después de aquello, sólo me cabía una satisfacción: yo no quería morir sin haberme puesto en contacto con el pueblo por el cual siento tanta idolatría, para expresarle en persona los sentimientos de admiración, de veneración y gratitud que me embargan y que he declarado repetidas veces por escrito en cartas y comunicaciones. Esa satisfacción del alma, que es algo más que satisfacción del deber cumplido, acabo por fin de conseguirla y de gustarla. Así puedo decirles a los electores: «Si algún día el Supremo Juez exigiera, para entrar en la gloria eterna, acreditar alguna gloria terrenal, yo le diría, cuando me llegase la hora: Señor, un día tuve la fortuna de penetrar en el corazón de un pueblo y ser acogido por él, y ese pueblo era Zaragoza; no necesito más para mi gloria».

Pero no acaba todo en eso, yo he debido hacerme cargo del papel que he representado, aunque pasivamente, en la contienda electoral primera y en la pendencia electoral segunda; y he procurado hacerme cargo para dar sus verdaderas proporciones a las cosas y no atribuir al suceso, en lo que personalmente me concierne, una significación y un alcance que realmente no tuvieron. Yo me he preguntado alguna vez, estos tres años transcurridos desde la elección de 1903, por qué me votó Zaragoza sin embargo de no conocerme, y sin embargo de haberle yo anunciado que no podía ni quería ir al Parlamento con ninguna representación. Y es que la primera elección de Zaragoza no fue propiamente elección, sino plebiscito; es que allí no se votó una persona para el cargo de legislador, sino meramente una divisa y un sím-

bolo. Los republicanos tomaron mi nombre, he dicho, de esa única forma. En el primer concepto, como una abstracción, como un santo y seña para reconocerse en la pelea, como un punto de mira y de convergencia, enteramente impersonal, donde se daban cita las diversas tendencias que había de entrar en la composición del partido republicano local; en ese primer concepto, repito, se tomó mi nombre como podía haberse tomado el de otra persona cualquiera, conocida o desconocida, y aun menos que eso, el de una persona supuesta o inventada. Con el segundo concepto, como símbolo, Zaragoza electoral encarnó en mí una protesta, un espíritu y un ideal o un programa.

Con alma y vida, lo mismo si sigo apellidándome republicano, como si me he apartado definitivamente de la vida pública, ahí me encontrará a su lado, en tanto yo aliente, Zaragoza; jamás en el Parlamento. Vayan otros a él: les acompañarán mis respetos, aunque también la convicción que abrigo de que muy pronto, así ellos como el partido, han de darme la razón, y ojalá cuando me la den no sea ya tarde...

Me dejé votar, es cierto, porque no podía hacer otra cosa; pero ya advertí previamente que no me prestaría al juego de los distintos partidos políticos turnantes.

Fui honrado entonces y sigo siéndolo ahora.

Hoy es el primer día que he podido dormir algo, después de un catarro bronquial bárbaro que me ha estado asesinando cuatro semanas. Si no mejoro de mi afección crónica, y si no recobro cierta fuerza muscular, ya puedo despedirme de mi vida pública.

Marcelino Gambón ha venido a pedirme algo para *El Ribagorzano*, que sigue publicando desde 1902 como periódico quincenal, órgano de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza. Sabe que, en el fondo, es una empresa común, y yo no puedo negarme. En el último número, al poco de mi retirada, publicó un artículo sobre el ferrocarril de Canfranc, un proyecto que aplaudo con entusiasmo, porque ese camino de hierro servirá para romper nuestro secular aislamiento y abrirnos de par en par las puertas de Europa.

He escrito un mensaje desde Graus para que sea enviado a varios periódicos, pues importa que el conocimiento de este futuro ferrocarril internacional de Canfranc tenga la máxima difusión:

«Aragón no pide gracia ni privilegio; reivindica sencillamente lo suyo. Porque ese ferrocarril es cosa suya y no un título tan sólo. Zaragoza ha dado a España un ejemplo, y con el ejemplo la primera sólida lección de europeización y de vida nueva, tomando animosamente la cruz, poniéndose en camino de ser la primera ciudad industrial de la Península; y tiene derecho a que no se la aísle, a que no se la ligue a ninguna arteria ni se le cierre ningún horizonte, a que no se la prive de ese complemento vitalicio, esencial, de que habrá de hacer, con el nervio y vigor de su incomparable voluntad, instrumento poderoso de transformación y de engrandecimiento para su patria. La carretera paralela a su trazado fue la única comunicación terrestre con

Europa que le quedó a España durante la última guerra civil, debido al patriotismo, a la sensatez y a la orientación moderna del pueblo aragonés y de su capital insigne. Y no es para olvidarlo aquel rasgo de valentía, temerario por sus circunstancias y por su fecha, que la obligó por sí sola a emprender la construcción de la línea. La generación actual no tiene derecho a renunciar en todo o en parte a esa puerta abierta sobre Europa, porque es propiedad también de las generaciones venideras; ipequeña compensación a tanto deshonor como van a heredar de nuestra inconsciencia y de nuestra cobardía!

»Creo firmemente que la causa del ferrocarril del Canfranc está ganada, pero a condición de que Aragón siga desconfiando, que persevere en su actitud resuelta de ahora. Si, lo que no es de esperar, sufriese alguna postergación de hecho o de repulsa, si el fallo fuese adverso, será preciso que apele; y como no existe aún para este género de pleitos tribunal «ad quem», deberá anteponer el recurso ante sí propio.

»Cuando el caso, desgraciadamente, llegase —y a lo que parece es ya cuestión de días—, este inválido encontrará fuerzas en su voluntad para ponerse al lado de los suyos en el sitio de más peligro».

Apenas transcurridas tres semanas de este mensaje, me ha llegado una carta de Antonio Mompeón Motos, de *Heraldo de Aragón*, interesándose por mi salud, y advirtiéndome que en esto del Canfranc hay que temer que se repita con Aragón lo que siempre ha sucedido: que el abandono, la apatía y la indiferencia de arriba marquen tregua a lo que hace años debió ser realidad. «Aquí trabajamos lo que podemos, y la causa legítima del interés regional disculpa la molestia de requerir el apoyo de figuras aragonesas cuyo silencio y aislamiento —como el de usted— es sagrado».

He recibido otras muchas peticiones de periódicos y revistas, especialmente de la región. Un pariente mío, Pedro Baselga Martínez, dirige *El Mercantil de Aragón* y quiere que yo escriba allí mis opiniones. Imposible atender a todos. Por eso he contestado a *Heraldo* utilizando uno de mis seudónimos, Gerardo Madridano, y me he despachado a gusto con esta introducción, que sirve para dejar mi nombre a salvo:

«El señor Joaquín Costa, cuyo delicado estado de salud le impide atender el requerimiento de usted, y que hace dos meses y medio, en El País y otros diarios, se despidió de cartas, artículos y otros

compromisos, para mucho tiempo, me encarga comuniqué a usted su impresión sobre el ferrocarril internacional Oloron-Jaca...».

Y es que por el ferrocarril de Canfranc entra España en la vida moderna. El primer paso fue la guerra de la Independencia. El estampido del cañón en 1808 encontró un eco en el estampido del barreno en 1882, para iniciar la perforación del túnel. ¡Qué riqueza de formas las de la historia! Aragón, en 1808, haciendo más altos los Pirineos con toda la gigantesca estatura de sus héroes, y en 1882, horadándolos y allanándolos, parece que ejecuta dos actos contradictorios y, sin embargo, ni siquiera son actos distintos, son dos momentos de un mismo y solo acto.

Se quiso poner veto al ferrocarril de Canfranc, en nombre de la independencia de España; pero el sentido común del pueblo aragonés contestó por boca de un labriego, acaso algún nieto del tío Jorge: *«Pues si el ferrocarril de Canfranc puede servir a los franceses para penetrar en la Península, lo mismo servirá a los españoles para penetrar en Francia».*

La zona central del Ebro constituye la mayor extensión de riego que existe en Europa, después del Milanesado y la Lombardía, y en nuestro clima, quien dice riego dice riqueza, dice industria, dice cultura, dice fuerza e influencia; el Alto Aragón duplicará esa área de suelo vivo ganado para la civilización con los dos canales del Cinca, uno de ellos en construcción, sin dejar de ir, como ya va con otras tres o cuatro provincias, a la cabeza de las que más trigo y vino producen en la Península. Zaragoza, clave de la bóveda de estos robustos contrafuertes de la patria, pesará con ellos en Madrid de un modo decisivo.

España es un país eminentemente agrícola, su carencia de exportación se sostiene casi exclusivamente de productos del suelo; el ferrocarril que ha de unirnos más íntimamente con Europa debe tener su cuna donde mejor se han comprendido las necesidades de la agricultura y los milagros del trabajo.

Después de que había pasado esponja a esa parte de mi pasado, vuelve a cobrar relieve inusitado en mi memoria, aunque no sea para torturarme como antes. Me sucede así desde que me sentí obligado moralmente, ya que no por imperativo de los tribunales, a reconocer a mi hija Pilar Antígone. Me he acostumbrado a escribir su nombre sin que me tiemble la mano al hacerlo, que tampoco podría por culpa de la atrofia de este brazo, y escribo «mi hija» con naturalidad, sin que la simple denominación me provoque un sobresalto o, lo que sería peor, me haga entrar en cólera.

Me ha escrito algunas cartas, cariñosas pero respetuosas, sin reprocharme el ayer, y yo las he hecho desaparecer para que no las vea Ramón, y menos aún Carmen o mi hermana Martina, y no sepan de mi debilidad en este aspecto íntimo. No quiero que me vean flaquear, ni que me emociono fácilmente cuando estoy a solas.

También recibo abundante correspondencia de mi amigo Manuel Bescós. El sábado me hizo una visita que, en principio, era para media hora y se prolongó durante toda la tarde.

—Don Joaquín, trabaja demasiado —fueron sus palabras—. Carmen y Ramón me han hablado de dieciocho horas diarias.

—¿Qué saben ellos? Lo dicen porque no bajo a dormir hasta muy tarde, y es que no puedo, y espero que se me calmen los dolores para lograr conciliar el sueño.

Se preocupan por lo que hago y lo que dejo de hacer, olvidando que mi cerebro y mi corazón no pueden detener su ritmo, por una u otra causa, y que necesito verter en mis libros cuanto he aprendido en mis estudios científicos, literarios, políticos, para compartir ese peso con los demás, y he de buscar, al mismo tiempo, salida a las sensa-

ciones que me bullen y me abrasan, sin que haga de ellas mención alguna, por considerar que me pertenecen en exclusiva, pues son mías solamente, y alcanzarán, todo lo más, a aquellas personas que han sabido meterse en lo más adentro de mi entraña.

Es lo que me está sucediendo ahora con mi hija. ¿Cómo pudieron quedarse dormidos en mí durante tantos años estos sentimientos? No encuentro explicación lógica a lo sucedido.

Yo era estudiante cuando José Vergnes me ofreció aquel trabajo del catastro en Chapinería. Me brindó la oportunidad de ganarme unos duros, que tanta falta me hacían, en contacto con el campo, disfrutando del soberbio paisaje de la sierra de Guadarrama.

Cierto día, cuando acabábamos de cenar, Elisa Palacín me propuso:

— Si quieres, mañana te acompañaré al cerro de Almenara.

Antes de que yo respondiera afirmativamente, ya dispuso lo necesario para el almuerzo que deberíamos llevarnos a la excursión, aunque el cerro en cuestión no dista más de una legua del pueblo.

Nos despertamos temprano, y echamos mano de la ropa y el calzado adecuados para el monte. El trayecto me resultó penoso, porque llevé casi todo el tiempo a Elisa colgada de mi brazo, por culpa del mal estado del terreno, según ella, que temía caerse y buscaba en mí un punto de apoyo y el amparo preciso.

Serían las diez cuando almorzamos, a la sombra de un roble, sentados sobre unas losas de piedra que yo había preparado previamente, junto al tronco.

— ¡Qué hermosa panorámica! — exclamó Elisa, dejando perdida su mirada en el horizonte que se extendía a nuestros pies.

— Sí, muy hermosa — convine, mientras señalaba a dos puntos lejanos—. Allí está Becerriles; y allí, Las Ventillas.

— ¿Vive gente?

— Sí, pero muy poca. También tengo que ir, porque están dentro del término de Chapinería, como aldeas.

— Yo apenas salgo de casa.

— Pues conviene estar en contacto con la naturaleza. ¿No echas de menos Barbastro?

—Lo añoro mucho.

Recostó su cabeza en mi hombro, y a mí me pareció un gesto natural, entregada a las ensoñaciones propias de aquel momento. Yo, aunque por entonces ya había cumplido los veinticinco años, apenas tenía experiencia de mujeres; además, veía a Elisa únicamente como la esposa de mi amigo y protector, a la que debía el máximo respeto, dentro de la amistad que nos unía y el paisanaje.

Bajamos al pueblo poco después del almuerzo, y Elisa no cesó de hacerme preguntas sobre mi vida en Madrid, con quién salía, si tenía novia, y al responderle que estaba solo se ofreció para acompañarme alguna vez, cuando estuviéramos en la capital.

—Podemos vernos, si quieres.

—Ya nos vemos aquí.

—No es lo mismo. Digo a solas.

Me pareció extraño, pues no acababa de comprenderlo, pese a lo claro que estaba desde el principio. Aún hoy no me explico cómo inspiré aquel deseo en ella, si no hice nada para alimentarlo. Y a pesar de mi actitud, luego me encontré con una hija que nunca deseé, cuando Elisa Palacín quedó viuda y decidió encontrar en mí lo que había andado buscando tiempo atrás, desaparecido al fin el obstáculo que había supuesto su matrimonio.

Tal como sucedió todo, con Elisa acosándome y entregándose a las primeras de cambio, llegué a dudar de los hechos, de que Pilar Antígone fuera ciertamente hija mía, dado que Elisa pudo haber estado con otros hombres con la misma naturalidad que conmigo, y esa duda me acompañó durante muchos años, anulando cualquier atisbo de paternidad que pudiera asomar en mí. No adopté esa actitud por comodidad, y menos aún por egoísmo, sino por ignorancia. Repito que sé muy poco de mujeres, al cabo de los años, y sólo el amor de una se ha metido en mi corazón, quizás porque nada me ha pedido y me lo ha dado todo, está a mi lado constantemente, aun alejados, y sabe lo que yo quiero sin que tenga que pedírselo.

«Costa, enamorado». Nadie tiene que saberlo, absolutamente nadie, pues yo seré celoso guardián de mi secreto hasta el final de mis días. Es mejor que me vean sumergido en los problemas que atenan la patria, preso en otro dolor profundo, viendo cómo los des-

En 1901 presenté en el Ateneo de Madrid mi encuesta sobre «Oligarquía y caciquismo», y no sólo denuncié los vicios que se producían entonces, sino que vaticiné el futuro que nos aguarda si no cortamos por lo sano y acabamos con las corruptelas denunciadas por la prensa y en el Parlamento mismo. A poco que lo analicemos, descubriremos que esas desviaciones y esos abusos forman parte del propio sistema.

Yo he tenido, desgraciadamente, que entrar mucho, por razones de oficio, en tribunales y oficinas; no diré que por virtud, por genialidad y por carácter, he marchado siempre solo, sin recomendación alguna; y puedo decir que no se me ha dado una sola vez la razón, que no se me ha cumplido una sola vez el derecho, sea en Ministerio, sea en Diputaciones, sea en Audiencias de lo criminal o territoriales, ora en Juzgados de instrucción o primera instancia, como el poderoso de turno tuviese interés contrario o lo tuviese alguno de sus instrumentos o protegidos, que ha sido casi siempre. ¿Cuánto mejor no fuera que la enseñanza hubiese sido viva y sincera, que en la Universidad me hubiesen enseñado, y aun en el instituto y en la escuela primaria, que el régimen político y administrativo de la nación era ése, que la forma verdadera del Estado era ésa, que los procedimientos legales eran tales o cuales, pero los vigentes tales y cuales otros, a fin de que no perdiera tiempo en seguir expedientes y juicios y que no lo hiciera perder a tantos funcionarios del Estado? En cierta ocasión tenía yo un expediente de Gracia y Justicia; habiéndose puesto en frente, favoreciendo al contrario, a sabiendas de que no le asistía la ley, por miedo a que abriesen los ojos de la luz los súbditos de su feudo, un senador y un diputado de nuestro país; y el secretario del Ministerio, hablando en confianza, me decía: «No se mate usted, señor Costa; si quiere al-

canzar justicia, hágase diputado: en España no somos personas «*sui juris*», no somos hombres libres, no gozamos la plenitud de la capacidad jurídica más que los diputados a Cortes, los senadores y los directores de periódicos de gran circulación; en conjunto, escasamente un millar de individuos. Los demás (gobiernen los conservadores o los liberales, me es igual) son personas jurídicamente incompletas, viviendo a merced de ese millar o de sus hechuras».

Ahí tenemos eso que preponderantemente llamamos democracia, «España democrática»; a esa caricatura de nación hemos estado llamando estúpidamente patria española. El funcionario al que me refiero, pieza integrante del sistema, definió admirablemente en aquellas pocas palabras el régimen político de la nación: a un lado, un millar de privilegiados que acaparan todo el derecho en vista de su interés personal, confabulados y organizados para la dominación y la explotación del país, siendo más que personas «*sui juris*»; a otro lado, el país, millones de avasallados para quienes no ha centelleado todavía la revolución ni proclamado el santo principio de la igualdad de todos los hombres ante el derecho. Régimen de pura arbitrariedad, en que no queda lugar para la ley; acracia, si se mira desde el punto de vista de la nación; cesarismo, si se mira desde el punto de vista de los imperantes; sin normas objetivas de Derecho que amparen a los primeros y cohíban a los segundos.

Se da por supuesto que las leyes son garantía del derecho y ahí está el error: la garantía del derecho no está en la ley, como la ley no tenga asiento y raíz en la conciencia de los que han de guardarla y cumplirla.

He quemado mi vida en estas cuestiones, han pasado los años y casi nada ha cambiado. ¿Para qué tanto esfuerzo inútil? Día llegará, sin embargo, en que bajarán las aguas claras, y los incrédulos de ahora, los ególatras y los ignorantes, tendrán que rendirse a la evidencia y admitir la realidad. Comprenderán entonces que mis palabras no fueron pronunciadas en vano.

Alejandro Lerroux ha realizado un largo y penoso viaje a Graus sólo para verme. Al principio, me he negado a recibirle, pero he rectificado enseguida, en pago a la molestia de su interesada visita.

—Estamos formando un nuevo partido republicano y necesitamos su ayuda. Salmerón ha venido a Barcelona y secunda nuestra iniciativa.

Me ha soltado esas palabras al poco de saludarnos; un saludo, por mi parte, frío y protocolario.

—Yo estoy y quiero seguir apartado de todo partido y de toda acción política —le he replicado.

—Tenemos un proyecto ambicioso.

—¿El de Solidaridad Catalana? Solidaridad y basta, no es necesario ponerle apellidos.

Le he pedido que contestara a mis interrogantes, ya expresados públicamente, en disconformidad con varios artículos que había leído sobre el tema, donde se afirma que «Solidaridad es un movimiento genérico y exclusivamente catalán», «Solidaridad quiere soluciones que miran a Cataluña», «Solidaridad pide al Estado, fundada en que económica, cultural y artísticamente, Cataluña es superior a otras regiones». ¿Regionalismo puro o separatismo encubierto?

—No haga caso de lo que dicen los periódicos, don Joaquín, y únase a nosotros. Verá cómo le convence nuestra doctrina, tan pronto como la conozca.

—Nada tienen que enseñarme a mí, que en el mensaje de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de 13 de noviembre de 1898, fui

más lejos que los solidarios. Sólo que aquello era pieza o miembro de un conjunto orgánico; y me guardaría yo de tirar a aquello o a esto, aislado de su unidad, la salvación de España (que es de lo que se trata, no de la salvación de Galicia, de Aragón o de Cataluña). Nada de recetas externas, nada de combinados externos, de factores extraños al hombre. Hay que empezar a proveerse de esta primera materia, insustituible: el Estado ha de ser, ante todo, un sembrador de hombres.

—¿Qué intenta decirme con ello?

—Lo suficiente, si usted es buen entendedor.

Me he puesto violento, lo reconozco, y lo he despachado cuando llevábamos veinte minutos de conversación, pues hablamos lenguajes diferentes. Cuando he vuelto a mi despacho, me he dispuesto a releer, más calmado, aquellos artículos que Lerroux ha publicado en elogio mío, y el impulso me ha llevado a escribir esto al pie de uno de ellos: «Alejandro Lerroux, diputado, revolucionario sin fe, admira y corresponde a revolucionarios con ella».

Unos y otros olvidan que Aragón es el órgano político de la nacionalidad, tomada la palabra política en su más amplio sentido. Sólo que es órgano político en cuanto a colectividad, como masa; fáltale la diferenciación individual, y éste es un gran defecto; Aragón es un «pueblo sin hombres». Cuando España ha necesitado un pueblo para defender la independencia, para salvar la libertad, para proteger el orden, para abrir nuevos cauces y nuevos horizontes a la actividad española, allí, a orillas del Ebro, lo ha encontrado; pero cuando necesita un hombre superior, Aragón permanece pasivo y la necesidad sentida queda sin satisfacción.

España, desorientada y sin brújula, necesita que ese órgano atrofiado se regenere para encontrar de nuevo, guiada por él convenientemente, el derrotero perdido de la historia.

Ya sucedió así en Zaragoza, cuando en el pasado demostró lo que parecía un milagro; y allí, en medio del hermoso paseo de Torrero, se alza la estatua de Pignatelli, a cuya tenacidad fue debido el canal Imperial, ejemplo de lo que es capaz de conseguir la voluntad de un hombre, si ese hombre tiene fe y es aragonés; y al extremo opuesto de la estepa, los llanos abrasados de Gurrea, Monegros, Somontano y la Litera, aguardando, con la misma ansia que los padres del Limbo aguardaban la venida del Mesías, un nuevo Pignatelli, para que

desciendan las cintas de plata desde los primeros estribos del Pirineo, esos canales de Tamarite y Alto Aragón que, en Selgua y Binéfar, al confundirse en abrazo íntimo con la locomotora, venida de otros mundos, inventora de ciencias, creadora de naciones, y en cuyo tierno murmullo, de pradera y de salto en salto, irán confundidos nuestros nombres en un himno de agradecimiento, porque supimos convertir en taller bendecido por el trabajo el suelo de la Península, que hasta ahora sólo había sido un campamento, y evocar el sepulcro de este pobre Lázaro de las naciones, juntando sus huesos y revistiéndolos de piel y de carne y vertiendo en sus venas desnudas la sangre de los ríos, y haciéndola aparecer más esplendorosa que nunca en medio de la incrédula Europa que la juzgaba muerta para siempre.

Éste es nuestro destino como hijos del Ebro, y éste el deber que cumplir como aragoneses con la patria española: ése también el instrumento de nuestra redención individual; y si los españoles somos precavidos y al mismo tiempo patriotas, no debemos defender más política que ésa: política hidráulica. A todos me dirijo, a todos quiero que lleguen mis palabras, a los ricos, a los pobres, a los medianos: el día que todas las aguas del Pirineo se queden aprisionadas en el llano, la provincia de Huesca producirá por sí sola tanto como ahora producen diez provincias, y habrá para todos, rentas de lujo para el rico, independencia y nuevas provisiones para el pobre, jornales altos y continuos para el trabajador, limosnas cuantiosas para el desvalido, tributos abundantes para el erario nacional, descanso y holganza para todos; España podrá acordarse entonces de los maestros de escuela, hablar en serio de cuerpo electoral y de sistema parlamentario y de política y de jurado; podrá construir escuadras y hacerse respetar por los extraños y reanudar el hilo roto de sus tradiciones y de sus destinos gloriosos en el mundo y recuperar en los congresos europeos el sillón que dejara vacante el conde de Aranda hace más de un siglo.

He recibido carta de Santiago Ramón y Cajal, desde Madrid, que comparte muchas de mis ideas. Para mí, es el aragonés que mejor nos representa en el mundo de la ciencia y la medicina. En nuestra última entrevista le hablé de mi enfermedad, que me obligaba a retirarme a Graus y suspender todas mis actividades; él puso lo que pudo de su parte para ayudarme, y luego ha tenido noticias de que he recabado unos trabajos suyos por mediación de un amigo común.

Éstas son sus palabras:

«Querido Costa: Ayer se le remitió a Suárez el último cuaderno de los "Centros nerviosos" (correspondiente poco más o menos a la segunda parte del segundo volumen) y el pequeño folleto "Consideraciones sobre la morfología de la célula nerviosa".

«Cuando algo mío le interese a usted, pídamelo directamente y se lo enviaré de regalo.

«Ahí le remito a usted un pequeño libro de entretenimiento escrito hace algunos años y no publicado aún, aunque impreso a fines del año pasado. Nada de él es digno de ser leído. Lo menos malo y algo serio son los últimos cuentos donde hallará usted algunas ideas pedagógicas, y algo que apunta hacia los derroteros positivos de la resurrección nacional».

Me consuela saber que todavía quedan hombres como él, capaces de salvar lo que resta de España, cuyo nombre pasea triunfalmente por el mundo para dar testimonio siquiera de nuestra presencia como nación.

Pasan los días demasiado lentos, se me antojan interminables, y no experimento mejoría alguna. Sufro lo indecible, sin poder valerme tan apenas, prisionero voluntario en mi despacho, junto a mis escritos y mis libros. Bajar a dormir al piso representa para mí una tortura, y no digamos ya si he de recibir alguna visita, que lo hago en la primera planta de la casa; entonces son cuarenta escalones, que no podría salvarlos sin ayuda.

Por eso no quiero ver a nadie, y me quedo las horas muertas en la mecedora, con la cabeza recostada en la pared, junto a la mesa donde me espera la pluma y el papel para poder dejar constancia de que todo continúa latiendo en mí y necesito darle salida como prueba de mi existencia.

Cada vez que me acerco a la mesa, mis piernas tropiezan con la tabla que cierra la parte lateral, y he pedido a Ramón que mande venir al carpintero para que sierre el trozo que me molesta, algo menos de un metro de longitud.

Si me asomo al Ésera, se me va la mirada al Pirineo, instintivamente, y borro la montaña para que la imaginación me lleve a Toulouse, a orillas del Garona, porque allí está mi otro yo permanentemente y soy incompleto sin él. Tanto es así, que he decidido cruzar la frontera una vez más, con la misma ilusión que la crucé un día para trabajar de obrero en la Exposición Universal de París, y Frédérique, que apenas tenía cuatro años, jugaba subida en mis rodillas, en tanto que sus padres, Paul y Giselle Jourdain, me cuidaban con el cariño que se cuida a un hijo. Qué lejos estaba yo de imaginar que, andando el tiempo, aquella experiencia iba a marcar mi vida para lo sucesivo.

El problema es el viaje, cómo me desplazo solo, y es necesario que lo haga, antes de verme con mayores impedimentos físicos. Si lo comunico a mi familia, todos se opondrán. En el mejor de los casos, querrá acompañarme Ramón, como ya lo ha hecho otras veces, con la creencia maliciosa de que mis viajes a Francia tienen una finalidad exclusiva. Pero en esta ocasión tengo que ir solo. Algo me dice en mi interior que debe ser así.

Pondré la excusa de que he de arreglar unos asuntos en Madrid, y tomaré el tren, por Irún, a la frontera francesa; le comunicaré a Frédérique que vaya a esperarme a la estación de Hendaya, ella sabrá arreglárselas como de costumbre.

— Ramón, dile a Carmen que me prepare la maleta —he resuelto—. Mañana tengo que viajar a Madrid.

Ramón se ha quedado mirándome con asombro.

— ¿Así, de improviso?

— Hace días que lo vengo pensando y ahora me encuentro con ánimos.

— ¿Tengo que acompañarle?

— No. Me quedaré hasta pasado el fin de semana.

Carmen ha desaprobado mi decisión, tan pronto como ha tenido conocimiento de ella.

— Usted, tío Joaquín, está aquí para descansar.

— Tengo asuntos pendientes que exigen mi presencia.

Hasta mi hermana Martina ha intentado disuadirme; Martina, siempre pendiente de mí, sacrificándose para que yo no carezca de nada. Pero ha podido más mi tozudez, como es norma, por lo que mañana saldré para Barbastro, donde tomaré el tren hasta Selgua.

No entiendo lo que me pasa, a mi edad, pues es más propio de los años jóvenes, a no ser que sea cierto eso de que el amor transforma a las personas; pero yo siento que se me aceleran las palpitaciones, que me hierve la sangre y entran en danza mis ilusiones. Nunca me había pasado nada parecido, que no es únicamente pasión de estar juntos, sino necesidad ardiente de compartir la eternidad. A lo largo de mi azaroso camino, he carecido de tiempo para dar rienda suelta a estos sentimientos y detenerme a analizarlos. Sin embargo, admito que en ellos puede encontrarse la razón de una vida y hasta la justificación de nuestros actos.

En todo el tiempo que he permanecido con ella, una semana completa, no he sentido el deseo de escribir una sola línea. Si lo hago ahora es para vivir de nuevo aquella felicidad.

Conforme quedamos, Frédérique estaba esperándome en la estación de Hendaya, y partimos juntos hacia Toulouse, por Pau y Tarbes. La encontré bella e interesante, como nunca la había visto; se lo dije y sonrió dulcemente, agradecida.

—Es porque tú me ves así —dijo—, pero ya he cumplido los cuarenta y tres años.

—Eso no tiene importancia. Ayer eras una niña.

Tenía la casa preparada para mí, en la calle de Nazareth; en realidad, nada había cambiado, porque me esperaba siempre. Se mostró muy preocupada por mi estado de salud y me llevó a la cama para que descansara; me quitó la ropa y empezó a darme masaje suavemente por mis músculos atrofiados. Yo me dormí como un niño, sin darme cuenta, ella velando mi sueño.

Cuando desperté, Frédérique ya tenía la cena preparada.

—Hoy no saldremos —decidió—. Mañana iremos al jardín Royal, aquí al lado, para que veas las últimas reformas urbanas.

Se interesó por mis libros y mis trabajos; me guardaba numerosos apuntes que podían serme de utilidad. Aunque no habíamos hablado previamente de los temas que yo me disponía a desarrollar, ella los adivinaba, plenamente identificada conmigo.

—¿Cómo te las arreglas?

—Ya ves: premonición.

Nos acostamos después de una larga sobremesa, y cuando nos metimos en la cama me colmó de caricias y de besos, al tiempo que susurraba palabras de amor, sin dejar que yo me moviera por no sufrir la dolorosa atrofia, relájate, me pidió, y déjame a mí. Sucedió así en los días siguientes, y he de admitir que me sentí fortalecido, lejos de acusar el cansancio. Llegaba al orgasmo sumido en una dulzura infinita.

Sólo pisamos la calle en contadas ocasiones, ansiosos por reservar para nosotros las horas y los minutos.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy mejor —le dije.

—¿No me engañas?

—Sabes que no.

Me miró intensamente, mientras me pasaba por la barba sus dedos enredados en mis pelos, y al cabo musitó en un suspiro:

—Para que nuestra felicidad sea completa, sólo nos falta un hijo.

—Llevas muchos años repitiéndolo, y ya es tarde.

—Sí, dentro de poco ya no podré ser madre.

—¿Qué dices?

—Nada —le restó importancia—. Hablaba sola.

De todas formas, volvió a repetir su argumento: en el futuro tiene que haber alguien que recoja nuestra herencia, que se haga cargo de nuestro testamento. Me lo dijo con suave acento, tratando de ser comprensiva y procurando que yo lo fuera también.

—¿Qué testamento? —me atreví a preguntar.

—Las palabras y las ideas. ¿Te parece poco?

Asentí, a pesar de todo, y en mi asentimiento no entraba mi conformidad con lo expuesto por Frédérique, que tantas veces habíamos discutido. Estuve a punto de confesarle que yo ya tenía una hija reconocida, pero me callé; habría sido una revelación tremenda, de consecuencias imprevisibles.

—Ha de ser niño, ha de ser hombre —aclaró, como si con ello diera respuesta a mis tribulaciones—, para que te suceda y no se pierda tu mensaje en el desierto estéril.

El mercado está en la plaza des Carmes, y a él nos encaminábamos por las mañanas para reponer provisiones. Nuestros recorridos por Toulouse, en esa semana, se limitaron a esas únicas salidas y algunos paseos por el jardín Royal. A los dos nos apetecía mucho más quedarnos en casa, apurando cada instante como si fuera el último.

Llegó el momento de marcharme y no podíamos admitirlo, ni ella ni yo, tan pronto transcurrieron los días.

Regresamos nuevamente por carretera hasta Hendaya, y allí, en la estación, mientras esperábamos el tren que había de devolverme a casa, después de varios transbordos, y en diligencia los últimos kilómetros de Barbastro a Graus, Frédérique se refugió en mi pecho, llevó sus labios a uno de mis oídos y silabeó emocionada:

—Espero que todo salga bien.

—¿Qué? —yo no la comprendí.

—Lo de nuestro hijo.

—¿A qué vienen esas palabras ahora?

—A que esta vez hemos puesto todos los medios para que llegue.

Me quedé sin habla, incapaz de reaccionar, y la apreté contra mi pecho como pude, percibiendo su calor y su palpitación acelerada. Preferí dejarla con aquella obsesión, por no decepcionar sus ilusiones improbables, por lo que no hice comentario alguno.

Al despedirnos, estaba llorando, sin querer soltarse de mí, y también se me empañaron los ojos.

Sus palabras y su cálido aliento me acompañaron a lo largo del viaje, en que me olvidé de mi sufrimiento físico, anegado de felicidad. «Espero que todo salga bien, esta vez hemos puesto todos los medios para que llegue». Podía adivinar fácilmente el sentido de aquellas palabras, escuchadas poco antes de mi partida, aunque no me he separado de ella; sólo mi cuerpo impedido se ha venido conmigo, mientras mi espíritu, fuerte y radiante, se ha quedado junto a ella, con sus caricias y sus besos.

He sufrido un súbito empeoramiento y he suspendido todo tipo de actividad. Estoy desesperado. Ramón sube la correspondencia todos los días y le pido que me abra las cartas y me las lea, salvo aquellas que, por su carácter particular, pueden ser más íntimas, y no se da el caso, por lo general, con excepción del correo que llega de Francia.

Para no parecer incorrecto, por mi tardanza en contestar a tanta consulta y tanto ruego, he dado un borrador a mi hermana Martina a fin de que escriba ella una carta circular, de su puño y letra, y sepan a qué atenerse mis amables comunicantes, a ver si consigo que dejen de agobiarme.

«Nuestro hermano don Joaquín Costa se halla apartado totalmente de la vida pública y fuera de todo partido político; vive aquí en absoluta reclusión, absorbido por su afección crónica, en tratamiento; y tiene en suspenso toda correspondencia. No puede contestar cartas; no recibe visitas de la localidad ni de fuera; no evacua consultas como letrado ni se encarga de defensa en tribunales; no hace recomendaciones de pleitos, causas, indultos, expedientes administrativos, oposiciones, exámenes, como tampoco de candidatos de elecciones; no escribe cuartillas para periódicos, revistas, mítines extraordinarios, veladas; no sirve prólogo para libros, ni pedido de autógrafos o de fotografías; no puede aceptar presidencias honorarias; no recibe obras para colocarlas en venta ni para pedir juicio acerca de ellas o bibliografiarlas en periódicos; no tiene medios de procurar empleos en particular; tampoco libros para donativos; no acepta presentes de ninguna clase ni por ningún título; no se ocupa de elecciones... En su nombre y en el de su familia rogamos a usted, correspondiendo a su

favorecida última, tenga a bien excusarle y recibir el homenaje de su consideración y respeto».

Quiero estar solo, que nadie me moleste ni por la más mínima cuestión. Habrá muchos que me tacharán de solitario, precisamente cuando más acompañado está mi espíritu. En todo lo demás he fracasado. Ha fracasado el republicanismo; ha fracasado España. Y no me cumple ya más sino hacer honor a ese fracaso, doblándole la frente, sometiéndome decorosamente, sin fortaleza, a la fatalidad de mi impotencia, ahogar la ira en el silencio y la oscuridad de este rincón, maldecir a los traidores de 1899 y 1900 y a los infieles de 1903-1907, llorar los años de vida perdida y perseguir una utopía: la resurrección de un cadáver putrefacto.

Había que averiguar clara y definitivamente las condiciones que exige la ley francesa para nacionalizarse allí, pues aquí ya tengo hecho el camino, a punto de llegar a la meta, sin haber alcanzado el horizonte que persigo; en busca de un sol cuya luz se me niega y sólo se deja sentir para asolar más este desierto.

Para colmo, ha venido a verme mi tío mosén Salamero, lo que, en las actuales circunstancias, lo considero un mal presagio, pues no es un cura lo que yo necesito, aunque sea de la familia, ni estoy tan enfermo como para pensar en el fatal desenlace.

—Ten paciencia —me ha consolado con las consabidas palabras de otras veces—. Pasará pronto.

—A nadie debe preocuparle mi mal, si yo solo lo padezco.

Ha sonreído beatíficamente, con esa sonrisa tan estudiada que sin duda enseñan en los seminarios, y al poco ha empezado su particular sermón, con acento doctrinal y convincente:

—No debes dejarte llevar por la ira, por más que el Antiguo Testamento diga que es la reacción de Dios contra todo lo que se opone a su majestad y a su perfección moral. Una pasión violenta, que necesita descargarse para calmarse. «Saciaré en ti mi ira, y me apaciguaré y no me volverá más». Esto sucede únicamente con la ira divina; por lo demás, ira y pecado se corresponden entre sí, como fe y justicia, por lo que San Pablo nos habla de «vasos de ira» y «vasos de misericordia»; unos y otros se comunican para darnos a beber la ira de la misericordia.

—Según Isaías, si uno está enfermo, él mismo da con ello la prueba de su culpabilidad o su pecado.

No he encontrado mejor manera de cortar su monserga que replicarle también con una cita de la Biblia, y esa disposición mía le ha estimulado, cuando yo pensaba que dejaría por zanjada la conversación.

—Hoy he tenido una reunión con el obispo de Lérida.

—Eso no es de mi incumbencia.

—Le he hablado de ti y me he encargado que te transmita sus cariñosos saludos y su bendición.

—Muy propio de su ilustrísima.

—Además, te traigo un presente de su parte —ha sacado un pequeño catecismo del bolsillo interior de su sotana y me lo ha entregado—. Toma, por si puede serte de alguna utilidad.

Apenas he podido contenerme:

—Dígale al señor obispo de Lérida que le agradezco el regalo, aunque tengo bien aprendido lo que aquí se cuenta, y que yo quisiera corresponderle, a mi vez, con un tratado de urbanidad.

Es lo menos que se merece ese pastor de almas que desconoce a su rebaño y, por tanto, no sabe por dónde llevarlo, ni en qué prados debe apacentarlo. La clerecía andante mantiene su beligerancia contra mí, hasta cuando se trata de hacerme llegar un regalo episcopal, revestido de humildad y buenos deseos, pero no carente de intención.

No se ha calmado mi ira, después de todo, y pienso si no será también la ira de Dios, removiéndose en mis cimientos para convertirme en su mensajero.

Un ilustre filósofo y sociólogo francés, Alfredo Fouillée, en su reciente estudio sobre «El pueblo español», atribuye nuestra decadencia desde el siglo XVI, en primer término, a aquella sangría suelta, copiosísima, representada por el exceso de conventos, la conquista de América y el Santo Oficio, que alejaron de la Península o eliminaron de la vida o confinaron y apartaron por los combates de la existencia a los mejores, a los entendimientos más reflexivos, independientes y robustos, las voluntades más enérgicas y mejor dotadas de idealidad y de iniciativa, las conciencias más flexibles y de más alta moralidad, los elementos más generosos y nobles de la raza, toda esa aristocracia natural que podría hereditariamente haber formado legión, clase y ser levadura de progreso en el orden de la industria y del comercio, como en el de la ciencia y en el de la política. Pues en eso estamos aún y eso representa el sistema de gobierno en nuestro país, considerado en sus componentes personales: es la postergación sistemática, equivalente a eliminación, de los elementos superiores de la sociedad, tan completa y absoluta que el país ni siquiera sabe que existen; es el gobierno y la dirección de los mejores por los peores; violación torpe de la ley natural, que mantiene lejos de la cabeza, fuera de todo estado mayor, confundida y diluida en la masa del «*servum pecus*», la elite intelectual y moral de la nación, sin la cual los grupos humanos no progresan, sino que se estancan, cuando no retroceden. ¿Os figuráis un mundo que fuese luminoso y sobre el cual el sol negro proyectara crespones de sombra, rayas de oscuridad? Pues no es otro nuestro caso: las cimas de la sociedad española están sumergidas en la tiniebla y no se ven, mientras los bajos suelos están en plena luz. Los antiguos decían en un antiguo refrán: «Báxanse los adarves, álzanse los muladares».

Frédérique me ha facilitado nuevos apuntes sobre Alfred Fouillée; siente mi propia inquietud y comparte mi preocupación, y no por estar lejos geográficamente se altera lo más mínimo esta sintonía del espíritu y la mente.

Tampoco yo creo, tan ingenuamente como tantos, que es mejor todo lo extranjero, pero sí que debemos situarnos en la misma línea de salida y competir en la misma carrera, so pena de quedar abandonados por el camino, a merced de todo lo que quieran hacer con nosotros.

No he de aconsejar yo que, para alcanzar esa meta, el pueblo de tal o cual provincia, de tal o cual reino, se alce un día como ángel exterminador, cargado con todo material explosivo de odios, rencores, injusticias, lagrimas y humillaciones de medio siglo, y recorra el país, como en una visión apocalíptica, aplicando la tea purificadora a todas las fortalezas del nuevo feudalismo civil en que aquél del siglo XV se ha resuelto, diputaciones, ayuntamientos, alcaldías, delegaciones, agencias, tribunales, gobiernos civiles, colegios electorales, y ahuyente delante de sí a esas docenas de miserables que le tienen secuestrado lo suyo, su libertad, su dignidad y su derecho, y restablezca en el fiel de la balanza la ley, prostituida por ellos. Yo no he de aconsejar, repito, que tal cosa se haga; pero sí digo que mientras el pueblo, la nación, las manos neutras no tengan gusto en este género de epopeya; que mientras no se hallen en voluntad y en disposición de escribirla y de ejecutarla con todo cuanto sea preciso y llegando hasta donde sea preciso, todos nuestros esfuerzos serán inútiles, la regeneración del país será imposible. Las hoces no deben emplearse nunca más que en segar mieses; pero aquellos que las manejan deben saber que sirven también para segar otras cosas, si además de segadores quieren ser ciudadanos; mientras lo ignoren, no formarán un pueblo: serán un rebaño a discreción de un señor. No he de aconsejar yo que se ponga en acción el «calp de fols» de la canción catalana, ahora tan en boga, tomando el ejemplo de la revolución francesa por donde mancha; que mientras no extirpemos al cacique, no se habrá hecho la revolución; que mientras no nos sanemos de esa dolencia, más grave que la miseria y que la incultura, más grave que todos nuestros reveses de los años anteriores; que mientras aceptemos voluntariamente esas cadenas que además de oprimir deshonran; que mientras quede en pie esa forma de «gobierno por los peores», oprobio y baldón del pueblo es-

pañol, no habrá tal Constitución democrática ni tal régimen parlamentario, ni tal nación europea; ni habrá tal soberanía, ni en el rey ni en el pueblo; no seremos, ni con monarquía ni con república, una nación libre, digna de llamarse europea: seremos menos que una tribu, un campamento de siervos, sin derecho a levantar la frente.

Se ha producido una conmoción en mí, difícil de explicar; la misiva de Frédérique, desde Toulouse, me ha provocado encontradas sensaciones. Primero, de sobresalto; después, de emoción; finalmente, de amargura.

Ramón me ha entrado el sobre con estas palabras irónicas:

— Carta de Francia.

— Déjala ahí, con las demás.

He simulado no concederle importancia, cuando el simple anuncio me ha producido un sobresalto, y los latidos de mi corazón se han disparado atropelladamente. Llevaba varias semanas sin noticias de ella, pendiente de mi próximo viaje acompañado por Ramón, pues apenas puedo valerme sin él.

Tan pronto como me he quedado solo, mis manos, temblorosas, han buscado la carta, he rasgado el sobre en estado convulso, para leer con avidez, con ansia, su contenido, al principio de un tirón y después saboreando cada palabra, releyéndola una y otra vez, como si me resistiera a darle crédito.

Me la sé de memoria:

«En tu anterior visita (¿cómo es posible que haya pasado tanto tiempo?) te expresé mis temores de que ya no pudiera ser madre, a mis casi cuarenta y cuatro años; pero ya se han disipado por completo, gracias a Dios, pues nosotros pusimos todos los medios de nuestra parte y Él nos ha complacido. Vamos a tener un hijo. No te lo he comunicado antes porque no estaba segura todavía de mi embarazo. Ahora lo sé con certeza; el médico me lo ha confirmado. Nacerá en la próxima primavera y espero que tú estés a mi lado. Me siento inmen-

samente feliz y tengo miedo. Además, será niño, tengo ese presentimiento, para que tu siembra pueda alumbrar su cosecha un día».

He llorado en silencio, sin que nadie me viera, incapaz de reaccionar de otra manera, imposibilitado para asumir esta nueva paternidad; y, sin embargo, comparto la felicidad de Frédérique, a la que he de visitar cuanto antes, pues ésa y no otra es la respuesta que debo a su carta.

Vivía con esa ilusión desde que se hizo mujer y se entregó a mí —nos entregamos—, en su afán de perpetuar nuestro amor, con el pensamiento fijo en ese futuro de mis desvelos, cuya conquista hemos de realizar hoy, porque mañana ya no habrá futuro, ni presente, abocados al desolador panorama de la desertización.

—Tú no puedes morirme —decía.

Y yo le respondía con la frase hecha y socorrida:

—Es ley de vida.

—Pero no se nace para morir, sino para vivir; de lo contrario, no merecería la pena nacer.

—Nadie es eterno.

—Tú sí lo eres.

Sus teorías sobre la vida y la muerte son tan hermosas como utópicas. Si acaso, tiene razón al afirmar la sucesión de la idea y la palabra, germinando en el tiempo que no ha de morir. La idea y la palabra abriéndose paso en el túnel de los siglos, al encuentro de un amanecer sin ocaso.

Frédérique ve en mi hijo, si éste llega, la prolongación de mi vida, que ha de renovarse sin apenas mutación. Sueña que ha de suceder así, y yo no estoy en condiciones de velar por ese proceso, porque mi enfermedad avanza vorazmente y sufro lo indecible al pensar que ella tendrá que hacer frente, sin mi ayuda, a ese mañana interminable.

Aproveché una invitación que me llegó de Madrid para asistir a un debate sobre terrorismo.

Carmen y Ramón refunfuñaron:

—No debería volver a viajar solo.

Hasta Martina quiso disuadirme. Empeño inútil, pues ella sabía muy bien que, cuando tomo una decisión, nada ni nadie puede torcer mi voluntad.

Frédérique me recogió de nuevo en la estación de Hendaya. Instintivamente, nada más verla, se me fue la mirada al vientre, y descubrí que ya se le notaba algo el embarazo, a no ser que ella exagerara su postura para pregonar su dicha ante todos, nada de ocultar aquel gozo insólito.

Ya en Toulouse, se extendió en pormenores: los primeros mareos, apenas perceptibles, las náuseas.

—Cuando tuve la primera falta, pensé que era cuestión de la edad y acudí al médico del hospital Saint Jacques para que me viera. Me encargó varios análisis, de sangre y de orina, y al final me comunicó la buena nueva. Yo no me lo creía. Me hizo tan dichosa que me entraron ganas de saltar.

—Sí, pero puede ser peligroso.

—¿Por los años? No creas, estoy fuerte y hago unos ejercicios recomendados para el parto.

Parecía hasta más joven y locuaz, y yo me dejé contagiar por su estado de ánimo, olvidándome de los tremendos dolores que me atormentaban. Hizo que la acompañara a comprar una cuna y ropa

para el recién nacido y saqué fuerzas de flaqueza para no desairarla en tan prematuras decisiones.

—Mujer, aún quedan varios meses —me atreví a decir.

—No creas, el tiempo pasa sin darnos cuenta.

Aquella noche se acurrucó junto a mi pecho y me pidió que le acariciara el vientre.

—Dentro de poco empezaré a sentirlo, cuando se mueva.

—No te impacientes.

Tenía ganas de hablar, y no había manera de contener su verborrea:

—Se llamará Moisés. En Moisés y en Cristo se halla juntamente el enviado de Dios del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Moisés cumple un precepto divino: es el encargado de llevar al pueblo a la tierra de promisión. Él vivirá para esperar la señal, y cuando la descubra, será tu palabra convertida en obra.

Me gustaba escucharla en silencio, mientras seguía acariciando su vientre.

Moisés, salvado del agua, un niño israelí convertido en príncipe egipcio; Moisés, en el desierto, cerca del monte Horeb, contemplando una zarza que ardía sin consumirse, en tanto que una voz llegaba del cielo: «No te acerques, Moisés. Quítate el calzado, porque la tierra que pisas es sagrada». El fuego le hablaba de la presencia de Dios; el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob: «He venido a libertar a tu pueblo de los crueles egipcios y llevarlo a una tierra fértil que parece manar leche y miel. Yo te he elegido a ti para enviarte al Faraón y hacerte el caudillo que ha de sacar de Egipto a los hijos de Israel». Y Moisés congregó a su pueblo y se lo llevó al desierto en un viaje de tres días, y Dios le dio la señal. Sin caminos marcados, guiado por una nube dentro del día y por una lengua de fuego durante la noche, hasta llegar al monte de Sinaí, con su cumbre resplandeciente por la revelación.

—Sí, se llamará Moisés —asentí.

No exigió de mí que la tomara en matrimonio, ni el reconocimiento oficial de la criatura, pues únicamente le compensaba la dicha de tenerla, hecha sangre en sus entrañas, de donde habría de aflorar el verbo.

Éste es, también, el secreto de mi vida, que guardaré celosamente hasta más allá de mi muerte. Nadie tiene que saberlo.

Moisés nació en primavera, como estaba previsto, porque fue niño; llegó en la madrugada del 23 de abril de 1907, con extraordinaria normalidad. No fue necesario practicarle la cesárea a Frédérique, y todas las dificultades del parto que se anunciaban quedaron superadas sorprendentemente, para asombro de los propios médicos.

— Tiene los ojos tuyos, azules verdosos —observó Frédérique.

— Claros, como los de su madre.

Ella estaba empeñada en sacarle parecidos a mí, y yo hacía lo propio con ella. Es un juego tan inocente como injustificado, porque los rasgos de los recién nacidos sólo terminan configurándose con el paso del tiempo, que va operando sucesivos cambios y estados.

Todo estaba dispuesto en la casa de la calle de Nazareth para recibir al nuevo inquilino. Como en la Biblia, el nombre de Nazareth volvía a estar ligado con el anuncio del nacimiento, sin saber qué ángel había pronunciado el mensaje divino.

Frédérique se había ocupado previamente de los mínimos detalles, y tenía con ella una mujer para que le ayudara, mientras se reponía del alumbramiento.

Yo me quedé hasta que se restableció ella y la casa volvió a la normalidad tan gozosamente alterada, la madre y el niño contentos, fuera de peligro. Me pasaba las horas enteras contemplando aquella masa sonrosada, que no era sino el proyecto de un hombre al que el destino tenía reservada una importante misión, tal como repetía Frédérique plenamente convencida.

— Cuando tú no puedas, él tomará el relevo.

— ¿Y si llega tarde?

— Eso no ocurrirá.

Hablaba con tanta firmeza, que acabó por contagiarme la seguridad que ella tenía, e imaginé al nuevo Moisés conduciendo al pueblo a través del desierto, como en la Biblia, para llevarlo a la tierra de promisión. El problema será si el pueblo no puede esperar ese momento, incapaz de prolongar su larga agonía.

—Trabajaré para él —prometí— y le dejaré mi palabra como guía.

—Podemos ir a verte más adelante, para evitarte las molestias del viaje.

—No, es pronto todavía para que Moisés comience a navegar en su cuna de mimbres.

Al asentarme nuevamente en Graus, no he vuelto a pisar la calle en varios días, ni a hacer otro recorrido que el de los veinte escalones que separan mi dormitorio de mi despacho. Me he recluso voluntariamente para saborear mi paternidad, pues siento algo especial, que no había sentido antes con Pilar Antígona. Debe de ser por las circunstancias; además, es niño y yo me veo en él.

He dejado transcurrir las semanas y hasta los meses, reduciendo mi actividad al mínimo. Ramón me sube la correspondencia y mira de reojo lo que estoy escribiendo, y después se le van los ojos al cofre. Se abstiene de preguntarme, porque sabe que va a ser en vano y evita violentarme.

Por la tarde ha llegado una carta de Joaquín Palacio, presidente de la Asociación de Maestros de Zaragoza. Está fechada el 30 de noviembre de 1907 y me comunica, retóricamente, que ya está haciendo los preparativos para conmemorar el centenario de los Sitios de la ciudad, para lo que recaba mi ayuda:

«Próximo el día en que nuestra querida ciudad va a celebrar el centenario de aquella grandiosa epopeya que nuestros antepasados supieron escribir con sangre y que constituye una de las páginas más brillantes de nuestra historia patria, y deseosa esta Asociación de Maestros, que me honro en presidir, de solemnizar de algún modo tan fausto y extraordinario acontecimiento nacional, ha dispuesto la celebración de una sesión literaria con asistencia de autoridades y corporaciones, en uno de los coliseos de la capital, y no siendo posible que dicho acto revista la brillantez y magnificencia que merecen los hechos que se han de conmemorar, por carecer de fondos para ello (situación económica que es debida a los muchísimos gastos que se han origi-

nado con motivo de los varios certámenes pedagógicos que esta Asociación ha celebrado recientemente), es por lo que, en nombre de la misma y teniendo en cuenta su condición de ex-diputado por Zaragoza, me permito dirigirme a usted para rogarle encarecidamente se digna prestarnos su apoyo material, a fin de poder sufragar en parte los muchos gastos que indudablemente originará dicha fiesta, si ésta ha de responder a la grandiosidad del acontecimiento histórico».

Otra vez contra los franceses. Le contestaré como debo, con mi voto en contra. También el comité de aquí acordó conmemorar el centenario de los Sitios, y al carecer de fondos para ello decidió acudir a los diputados y ex-diputados en demanda de ayuda, pero al fin ha prevalecido el sentido común y no se ha hecho, considerando que cuando no hay para los vivos, no puede haber para los muertos, y que cuando no hay para festejar a los muertos ni a los vivos, se abstienen los individuos y deben abstenerse las colectividades y las naciones, sin acudir al bolsillo de los extraños, que también ellos tienen su vela que aguantar, y que si Graus contase con el dinero de Barbastro, Barbastro tendría que contar con el de Graus.

Estoy yo como el comité, sin dinero sobrante para suplir el que a mí me falta, porque el haber sido electo diputado no vale rentas ni bienes; pero he de decir que, aunque lo tuviera, no daría para una vanidad sin consecuencias.

Heraldo de Aragón publicó el pasado día 17 la siguiente noticia:

«La comisión que entiende en al organización del festival en honor del general Palafox invitará hoy a los duques de Zaragoza, descendientes del benemérito caudillo, para que vengan a fin de presidir la fiesta proyectada para el día 27 del corriente.

»También ha dirigido cartas a ilustres escritores aragoneses, como don Marcos Zapata, don Joaquín Dicenta, don Mariano de Cavia y al gran pensador don Joaquín Costa, solicitando remisión de poesías y unas cuartillas, respectivamente, alusivas a los Sitios y al primer duque de Zaragoza».

Ya no se puede llegar a más. Menos mal que me califican a mí de gran pensador. Pero a no ser Fernando VII, no habría Sitios ni centenario. Ahora proyectan una exposición hispano-francesa para que su biznieto esté presente en la ceremonia, en la fiesta, pues quieren invitar al rey. No a Ramón y Cajal, que sin él no habría un Aragón eu-

ropeo: se comprende, por tanto, que se cuente con él, que desee su presencia Zaragoza. Hay categorías en el mundo: entre el nombre y el cetro de Cajal y el nombre y el cetro de Alfonsito hay diferencias. No irán a invitar a Ramón y Cajal, que pesa más que el Rey, que es el verdadero rey.

También el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, don Eduardo de Ibarra, publicó un artículo en el *Diario de Avisos*, señalando que los intelectuales —la mentalidad aragonesa— no debe faltar en la exposición.

Me dirigí a él, particularmente, con estas palabras:

«Debo a usted una explicación. Lo que dice en su ingenioso artículo es el evangelio. La exposición debería disponer, o haber dispuesto, un departamento especial dedicado exclusivamente a la mentalidad aragonesa, y que fuese en todo como un contrapeso a los ajos, las alpargatas y los aguardientes, y un metro con que los extranjeros pudieran apreciar los grados de europeización alcanzados por Zaragoza y su tierra a los cien años de aquella lamentable equivocación».

Ibarra no tardó en contestarme:

«Una frase de su carta me ha hecho pensar mucho: llama usted a la guerra lamentable equivocación; al pronto me indigné, se lo confieso; después no sé si he adivinado sus razones, pero he convenido en la afirmación: fue lamentable caer en el «rey neto», en la lucha dinástica que paró el empujón de Carlos III y Aranda y nos detuvo en el camino de la cultura; fue lamentable la intromisión francesa armada que despertó la natural protesta patriótica, loable en sí. Verdad que entonces empujó lo único capaz de empujar, lo de más fuerza: la historia es lógica».

Me pregunto, al cabo de un siglo, y seguiré preguntándome, aunque transcurrieran dos y más, para qué sirvió la guerra de la Independencia y la sangre de nuestros héroes, si en poco tiempo, apenas transcurrida una generación, miles de aragoneses han pasado el Pirineo para ir a pedir un jornal o una limosna a los nietos de los generales de Napoleón sitiadores de Zaragoza.

No podemos retrotraernos a ese pasado inútil, aunque tantos lo ensalcen como heroico y glorioso; como tampoco podemos volver a la época del Cid Campeador, para sentirnos orgullosos de sus hazañas y darnos por satisfechos, henchidos de vano orgullo nacional.

Castilla lo vio partir un día para Levante a conquistar en tierra de moros y reinar al poco sobre Valencia, ganada por el esfuerzo de su brazo soberano, y otro día vio a sus compañeros de armas volver vencidos a Castilla, llevando a hombros el cadáver del glorioso caudillo, que se repatriaba, y a Valencia quedar otra vez en poder de la morisma. Pasaron siglos: Castilla se hizo España, y España vio un día partir para occidente a Cristóbal Colón a descubrir tierras de paganos, y enarbolar a poco su bandera en unas islas desconocidas, apellidadas Antillas, avanzada de un nuevo mundo; y otro día ha visto a los hijos de los marineros de sus carabelas volver vencidos a la Península, llevando a hombros el cadáver del gran navegante, que se repatriaba, y a las Antillas quedar otra vez en poder de los paganos, prostituidores de la justicia, oprobio de la civilización. Sepulcro del Cid, sepulcro de Colón: podría decirse que no hacen sino uno solo, el sepulcro de los progenitores de nuestra raza, acaso convertido en sepulcro de la raza misma. ¡Cómo centellea el Romancero, esta divina creación literaria de nuestro pueblo, en torno suyo! ¡Cómo bate desde él sus alas resplandecientes de luz la leyenda de oro de nuestro pasado! Pero abridlo y mirad: del fondo de ese sepulcro veréis alzarse una enseñanza, una enseñanza práctica del más subido precio, que no es fuerza recoger...

Decididamente, no me sale el romance. Por cualquier camino que toméis, nos sale al encuentro la política. ¿Pero es mía la culpa?

Sin embargo, no me rindo. Este ambiente de epopeya que rodea el sepulcro del Mío Cid tiene un punto de contacto con aquella lección política; y en ese contacto, la lección política cobra un tinte de grandeza que no puede menos que avasallar nuestra atención, si otra vez no también nuestra voluntad. ¡Ojalá la cantasen a diario los periódicos, estos sucesores de los juglares de la épica del Campeador, hasta conseguir que una quinta parte siquiera de los españoles la hubiesen escuchado!

Hace varios años, en mi mensaje de la Cámara Agrícola del Alto Aragón al país, que ha alcanzado cierta resonancia, había yo estampado, a guisa de frontispicio de un plan o programa de reconstrucción nacional, junto a otros aforismos, uno metafórico que decía: «Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar». Hubo quien vio en este enunciado del programa aragonés la fórmula de nuestra regeneración; pero no faltaron, en cambio, quienes diputasen de herejía, entendiendo que el pensamiento era «hacer tabla rasa

del pasado», de la tradición, del arte, de la historia, de la leyenda; borrar del corazón y de la memoria de los españoles las figuras del Campeador y de Don Quijote, para levantar a tales altares a un tenedor de libros; proscribir la abnegación, el heroísmo, la generosidad, la nobleza, todo lo que hay de grande y sincero en nuestro pueblo. ¡Y me lo decían a mí, que varios lustros antes había promovido el Congreso de Geografía Colonial y la fundación de una Sociedad Geográfica precisamente para eso, para adquirir vastas extensiones de territorio que ensancharan el imperio del Cid y de Don Quijote en el futuro! Como hace falta, decía, que un hemisferio se contraponga a otro hemisferio para asegurar el equilibrio material del astro, la humanidad terrestre necesita una raza española grande y poderosa, contrapuesta a la raza sajona, para sostener el equilibrio moral en el juego infinito de la historia: no correspondería a la grandeza de la habitación terráquea la grandeza del inquilino hombre, si al lado del Sancho británico no se irguiese puro, luminoso, soñador, el Quijote español, llenando el mundo con sus locuras, afirmando a través de los siglos de utopía de la Edad de Oro, y manteniendo aquí abajo esa caballería espiritual que cree en algo, y que con esa pasión y con esa fe y con ese sacrificio hace que la tierra sea algo más que una factoría y que un mercado donde se compra y se vende.

No ya por impulsos de vanagloria, no ya por sugerencias de patriotismo; por altos deberes de humanidad estamos obligados a fomentar el crecimiento y la expansión de la raza española.

En 1888, España había fracasado como Estado guerrero, y yo echaba doble llave al sepulcro del Cid para que no volviese a cabalgar; pero es porque antes me había asomado a él para conversar con el Cid público, no con el Cid guerrero, y me había éste declarado en larga entrevista su pensamiento social y político, y le había yo dado publicidad a aquello, y acababa de tenerle delante al delinear el mensaje altoraragonés, programa después en Zaragoza.

Eso de salir el Cid del sepulcro para que decida en el pleito actualmente planteado entre la nación y sus gobernantes, no ha de parecer una exorbitancia, o excesiva prolongación de una figura retórica, pues si hemos de creer el Romancero, o las Crónicas calcadas a él, queda constancia de que el héroe de Vivar ha abandonado más de una vez su enterramiento para montar su viejo caballo de guerra, siempre que por invasiones de extraños la independencia nacional ha

peligrado; y no veo por qué no ha de serle verdad salir del mismo modo para subir a estrados como juzgador, cuando por delitos propios la mitad de la nación ha perdido su independencia y la otra mitad corre grave peligro. En 1212, la invasión almohade puso de nuevo en litigio la causa de la nación española y de la civilización europea, y entonces hacía más de cien años que el Cid había muerto; sin embargo, cuentan las crónicas que, hallándose en León Alfonso VIII de Castilla, ocupado en los preparativos de la campaña, sintióse de noche un gran estruendo, como de un ejército poderoso que cruzase a galope las calles de la ciudad; y como el rey preguntara alarmado qué era aquello, contestó una voz que era el Cid con sus mesnadas que se dirigía apresuradamente a las Navas de Tolosa. Era el Cid Campeador, era el Cid de Valencia, el Cid de yelmo y tizona, que había resucitado.

Y ahora necesitamos que resucite de nuevo. Llamemos todos con fuertes clamores y aldabonazos a su sepulcro, para que despierte su glorioso inquilino y venga en nuestra ayuda, ya que por propio movimiento no ha despertado. ¿Me preguntáis que dónde está? En nuestros propios pechos, en los pechos de los españoles. Yo abrí ya el mío hace tiempo, haced todos otro tanto, y no tardaremos en ver al Cid en estrados pronunciando sentencias contra los culpables.

Vinieron a buscarme Marcelino Gambón, Dámaso Carrera y Agustín Rosell para ayudarme a bajar al Barranco.

—Hay que aprovechar días como éste. Allí se respira una brisa muy saludable, que desciende de las montañas y llega a nosotros canalizada por el valle, río abajo —dijo Marcelino Gambón.

Me entretiene la tertulia con ellos, hasta el punto de olvidarme de mi enfermedad, y conversar con las gentes de Graus, que se acercan a saludarme, y yo les pregunto por aquellos temas que me interesan, las tradiciones y las costumbres, las pequeñas noticias locales, que en su mayoría pasan inadvertidas.

Por lo regular, llevo los bolsillos llenos de caramelos para repartir entre los niños, es la manera de que se me acerquen y me hablen de la escuela, de sus juegos y proyectos. Les pregunto por sus nombres, que poco o nada me dicen, y entonces tengo que recurrir al medio más socorrido:

—¿Tú, de qué casa eres?

Esa pista me sirve de identificación, porque el bautismo de la casa acompaña siempre a la familia, a través de sucesivas generaciones. Equivale al apodo, y éste, cuando existe, es mucho más revelador que los nombres y los apellidos. A mi padre siempre le apoderaron el «*Cid*», y Marcelino Gambón achaca a esa circunstancia mi inclinación por el legendario personaje.

Me impongo de las conversaciones del pueblo los temas que sus hombres discuten a diario y compruebo su mansa conformidad ante determinadas situaciones por las que yo me sublevo. Critican el

poder; despotrican contra la injusticia; pero acatan todo tipo de arbitrariedades, sin rebelarse.

Dámaso Carrera, el ferretero, me ha dicho que aspira a ser alcalde de Graus:

—Me han propuesto para la próxima legislatura y creo que debo aceptar.

—¿Qué piensas hacer, si llega el caso?

—Poner en práctica su doctrina, don Joaquín.

—Hará falta que te dejen.

—Tenemos *El Ribagorzano* para defendernos, si hace falta.

La pequeña política local es a imagen y semejanza de la nacional, salvando las distancias; por eso llega a ser también importante y transcendental para el que la vive de cerca.

Dudo que mis reflexiones ayuden a encontrar el remedio que nuestro país reclama; dudo que mi palabra sea escuchada en este desierto que nos rodea.

Agustín Rosell ha preguntado por mi trabajo:

—¿Qué nuevos libros está preparando ahora?

—Varios; sólo al final sabré cuantos, porque he de poner en claro multitud de apuntes.

—Se pasa demasiadas horas metido en su despacho.

—Únicamente salgo de él para comer y dormir, y aun así hago que Carmen me suba el servicio las más de las veces.

—¿Por qué no prueba a descansar?

—Si descanso, me muero.

Ramón está pendiente de cada uno de mis movimientos, y me escribe los sobres y me pasa en limpio aquellos escritos que yo no puedo.

Hoy le he dado el borrador de una carta para José Ortega y Gasset. Sé de su juventud y entusiasmo por mis ideas y la causa republicana que yo defiendo, tan alejada de la que está al uso. Recientemente me remitió un artículo suyo, que está en línea de mi pensamiento.

Le comunico mi próximo viaje a Madrid, de donde me reclaman para impartir una conferencia sobre europeización, un neologismo sobre el que no he cambiado de parecer, que ya lo definí en 1898,

en mi libro *Reconstitución y europeización de España* y en mi *Revista Nacional*. En realidad, no hace falta decirlo: todos sabemos la significación del vocablo «Europa», usado no como término geográfico, sino como expresión del más alto nivel, que conocemos la civilización histórica en el continente europeo.

José Ortega y Gasset es un hombre de talento y espero con interés su opinión.

Dámaso Carrera confía en mí, en el caso de que llegue a ser alcalde, y sonrío incrédulo cuando le digo que yo soy un fracasado.

—Desde Graus se puede hacer mundo.

—El pueblo, la Ribagorza, el Alto Aragón, sólo son una referencia.

Marcelino Gambón quiere que le escriba más artículos para publicar en *El Ribagorzano*.

—Nos siguen los otros periódicos importantes —apunta—, y me piden permiso para reproducir sus trabajos.

Me reservo mis palabras. Conozco de sobras cómo funciona la prensa, donde es necesario aparecer con frecuencia para que los lectores se acuerden de uno, y, por lo general, hay que anticiparse a las iniciativas de los periódicos, absorbidos por las noticias de todo tipo que llenan la actualidad diaria, y olvidándose con frecuencia de los que, como yo, luchamos para que muchas de esas noticias —me refiero a las negativas— no lleguen a producirse, sin razón de ser. Cuando paso por Zaragoza, camino de Madrid, he de ocuparme yo de enviar una cuartilla a los periódicos, explicando el objetivo de mi viaje, para que aparezca en las notas de sociedad. «Ha permanecido unas horas en Zaragoza nuestro insigne paisano don Joaquín Costa, que se dirige a Madrid para pronunciar una conferencia...». Yo he de ser redactor, por lo regular, de mis propias noticias, aquellas que podrían ser consideradas de carácter público. Y si saco un artículo con la intención de que suscite polémica, única manera de intrigar e interesar más a los lectores, también he de ser yo quien la establezca, recurriendo a otros nombres que utilizo de seudónimo. De esta forma estoy de acuerdo y en desacuerdo conmigo mismo, desentrañando y agotando los temas, analizándolos y juzgándolos desde diferentes ángulos, para que arrojen la luz que pretendo.

No procedo así por vanidad, aunque pudiera parecerlo, sino porque es necesario ese protagonismo frecuente para no quedar sumido en el olvido, desintegrándome en la fuerza única de la palabra.

El hecho de que estemos rodeados de mediocres no ha de ser motivo para que nos quedemos, necesariamente, en la mediocridad. Si uno es superior, tiene que luchar para demostrarlo, consciente de su propia valía.

Digo así para que se sepa, ahora que ha cambiado mi vida con la llegada de Moisés, dispuesto a escucharme y recibir mi revelación desde la cumbre del monte Sinaí.

Manuel Bescós me ha mandado desde Burgos un «cofre del Cid», obsequio que le agradezco de veras.

A propósito de un artículo mío aparecido recientemente en *El Ribagorzano*, y reproducido más tarde en *El País*, me pregunta por qué recurro al ejemplo francés tan asiduamente y yo respondo con el propio argumento que defiendo: porque la distinta suerte que han corrido el imperio francés y la monarquía española ha sido obra de la justicia inmanente que rige el destino de los pueblos; ha sido justo y racional que en Francia el emperador fuese castigado con un destonamiento, y que en España, por el contrario, echase el trono más profundas raíces en el corazón de la muchedumbre.

La distinta suerte que corrieron entrambas dinastías tiene su fundamento: es que en Francia alentaba ya un pueblo y en España, no. Es que el hecho de haberse equivocado el pueblo francés no le permitía seguir sufriendo a un emperador y una clase gobernante que, después de haberlo dejado prácticamente indefenso, le había engañado, y no vaciló en renovar el Estado oficial, arrojando o expulsando del poder al personal político inepto o culpable y sustituirlo en alternativas para otro nuevo. Y es que en España, el hecho de haberse equivocado la monarquía, por incapaz, y de haber representado a la minoría de ciudadanos que se dividían la opinión, no puede traducirse en un cambio como el de Francia, porque faltaba pueblo que lo llevase a cabo.

De existir aquí pueblo, como lo había en Francia, y sus naturales y obligados caudillos lo hubieran sacudido hasta despertarlo, formando de él una conciencia, ¿dónde estaría a estas horas la dinastía?

Bescós quiere saber también qué me ha parecido el discurso de Segismundo Moret en Zaragoza. Yo no tomo en serio a esta tribu de isidros que llenan España, diciendo siempre lo mismo y sin cumplir nada de lo que se promete. Sin embargo, todavía hay quienes escuchan y jalean, sin que se les eche a perder el estómago.

La verdad es que yo no he leído el discurso de este político, pero sí lo que ha escrito de él Pío Baroja, que lo encasilla como ferviente devoto de la Virgen del Pilar, cosa que habría hecho derramar lágrimas de enternecimiento a Mariano de Cavia.

En fin, aunque no he seguido la intervención de Moret, sí he podido enterarme de que este señor, devoto ferviente de la Virgen, dice que la juventud española no es liberal y que la juventud española no quiere ir a la política. Las dos afirmaciones me parecen una estupidez.

En esto comparto plenamente el artículo de Pío Baroja:

«El español de hoy es un producto canijo, ridículo y de una cursilería fundamental. El español actual, desde el claustro materno, ya está pensando en el distintivo que la darán cuando tenga dieciocho años y en el acta de diputado que saboreará a los veinticinco.

«Aquí estamos viviendo una porción de mentiras y ridiculeces, y los jóvenes españoles, si no son tan ridículos como sus papás, no se diferencian mucho de ellos.

«Un pueblo que ha vivido pensando en el general Espartero, creyendo que era una revolución aquella murga gaditana del año 69, entusiasmándose con las bacinadas de aquella matrona gorda que se llamó Castelar, leyendo las ridículas pedestres poesías de Campoamor, que cuando tenía algo bueno era lo robado a Víctor Hugo, creyendo que Balmes era filósofo, cuando valía mucho menos que Cambó, entusiasmándose con las novelas de Fernán Caballero y de Pereda, y con los cuadros de Madrazo, era un pueblo de botarates.

«¡Qué tiene de extraño que los jóvenes de hoy se entusiasmen con Maura, con Moret (ferviente admirador de la Virgen del Pilar) o con Morata (tres clases de moros de distinta importancia)!

«No, no tiene nada de raro. España hoy es un cuarto oscuro que huele mal; pero la pobre juventud de los rincones españoles quiere salir de su ahogo; y como no puede, de cuando en cuando se entrega a la desesperación. Ahí está Mateo Morral, rabioso, enfermo, furioso, pero joven, el único que ha habido en España desde hace tiempo.

»Respecto a decir, como ha dicho el señor Moret (fervoroso admirador de la Pilarica), que los jóvenes, estos que bullen por ahí en el Ateneo y en los periódicos, no quieren ser políticos, es una cosa tan cómica que da risa.

»Que eche el señor Moret, después de ser iluminado por la Pilarica, un par de actas en el Ateneo, y verá a los jóvenes ateneístas, de ordinario muy almibarados, cómo se muerden y se arrancan tiras de piel para ver quién puede llegar al anhelante escaño rojo.

»El ser diputado nadie ignora que es una ganga, y cuando hay algún político que habla de los sacrificios que le produce el ser ministro, todos nos echamos a reír a mandíbula batiente.

»Consultad a una muchachita de estas trepadoras que hay en Madrid, y que son las que tienen el sentido práctico más avizor, y decidle: «¿Quién te parece mejor por pretendiente, este que se dedica a cuestiones artísticas o este que ha entrado en política?» No vacilarán: preferirán siempre al político, isabe muy bien la muchacha que la política es el camino del dinero, de la casa lujosa, del coche! Adivinan que el arte o la ciencia en España es el camino del hambre.

»Sería España un país admirable si pudiera decir: se sabe que Montero Ríos tiene una magnífica posesión en Lourizán, y otra admirable poseía Vera de Armijo en Mos, se sabe que Canalejas tiene un hermoso palacio en la calle del Príncipe y Maura en la calle de la Lealtad, se sabe que Moret, gracias a la protección de Nuestra Señora del Pilar, tiene sus ganguitas; se sabe, además, que los sabios y escritores viven en buhardillas, y, sin embargo, la juventud prefiere dedicarse a la ciencia y al arte, no a la política.

»Créalo usted, señor Moret (ferviente adorador de la Virgen del Pilar), eso sería una cosa inusitada y poco natural en un pueblo tan mezquino y tan cursi como la España actual».

—Sí, yo también guardo ese artículo publicado en *El Mundo*.

—No puedo tomarme en serio las palabras de Segismundo Moret, cualesquiera que sean, y pienso como Pío Baroja.

Bescós me tiene al corriente de todo, sabe lo que me interesa. Su padre, don Francisco, ya me apoyó en aquellos tiempos difíciles de Huesca, cuando me acogió don Hilarión Rubio, amigo suyo. Ahora, Manuel Bescós Almudévar me escribe asiduamente y viene a verme siempre que puede.

He estado a punto de confesarle mi secreto, pero me he contenido; nadie ha de ser depositario de mi último mensaje, sino por medio de Moisés, capaz de separar océanos con su vara mágica, su cayado de pastor de pueblos, y de horadar la roca para encontrar la luz del nuevo amanecer.

De Francisco Bescós hablo en mi diario. No sospechaba entonces que su hijo Manuel iba a estar, con el tiempo, tan cerca de mí.

—Estoy buscando un seudónimo para firmar mis escritos literarios. ¿Qué opina usted? —me consultó.

—A tenor con sus ideas —sugerí—, habría que buscar un nombre lo más próximo a ellas: Nicolai Kirov, Gregor Sokol, Silvio Kossti... Algo que suene y tenga, en cierto modo, resonancia rusa.

—Silvio Kossti, me gusta Silvio Kossti. Voy a quedarme con él.

Me ha confesado su admiración, por lo que va a seguir mis pasos en sus libros, ya que no en los azares de la vida. Me ha propuesto, incluso, que escribamos una novela en colaboración, pero yo no puedo adquirir ese compromiso, pendiente como estoy de otros asuntos.

José Ortega y Gasset me ha contestado:

«Mi respetado amigo: Es tan afectuosa y estimulante su carta que la he llevado varios días conmigo para que me fuera dando calor. La energía de la que son vehículo las palabras de un hombre viejo o, por lo menos, como en su caso, antiguo en la memoria de un joven, es incalculable, don Joaquín. No sé lo que ocurrirá a otros: témome que la desventurada educación que nos ha sido dada ha molido y pulverizado las simientes del respeto fecundo en mis hermanos de generación. Por mi parte, no creo que no hace falta para nada la investigación, sino que tengo la emoción del respeto por la navecilla psicológica donde ha ido salvándose la cultura. Por eso son tan necesarios los viejos, los enfermos de trabajos —multo iam gractimembra labara—, todos esos, en fin, todos esos que usted considera como ya inútiles. La república necesita de ellos tanto como de los mozos: es más, sin viejos hombres no habría hombres mozos, sino a lo sumo esbeltos antropoides adultos. Pues si no existieran ustedes, los ejemplares “cidevant” de la cultura, ¿dónde iríamos nosotros a buscar altares para el respeto? ¿Por qué priva usted a la vejez de actualidad? ¿La intensidad de energía que vuelcan al llegar a mí sus palabras podría venirme en las palabras de un joven?»

«No puedo creer que cultura sea una cosa, sino un proceso de espiritualidad en ciertas labores. Por eso si seguimos un hilo cualquiera de los que indican las grandes corrientes culturales y lo cortamos en cualquier punto, hallaremos siempre no un hombre, sino dos: uno más viejo en que se inicia otro más joven, uno más joven en que madura otro más viejo. ¿No cree usted que Platón vio hondísimamente y

no reveló a los mortales este divino secreto, que la cultura es una formación continua en que hace falta una X para la Y y una Y para la X, como en toda diferencial y en toda integral? ¿Qué otro sentido tiene, si no, su desdén hacia los libros y su apología de la pedagogía personal? Tal vez una de las grandes desventuras españolas es que los españoles no han sabido acertar a ser viejos. La vejez es la única razón que tiene disculpas. ¿No sería otra gran desventura nuestra la de que muy pocos españoles hayan sabido darse esta suprema e irónica continencia de sus discípulos?

»Buena falta me hacía a mí un poco de continencia y no dejarme ir a la charla incontinente, gastándole el tiempo y torciéndole el humor.

»Sólo quisiera decirle que me parece admirable y legítimo lo que piensa hacer en el Ateneo. También me parece —perdone mi pedantería de dar mi opinión— el problema central, el... único. Y si algún pero me atreviera a poner en su programa de europeización sería —vuelvo a pedir perdón— que echo de menos en su obra la definición de Europa...».

Sus palabras van dirigidas a mi estado de ánimo, a mi quebrantada salud, que hace sentirme viejo, más que a mi concepto de europeización, que es al margen, o acaso consecuencia, de la definición de Europa que él me pide.

La semana pasada vi a Pilar Antígone. Tuve que salir con urgencia para Lérida y Tarragona, y José María Ortega, que lo supo, se las arregló para que se produjera el esperado encuentro. Nada más vernos, nuestros ojos coincidieron y ya no fueron necesarias las palabras; se echó a mis brazos, llorando, y yo tuve que hacer esfuerzos para contenerme.

No pronunció una sola queja, un solo reproche, y muy pronto se disiparon mis temores, pues albergaba dudas de que la entrevista resultara bien. No tuve necesidad de justificarme, ni de dar explicaciones.

—Yo siempre le he seguido a usted, padre, a través de sus escritos —me dijo con tanto cariño como respeto.

La observé detenidamente, y su aspecto físico me dio la evidencia de que, en efecto, era hija mía, fisiológicamente, aunque se había visto privada de mí durante su infancia y gran parte de su juventud. ¿Qué culpa tenía ella, víctima inocente, de lo sucedido? No me planteó problema alguno y tuvo especial tacto para no hablar del pasado, pues únicamente contaba el presente, en el que se veía como hija mía, junto al hombre del que estaba enamorada.

—Mi enfermedad me impide salir de casa las más de las veces —le confesé—, y me cuesta un gran trabajo cualquier desplazamiento.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que es una dolencia crónica. El doctor Santiago Gómez me ha enviado un nuevo medicamento, para que lo pruebe.

Pilar Antígone quiso consolarme y sus palabras todavía me hicieron sufrir más:

—A mí también me duele el brazo cuando lo subo a superior altura del hombro.

José María Ortega intervino:

—Yo le pido que no haga esfuerzos.

La vi feliz y orgullosa de llamarse Pilar Costa, y me despedí con otro fuerte abrazo, éste ya sin lágrimas, pero estrecho y emocionado.

Posiblemente he sido injusto, al no haber sabido juzgar serenamente la situación; posiblemente he sido egoísta, desentendiéndome de un problema que consideré ajeno para mis intereses de entonces; posiblemente he sido cobarde, por negarme a abrir los ojos a la realidad. ¿Qué derecho tengo yo, ni nadie, a condenar a los hijos que nacen sin amor?

Pilar Antígone fijó sus ojos claros en los míos y ello bastó para salvar el insondable abismo de tantos años.

Hay días que no puedo reprimir mi carácter y se me pone un genio de los demonios; pero es por culpa de esta impotencia que me tiene secuestrado. Y el caso es que luego me arrepiento de mis intemperancias, a los pocos minutos de producirse. Mi familia lo sabe y por eso tiene tanta paciencia conmigo.

El juzgado de Benabarre me cita por exhorto del Congreso de Madrid, para que comparezca allí el día 11, y no sólo no compareceré, sino que ni acreditaré la imposibilidad física; y, claro está, tendrán que detenerme por la Guardia Civil. Antes la cárcel que aquella defección de mis convicciones y el luto del pueblo y de la patria.

Esto explica mi mal humor, entre otras muchas cosas, y sólo recupero la serenidad si contemplo el paisaje, y mis ojos vuelan como las nubes que flotan por los valles y coronan las montañas, y corren con las aguas de los torrentes y los ríos. Indefectiblemente, la mirada se me pierde en el horizonte infinito y salva el Pirineo para recalar en Francia, y allí encuentra la paz que deseo, junto a Frédérique y Moisés. «Ya ha dado los primeros pasos». Estoy al día en todos los detalles, hasta los que pueden carecer de importancia. «Ya dice papá y mamá». La lejanía no representa una separación, porque no es la geografía lo que nos separa a los seres humanos.

Ramón no pierde su ironía cuando me anuncia:

— Carta de Francia.

Emplea un tono especial, acentuando con él la ilusión que me produce cada misiva de Frédérique. En el fondo, se siente cómplice de mi propia felicidad, aunque desconoce la verdadera razón, ya que sus sospechas van orientadas más bien a la clásica aventura amorosa, a

una simple historia de amor prohibido, en el supuesto de que para el amor haya prohibiciones; a una satisfacción sexual, por mi parte, algo que en España me resultaría mucho más difícil.

Yo nada le he aclarado, de mí no ha salido ni saldrá el mínimo comentario. Cuando me acompaña, porque me veo imposibilitado para viajar solo, no hace preguntas. Se queda en su hotel el tiempo que haga falta, hasta que yo regrese, ya tarde horas o días. Yo se lo comunico previamente, eso sí, para que él, mientras tanto, dedique su tiempo a lo que estime más conveniente.

Excepcionalmente, si mi estado físico me lo permite y estoy bien de ánimo, prefiero hacer el viaje en solitario, de incógnito, aprovechando cualquiera de mis desplazamientos a Madrid, donde paso algunas cortas temporadas.

La última vez que nos vimos, Moisés no quería bajarse de mis rodillas.

—Hace como tú —le comenté a Frédérique.

—Yo era mayor cuando me conociste.

—Sólo dos o tres años más.

Le dije que estoy trabajando intensamente, a pesar de las molestias que me produce la enfermedad, y de inmediato se interesó por lo que hacía.

—Quiero probar, ahora, en el género novelístico, a ver si llego a mayor número de lectores.

Conversamos de literatura horas enteras, para llegar a la conclusión de que yo era un escritor al que le dolía España y tenía que buscar remedio a ese dolor con mi palabra encendida, capaz de convertirse en fuego purificador.

—Además —le revelé—, escribo para Moisés.

—¿Un nuevo libro?

—Mi testamento.

Sería mi legado, con más valor que la palabra y la idea, o la idea y la palabra, todo cuanto yo había soñado para el regreso de Moisés.

—Guardo las cuartillas en este pequeño cofre, que viaja siempre conmigo.

Frédérique bajó la cabeza, emocionada, sin hacer el menor comentario, mientras que Moisés, sobre mis rodillas, se agarraba al vestido de su madre, sentada a mi lado.

Lo acostamos pronto, para no cambiar sus hábitos, y nos quedamos solos, de animada tertulia, en el salón, yo, en un cómodo sillón de asiento anatómico, especialmente diseñado para mí, y ella, en el brazo izquierdo, a mi lado.

—Yo he pensado que deberíamos trasladarnos a España, cerca de ti —apuntó Frédérique.

—Eso no es posible —negué con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque, lejos de beneficiarme, sólo serviría para empeorar mi situación actual.

—Yo no digo para vivir juntos, sino cerca.

—Ya lo estamos.

—Para ti, cada vez son más molestos los viajes; yo quiero evitarte ese sufrimiento.

—Todavía no es el momento.

No insistió, porque sería en vano, y pienso si no he vuelto a ser nuevamente egoísta, sin dejarme ganar por el que, al fin y al cabo, es mi único y verdadero amor. Pero Frédérique comprende mis palabras y mis silencios y comparte unas y otros.

En su presencia no he padecido ningún ataque de cólera, a los que soy tan propenso.

—Con frecuencia —me susurró al oído—, nos olvidamos de nosotros mismos por pensar en los demás.

—Yo he intentado salvar a mi país, redimirlo, hacerlo europeo, y aquellos que podían lograrlo han sido sordos a mis palabras. Ya me canso de predicar en el desierto.

—La semilla queda en el pueblo y dará su fruto un día.

Nos fuimos a dormir de madrugada; los minutos y las horas pasaron sin darnos cuenta. Frédérique me desnudó con mimo, para que no sintiera dolor alguno, y me ayudó a tumbarme en la cama de la postura más cómoda.

— Tranquilo, relájate...

Sabe hacerme feliz de la manera más dulce y placentera y trasladarme a un mundo maravilloso donde todo es paz y tranquilidad, y no hay envidias, ni odios, ni rencores...

—Yo he pensado que deberíamos trasladarnos a España, cerca de ti —apuntó Frédérique.

Cuando afirmé que Aragón es la cuna de la nacionalidad española, no me equivoqué, porque estudios superiores han venido a confirmarlo, y de ellos puede ser un ejemplo Valencia, región que ha nacido dos veces y las dos de simiente aragonesa: la primera, hacia el año 138 del Cristianismo; la segunda, en 1238, después de Jesucristo.

Había en Aragón una Lusitania, distinta de la del Océano, que ahora es Portugal, y de aquélla, no de ésta, procedían los heroicos soldados de Viriato, con que el cónsul Junius Brutus pobló la ribera del Turia, poniendo por nombre a la ciudad de Valentia.

Cerca de catorce siglos más tarde, en el Alto Aragón, a orillas del Cinca, acordó el reino, en las Cortes de Monzón, presididas por Jaime I, emprender la reconquista de Valencia, partiendo del castillo de Enesa o Puche, que los ricos-hombres de Zaragoza, Teruel y Daroca habían reedificado a dos leguas de aquella ciudad; y no mucho después, vadeaban el Turia y ponían cerco a la ciudad guerreros de todo Aragón y de toda Cataluña, señaladamente Lérida, acampando en el sitio de mayor peligro, como más cercano a las murallas, aquellos esforzados serranos de Teruel, de Calatayud y de Daroca, cuya memoria ha mantenido durante siglos la Puerta de Serranos; y a poco, dos años después de decretada la guerra, el rey moro de Valencia, admitiendo a capitulación, alzaba el estandarte real de Aragón en lo alto de la torre del templo, y dos letrados aragoneses, don Assalido de Gudal y don Ximén Pérez de Zaragoza, hacían el repartimiento de la huerta entre los caballeros, ricos-hombres y comunidades que habían contribuido en la empresa con hombres y caudales.

De manera que al ir ahora los aragoneses a Valencia y tomar vecindad en ella, no son forasteros, como los españoles cuando emigran y toman asiento en Méjico, en Lima o en Buenos Aires.

Todavía nos debe Valencia a los aragoneses aquella doble cuna. La pagará, convirtiéndola en puerto marítimo de Aragón, mediante el ferrocarril central, y enviando en su día legiones de huertanos a las riberas del Cinca, para que enseñen a los agricultores de Monzón, de la Litera, de Lérida y de Barbastro a manejar y transmutar el agua de los grandes caudales de Sobrarbe y de Tamarite, creando allí con su arte maravilloso y las nieves derretidas de los ventisqueros del Pirineo el más vasto jardín y la más rica manufactura de frutos de la Península, igual en extensión a las huertas de Murcia y de Valencia, y a la vega de Granada y a la plana de Castellón.

Comprendo que me deje llevar por la pasión, pero no puedo evitarlo, y todavía menos cuando la historia me sale al paso para reforzar mis argumentos.

De mi época juvenil es este arrebatado canto:

«Aragón, el ídolo de mi alma después de Dios, patria adorada donde han nacido mis primeras ilusiones y mis primeros tormentos... Patria mía, cuyas montañas repiten aún en perceptibles ecos los últimos gritos de nuestros padres que nos ordenaron eterno odio a sus inhumanos verdugos; patria mía, terror y rival de Roma, escollo de toda invasión extraña, tierra clásica de la independencia, de la generosidad y de la constancia... ¡Yo te saludo!, y así te veas tan feliz como lo fue la federación hebrea, antes de olvidar a su Dios y de doblar la rodilla ante sus reyes...».

Sí, es cierto, y hay que recordar la excelente preparación del pueblo aragonés. Antes que ningún otro, antes que Inglaterra, antes que Castilla, antes que Francia, completó su Parlamento con la entrada del brazo popular: con el equilibrio y la ponderación de sus poderes públicos, se anticipó a las modernas teorías constitucionales; la conducta liberal, sensata y patriótica de sus Estamentos es todavía un ideal para la España moderna; su Parlamento de Caspe fue un arbitraje sin ejemplo en la historia; su Justicia, una institución maravillosa que la ciencia del derecho no ha acertado todavía a clasificar y definir. Su derecho procesal admitió el Jurado y no se manchó con el tormento cuando el tormento era común en Europa. Consagró el princi-

pio de la inviolabilidad de domicilio; cada casa era como un asilo, donde ni al rey le era lícito entrar, aun para perseguir a un malhechor. El culto fervoroso que rindieron a la libertad individual engendró en sí el fuero de la manifestación, que hoy es ley en las Constituciones democráticas y en la leyes de enjuiciamiento. Y eran tan esenciales e inherentes a la cualidad del ciudadano aquellos beneficios de firma, contrafuero y manifestación, que garantizaban su persona y sus bienes contra toda violencia e ilegalidad, que se reputaban anteriores y superiores a la voluntad, y no le era lícito renunciar a ellas. Jamás deslumbraron a los aragoneses las conquistas; antes bien, las miraron con recelo, como si entrañasen un peligro para la libertad. ¡Para la libertad, tan idolatrada por ellos, que en altares estaban prontos a sacrificar la vida, la familia y hasta la misma patria; tan glorificada, que la muerte en su defensa creían que Dios la galardonaba con el cielo! Como un desastre debe ser contado en nuestra historia aquel Estado, escuela permanente de política liberal, prudente y previsora, que se comunicó con el siglo XVI.

Cada región española posee aptitudes especiales para su ordenamiento de vida, y es, respecto a él, órgano de la nacionalidad: Andalucía cultiva de preferencia los fines estéticos; el pueblo vascongado, los religiosos; el catalán, los industriales; el castellano, los éticos y morales; Aragón, principalmente, los sociales y políticos...

El 29 de octubre de 1909 emprendí un nuevo viaje a Madrid, desoyendo las recomendaciones del médico. Hasta se opuso mi primo Vicente Castán, el boticario, que está casado con una hija del pintor Zuloaga, Cándida. Me acuerdo bien de la fecha, porque le escribí a Manuel Bescós para ver la posibilidad de encontrarnos en Tardienta.

Yo no estaba en condiciones de salud para correr ese riesgo, en contra de las recomendaciones de mi familia y mis amigos. Proyectaba, además, pasar una larga temporada en la capital de España, donde me reclamaban varios asuntos.

Ante la imposibilidad de poder desplazarme después a Toulouse, como en otras tantas ocasiones, escribí a Frédérique y vino ella a verme, aunque yo la disuadí de ello. Lo hizo muy discretamente, eso sí, tomando hospedaje en un modesto hotelito con Moisés, y apenas se dejó ver entre la gente la semana larga que permaneció allí. Por supuesto, no se acercó una sola vez por mi despacho de la calle del Barquillo. Venía a última hora al piso que yo ocupaba, y allí permanecíamos juntos los tres.

Yo apenas podía moverme, y necesitaba de la ayuda de dos personas para subir y bajar la escalera.

Tuve un ataque muy bárbaro de cintura, todo alrededor, como ya había tenido otros en Graus, y decidí irme; pero Frédérique me disuadió.

—Ahora tienes que permanecer aquí, hasta que se te pase. ¿Qué médico te atiende? Voy a buscarlo.

—No es preciso que venga, esto no es cuestión que la pueda arreglar un médico.

Esperé unos días más, a ver si superaba el ataque y no me daba otro. Con esto empezó a rondarme los bronquios la gripe, con tos persistente, que me obligó a hacer cama de la mecedora que me había enviado mi buen Dámaso Carrera, pues no podía apenas respirar. Así logré pegar los ojos algún rato; pero pasé noches enteras sin dormir. Menos mal que Frédérique estaba pendiente de mí en todo momento, sin dejarme un solo instante, y yo la hice pasar por enfermera cuando vino mi amigo Gabriel Rodríguez a despachar conmigo.

—Ha tenido que traerse con ella a su hijo, porque era urgente y no tenía dónde dejarlo —justifiqué la presencia de Moisés.

Conseguí unas barras actiníferas, que tienen sales radiactivas, por ver si se recuperaban algo mis músculos atrofiados, sin resultados positivos. No obstante, seguí trabajando tan pronto como se me pasó lo del ataque, y fue remitiendo la gripe, gracias a los desvelos a Frédérique y los potingues que me hizo tomar. Cuando tenía que ir al Ateneo, para investigar en la biblioteca, sentábame en un sillón y los ordenanzas me subían a hombros, como en litera, lo que suponía un gran esfuerzo para ellos, dada mi corpulencia y lo empinado de la escalera. Sin embargo, uno de ellos, Mariano Álvarez, aún se permitía gastar bromas para que yo no perdiera mi buen talante.

—Vamos mejorando, don Joaquín; hoy nos ha costado dos minutos menos que ayer.

Desde entonces, llevo unos meses desastrosos, otra vez en Graus, con un montón de cartas pendientes, sin contestar. He tardado cinco semanas en evacuar la correspondencia, y eso, apartando a un lado de la mesa los asuntos menos importantes. Destaca un escrito del Ayuntamiento de Zaragoza, que ha dispuesto dedicarme una calle, después de haberme nombrado hijo adoptivo de la ciudad.

He contestado al alcalde en estos términos:

«Recibo la atenta comunicación de V. E. número 2746 de Gobernación, fecha 5 del corriente enero de 1910, en que se sirve participarme haber sido colocada y descubierta la placa correspondiente en la calle de la derecha del edificio destinado a Museos de la antigua Huerta de Santa Engracia.

»Después de renovar al Ayuntamiento de la Siempre Heroica e Inmortal ciudad la expresión de mi más acendrado agradecimiento, he de solicitar su venia para declinar un honor que me humilla, en fuer-

za de desproporcionado. Ya me excedí aceptando complacidamente la cualidad de hijo adoptivo de la gran ciudad, que conservo y del que me enorgulleceré toda la vida.

»Cuando llegué a mi villa de Graus hace cinco años, me encontré con la novedad de una antigua calle del Barranco que acababa de ser rebautizada con mi nombre. Inmediatamente gestioné cerca del Ayuntamiento que la susodicha calle fuera reintegrada a su primitiva denominación, y así se hizo siendo arrancadas las nuevas placas. En Monzón adquirieron por suscripción pública una lápida a mí dedicada para fijarla en la casa de mi nacimiento, por iniciativa del nunca bastante llorado Juan Pedro Barcelona, por méritos de no sé qué; y también logré que los suscriptores desistiesen de aquella exorbitancia. Con estos precedentes, no obstante proceder de tan humildes sujetos, me siento más autorizado para pedir, como ruego a V.E. y a la ilustre Corporación de su digna presidencia, que se dignen aceptar mi renuncia a la «calle de Costa (D. Joaquín)», y destinarla a honrar la memoria de uno de los antiguos beneméritos aragoneses que no tenga ya otra o la tenga menos saliente de lo que sus merecimientos demandan».

Unos y otros se acuerdan de mí ahora, cuando me ven postrado y menos útil puedo ser a la causa que defiendo. Es como si buscaran pagar en mí la deuda contraída con sus propias conciencias, porque las suyas no son decisiones del pueblo, sino del poder establecido, que el pueblo, amordazado y todo, ya se ha manifestado cuando ha hecho falta.

Manuel Bescós, o sea, Silvio Kossti, me ha enviado unas cuartillas sobre la novela que está preparando, *El último tirano*, pues pretende que, al fin, dado el argumento, la escribamos juntos. Todos escribimos y escribimos, como si Jesús hubiese ordenado: «Estorbaos los unos a los otros». La novela se desarrollaría, según Bescós, a la manera de *I'lle des Pingouins*, de Anatole France, con los latigazos de la crítica en un país imaginario llamado Subpingouins, y constaría de dos partes: la primera, dedicada al último tirano del país, y la segunda, al último tirano del planeta.

La verdad es que no puedo hacerme cargo de semejante cometido. Fue una sandez mía comprometerme a leer y juzgar la sinopsis argumental de *El último tirano*, estando como estoy, sin poder aguantar ni sentado en la mecedora. Habría querido escribir sobre eso tres o cuatro cuartillas; pero yo necesito meses para encender la colilla.

Ando a vueltas, además, con *Últimos días del paganismo y primero... de lo mismo*, que confío terminar, cueste lo que cueste. Hace unas semanas entregué un adelanto de la obra a la imprenta *España Moderna*, y he quedado en que pasaré por allí aprovechando mi próximo viaje a Madrid. Pero escribo con una lentitud cósmica, como si el libro no hubiera de salir nunca. He acabado este mes el capítulo XIII y principiado el XIV. Me falta casi otro tanto, y no salgo de casa.

Sin embargo, el mundo de la ficción no me permite la evasión del mundo real, porque el uno es reflejo del otro.

Moisés va a cumplir tres años, y Frédérique ha tomado en alquiler una pequeña casa en Hendaya, junto al campo, para que pasemos allí una temporada, los tres juntos; porque es una estación balnearia que me sentará bien, y así podré trabajar en la novela. «Desde la ventana de nuestro dormitorio se ve el Atlántico», me señala en su carta. Haré que me lleven hasta Barbastro, para tomar el tren, tan pronto como pasen las fiestas de Graus, donde nadie quiere perderse por nada del mundo ese bárbaro espectáculo de los toros y vacas.

Carmen ya me ha preparado el equipaje, renegando como de ordinario, y Ramón se ha limitado a esbozar una sonrisa, consciente de que, inválido y todo, aunque pierda el resuello, no hay manera de detenerme.

Ha mirado de reojo, una vez más, al pequeño cofre donde guardo las cuartillas.

—¿Se lo lleva también?

—Sí, claro; ya sabes que siempre va conmigo.

Adivino su intriga, pero se mantiene en su puesto, tratando de no contrariarme. Yo le suelto alguna que otra frase equívoca, por ver si rompe por algún lado, y ni por ésas.

—No debería viajar solo.

—Yo soy un solitario.

No ha entendido mis palabras, pero es igual. El caso es que la ilusión ha vuelto a mí, la noto fluir por mis venas, y dejo al margen mi enfermedad, que es simplemente una dolencia física, un dolor corporal, por debajo de las fuertes sensaciones del espíritu.

El paganismo es cosa de gentiles, incrédulos, descreídos, irreligiosos. Según la Biblia, al principio se llamaban así, en los ambientes judíos, todos los que profesaban religiones no mono-teístas; más tarde, los cristianos se apropiaron de esa denominación.

Primitivamente, las relaciones entre gentiles y judíos eran bastante buenas, debido a la vecindad, pues unos y otros dependían en gran parte de Israel, y por lo regular podrían ser admitidos en la comunidad misma de este pueblo. Pero a medida que Israel fue perdiendo independencia, las relaciones con los gentiles fueron empeorando, éstos ya no son mirados como protegidos, sino como opresores, que constituyen un gran peligro para la pureza de la religión. Con ellos peligra el pueblo escogido, si no logra desprenderse de la influencia y el yugo de los gentiles, y trabaja sin descanso para su salvación. La tierra sería impura en tanto estuviera en manos de los gentiles. Se emprendió, por tanto, la restauración política, liberando al pueblo de paganos.

En mi novela extraigo de los ejemplos bíblicos la triste realidad de hoy, y es así como llegamos al último día de paganismo, para desembocar en el primero... de lo mismo. La historia se repite, y nada cambia, pese a la apariencia de modernidad que nos envuelve y eso que muchos llaman progreso; en el fondo, todo continúa como antes, seguimos cometiendo iguales o parecidos errores que en el pasado, porque somos ignorantes de la Historia y no aprendemos sus lecciones.

Frédérique lo dispuso todo para que yo pudiera trabajar cómodamente, dentro de mis limitaciones físicas, entusiasmada por lo que ella llamaba mi «evasión literaria», pues así me iría curando del dolor de España, sin caer en la cuenta de que ése continuaba siendo el mo-

tivo, y no otro, de refugiarme en el género novelístico: el deseo de dar una proyección popular, dentro de lo posible, a mi ideario.

Por las tardes salía de paseo con Moisés, dejándome a mí como dueño y señor de la casa.

—No te muevas para nada —me recomendaba—. Aquí tienes todo a mano: más cuartillas, por si se te acaban, agua, un cojín para que te lo coloques bajo la cabeza si te apetece descansar...

Pero, en realidad, yo no descansaba. Escribir es también un sufrimiento, a la par que un placer.

Con Moisés al lado, todo cambiaba. Primero me miraba a los ojos para tratar de adivinar mi pensamiento, y una vez que lo interpretaba corría a mi lado y se sentaba en mis rodillas, tal como hacía Frédérique cuando tenía su edad, aproximadamente, y le gustaba jugar con mi barba, tirándome de los pelos. Tan poco respeto le inspiro.

Noto una sensación extraña cuando me llama papá, como si estuviera soñando; me parece que no se dirige a mí, sino a otra persona desconocida, y me hace reír con su media lengua. Frédérique le enseña a hablar en español y él demuestra ser un buen alumno.

—Tan pronto como se haga mayor —comentó Frédérique—, le daré a leer todo lo que tú has escrito.

—¿Para qué?

—Para que siga tu camino y sepa enseñarlo después al pueblo.

—Creo que será inútil, porque el mundo no ha de variar en lo sustancial, con el paso de los años, de los siglos y aun de los milenios; varían las apariencias de tiempo en tiempo, de una época a otra, pero al final todo vuelve a quedar como estaba. Cada generación hace su ruta, sin tener en cuenta la seguida por las generaciones anteriores o desechándolas a priori por desfasadas o inconvenientes; cada hombre procura abrir su propio camino, convencido de que el suyo es el mejor, sobre todo en el caso de aquellos hombres inquietos e inteligentes, que se consideran elegidos, no superiores, pues únicamente los tontos se creen superiores a los demás. Desechan lo que otros dijeron e hicieron antes, por lo que éstos quedarán anónimos, y sus palabras y sus obras, olvidadas.

—Moisés estará con el pueblo.

En Hendaya escribí varios capítulos más de mi novela, si bien todavía me queda trabajo para un par de años. Muchos no se explican esa tardanza en escribir un libro, porque desconocen el esfuerzo que representa ir volcando la vida, palabra a palabra, frase a frase, como latidos interiores que han de ser capaces de sintonizar con los demás, en comunión de sentimientos, al tiempo que fluye la idea como semilla que ha de germinar en la tierra abonada.

Una tarde, Frédérique alquiló un coche de caballos, en el que yo pudiera sentirme cómodo, para que nos trasladara a orillas del Bidasoa; en realidad, es un corto paseo que yo hubiera podido cubrir a pie, en otras condiciones físicas. El paisaje se ofrece bello y soberbio, de una grandeza dulcificada por la fronda verde; se respira paz por doquier, remansada en la quieta naturaleza, con el silencio alterado únicamente por los trinos y gorjeos de las aves. Las aguas discurren transparentes, sirviendo de espejo al entorno, y no parecen tener prisa en alcanzar y consumir su abrazo con la inmensidad; por el contrario, da la sensación de que están estancadas, celosas del paisaje que copian a su paso, con el que desean quedarse eternamente.

Frédérique, que está en todo, hizo cargar la mecedora para mí, a falta del sillón anatómico que me guarda en la casa de Toulouse, y me acomodó apoyándome en dos cojines, uno para la cabeza y otro para el costado derecho. Me olvidé del dolor durante varias horas, contemplando a Moisés correteando por el campo, mientras Frédérique permanecía a mi lado, sentada sobre la hierba.

— Moisés, no te vayas lejos —advertía—; juega donde te veamos.

Aquella atmósfera limpia, transparente, llena de vida, penetró en mis castigados bronquios y me nutrió de oxígeno. Me sentí feliz con la quietud del campo, escuchando los sonidos de la naturaleza, que en los intervalos de silencio total quedaban reducidos a un simple susurro, un bisbiseo. ¿O era el propio silencio, que también hablaba?

— Las ideas florecen mejor cuando están rodeadas de poesía —comenté.

— La poesía está aquí —convino Frédérique.

— Trataré de intercalar poesía en mi novela, para que tenga más fuerza y sea más real; porque la poesía verdadera se manifiesta en todas nuestras acciones y sin ella no hay vida.

— Tú ya lo dices en el libro *La poesía popular española y la mitología celta-hispana*.

— Sí, pero ello es consecuencia de mi *Introducción a un tratado de política sacada textualmente de los refraneros y gestas de la Península*.

— Más de un cuarto de siglo.

Sin embargo, mantengo mis planteamientos de entonces, pues sigo mostrándome en desacuerdo con los literatos que escriben de espaldas al pueblo, alejados de él, y afirman que el vulgo no es poeta, sino colectivamente. Braga, en su *Poesía popular portuguesa*, manifiesta que «*hay una poesía que no se populariza en el pueblo y el pueblo aprende y otra que él mismo produce; creación y asimilación son los dos orígenes de la poesía popular; cuando el pueblo no crea una forma para expresar sus sentimientos, acepta la que le ofrece una robusta individualidad*». Y un crítico de nuestros días ha podido observar no redundante la condición de que la poesía del pueblo es impersonal, no porque no sea obra de un poeta, sino porque, en las épocas de espontaneidad, el poeta no se pone en sus obras, porque los poetas de aquellas edades no son subjetivos, antes borran de sus producciones toda personalidad. Esta observación, que fue hecha por Juan Valera en su discurso de recepción de la Real Academia Española, había sido apuntada ya mucho antes por el sabio Durán, al afirmar que «*en ningún tiempo puede estar el común compuesto de poetas, y que los cantos populares, por bárbaros y sencillos que parezcan, siempre se realizan por personas más dotadas de ingenio que el vulgo en general*».

Yo estoy de acuerdo, en el fondo, con que el pueblo no constituye eso que entendemos por unidad panteística, no tiene cerebro para pensar, ni un corazón para sentir, ni una fantasía elemental para informar sus sentimientos y sus pensamientos, ni una lengua con que traducir esas formas en el mundo exterior por medio del lenguaje, ni una mano para pulsar la lira: es un conjunto orgánico, es un concepto de elementos racionales y dotados de albedrío, y sólo mediante estos elementos puede concebir y dar vida a sus concepciones. No tiene un cuerpo real propio que lo ponga en inmediata comunicación con la naturaleza, y en el cual nazcan órganos para manifestar por sí mismo al exterior los resultados de las energías motrices que obran por dentro: su espíritu es una resultante; su cuerpo es un cuerpo místico;

sus órganos son seres completos, independientes, incondicionados, que viven su vida propia, y únicamente en virtud de una representación pueden desempeñar, a nombre y para beneficio de ese nombre que llamamos pueblo, una o más funciones de las que constituyen la vida colectiva.

La poesía del pueblo no mana, ni puede manar, de dos fuentes, sino de una sola; ese manantial está ahí, ante nosotros, para ser contemplado por los ojos de los sentidos y gozarlo con intensidad.

El pueblo es poesía, y no necesita ser poeta; la naturaleza es poesía. En uno y en otro florece el verbo divino, sin que se produzca el fenómeno de la creación, porque todo ha sido ya creado, y se nos ofrece abiertamente para que cada cual, a título propio, individualmente, pueda convertirse en poeta y devolver al pueblo lo que es del pueblo. Porque no hay más poesía popular que la que el pueblo hace suya.

Permanecíamos mudos, absortos, en la contemplación de cuanto nos rodeaba, mientras Moisés saltaba por los campos y jugaba a perseguir los pájaros.

El río Bidasoa entonaba, en tanto, su particular canto del cisne, próximo a fundirse en el Océano.

Frédérique, sentada sobre la hierba, junto a la mecedora, me acarició los pies, subió las manos por mis tobillos.

—Tienes pies de mujer —observó—; son tan pequeños...

—A todos les sorprenden que sean así, dada mi corpulencia.

—Puedes calzarte botines femeninos.

—Si tú lo dices...

Volvió a callar, recostaba su cabeza entre mis piernas, y al poco volvió a la carga:

—¿Qué harás cuando regreses a Graus? Yo puedo cuidarte.

—Ya lo haces, y muy bien.

—Digo en España. O aquí, si te quedas a mi lado.

—Ya estoy a tu lado, de cualquier forma.

Hubiera deseado contarle mi secreto, pero temía que se quebrara nuestra felicidad o que, al menos, quedara resentida. Vive tan entregada a mí, incondicional y generosamente, que bien se merecía

esa correspondencia por mi parte. Sin embargo, no puedo; es superior a mis fuerzas. Por ella he sabido que el amor, sólo el amor, nos ayuda a ser libres y nos purifica; por ella sé que ya no volveré a estar solo y que es posible alimentar la ilusión hasta el final.

Educa a Moisés para mí. En el conjunto del Exodo 2,10 hasta Josué 24,15 se menciona el nombre de Moisés por lo menos setecientas veces, cincuenta y una en los restantes libros históricos y sólo cinco en los proféticos, ocho veces en los Salmos y dos en Daniel. Se conocen todos los detalles de su vida, porque han sido recogidos en la Biblia; pero nadie sabe dónde está su sepulcro. Condujo a los israelitas a través del desierto, hacia Canaán, la tierra prometida, pero él no entró, no se quedó junto al mar, a orillas del Jordán. Los profetas raramente lo mencionan. Aunque él intercedió a su Dios por los suyos, y recibió las manifestaciones divinas en forma de oráculo, leyes y prescripciones, a veces escritos sobre tablas, que él proclamó al pueblo, en ocasiones todavía grosero y turbulento. En el Sinaí, Dios le dio la ley del decálogo, la ley del culto, la ley de ritual de los escritos sacerdotales. En el Antiguo Testamento, Moisés es la figura más importante en la historia de la salud; en el Nuevo Testamento es, en primer lugar, enviado y siervo de Dios, legislador de Israel o, mejor, intermediario de la ley que él recibe en el Sinaí de manos de los ángeles. Y es, además, el profeta que ha vaticinado a Cristo. En Moisés y en Cristo están conjuntamente el enviado de Dios del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, unidos por la misma suerte en la repudiación y, sin embargo, se encuentran al mismo tiempo la Ley y el Evangelio.

¿Resucitó también Moisés al tercer día y por eso no se conoce su sepulcro?

Frédérique eligió el nombre del nuevo Salvador, resucitado no ya al tercer día sino a los tres años, que eran los que se cumplían de su nacimiento.

—Le hablo y me escucha, comprendiendo lo que digo, y a veces me sorprende con sus respuestas —comentó Frédérique—. Más que un niño, parece un viejo.

—Imaginaciones tuyas.

—Quiero que sepa cuanto antes su misión en la tierra.

Casi oscurecía cuando abandonamos la acampada, a bordo del carruaje. Al llegar a casa, Moisés pidió la cena de inmediato, porque

acusaba el cansancio de sus juegos y carreras y le apretaba el sueño. Frédérique atendió sus peticiones, y cuando terminó de cenar lo llevó a dormir.

— Un beso, papá — vino antes a despedirse.

No acababa de acostumbrarme a que me llamara así; pero le pasé la mano por la cabeza, acariciándole, y él me sonrió con sus ojos claros, de azul verdoso.

No sé si un día llegara a leer lo que estoy escribiendo. Si sucede así, seguro que comprenderá mi mensaje y consagrará su vida a la lucha por hacerlo llegar al pueblo; si no, esperará la llegada del elegido.

Me duelen la cabeza y el estómago, y la parálisis avanza alarmanamente. He pedido que me suban una cama aquí, a mi despacho, porque me cuesta un penoso esfuerzo tener que enfrentarme con veinte escalones para bajar a dormir. Ramón se ha apresurado a cumplir mi encargo, y Carmen ha venido después a asear la estancia y poner en condiciones el improvisado dormitorio.

—Tío, ¿y si tiene necesidad de ir al servicio?

—Dejadme un orinal; ya me arreglaré.

—Llame, de todas formas.

Por las mañanas, Carmen está pendiente de que yo despierte, si me rebullo o escucha el menor movimiento, y sube precipitadamente la escalera para ayudarme. Primero me tiene que sacar de la cama y luego me pone los pantalones y me calza. Le doy las gracias sin palabras, pero la verdad es que no puedo soportar tanta humillación.

Me niego, de todas formas, a no seguir trabajando, y pido los periódicos cada día, aunque el doctor Gómez no lo aprueba.

Mariano de Cavia publica un artículo en *Heraldo de Aragón* con este título: «La agonía del león». Se refiere a mí, pues se ha empeñado en bautizarme con el sobrenombre de «León de Graus», quién sabe si para obligarme a seguir dando zarpazos incluso hasta la hora de mi muerte, y a desmelenarme por menos de nada. ¿Por qué habla de agonía? España es la que agoniza. Mi mal es físico; es luto y dolor por la patria. Caigan las consecuencias de estos males sobre los culpables.

He releído el artículo de Cavia hasta casi aprendérmelo de memoria, sobre todo estos párrafos: «*Vosotros disputáis y yo me muero,*

decía el emperador Augusto a sus médicos. La misma queja angustiosa resonará hoy en los oídos republicanos si don Joaquín Costa fuera capaz de lamentaciones vanas, y si a los republicanos les permitiera el estruendo de las discusiones escuchar voz alguna que no sea la de su ira y escándalo. En lo que les atañe, ya en sus santones, ya en sus guerrilleros, ya en sus innumerables caudillos, ora en sus incontables comités, hágase el caso que se haga de la presente exhortación, yo les aseguro a todos ellos que el indiscutible olvido, no sé si inconsciente o desdeñoso, en que tienen al más esclarecido y más puro de sus prohombres, habrá de serles muy nefasto en la conciencia popular y en la sanción histórica. Y otra cosa hay que no quiero creer. En que si vuelven la espalda a Costa es porque todavía temen recibir algún zarpazo del león agónico». Debiera estar Cavia cerca de esa puerta para saber cómo pienso y hablo de esos republicanos.

El caso es que ha cundido la alarma, porque el artículo de marras apareció un día antes también en *El Imparcial*, y ello explica el telegrama recibido de la Institución Libre de Enseñanza, firmado por Giner de los Ríos, Azcárate, Cossío y Posada, y otros de Castroviejo, Niembro, Martínez de Vargas, el propio Mariano de Cavia... Un verdadero estropicio, provocado con la mejor voluntad.

Hasta Manuel Bescós se ha presentado esta mañana, acompañado de Antonio Zozaya y Tomás Romero, de *El Liberal*, que se han quedado en el hotel con Vidal, diputado provincial, y José Trull, alcalde de Graus.

—Que me esperen —he pedido a Bescós—, yo iré a verles.

—Ni hablar; quédese aquí, yo hablaré con ellos.

No me ha dejado salir de casa, con muy buen acuerdo. Pero yo me he rebelado. He tomado mi bastón para ponerme de pie, mirando a través de mi ventana la familiar mole de Las Forcas y el discurrir cantarino de las aguas del Ésera, y he buscado reposo a mis ojos bajo la gigantesca roca que sirve de corona a la tierra, elevada sobre la ribera, entre arbustos y matorrales que suavizan de verde el áspero ocre del suelo.

Miguel Moya, presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, y Santiago Mataix, director de *El Mundo*, aseguran que el remedio para mi enfermedad puede estar en las manos de un médico de Málaga, y me anuncian el envío de 50.000 pesetas, recaudadas en

una lista civil que han hecho pública. Hasta el rey, don Alfonso XIII, ha prometido su ayuda incondicional, quién se lo iba a figurar. Debiera ser yo un Tolstoi rebelde.

He llamado a Ramón para dictarle el texto de un telegrama, dirigido a Miguel Moya y Santiago Mataix: «*Agradezco generoso ofrecimiento, imposible aceptar, aunque accedería a ponerme en viaje a Málaga*».

En cuanto al ofrecimiento del rey, mejor será dejarlo sin respuesta, por no repetirle lo que opino de él y la monarquía. Pero no estaría de más recordarle que fue aquí donde funcionó durante siglos con maravilloso éxito esa institución originalísima, sin igual en los tiempos antiguos y en los modernos, que la filosofía del derecho no ha acertado todavía a definir, la augusta magistratura del Justicia, vitalicia, inamovible, inviolable y sagrada, tan alta como la del rey, a las mudanzas y vaivenes de la política, ni a los cambios de dinastía, ni a las revoluciones de los pueblos, magistratura semimitológica, elevada por encima de las miserias de la tierra, como una voz impersonal de la conciencia y como una encarnación viva del Derecho, viviente Némesis ante quien temblaban los opresores y los malvados, siquiera vistieran púrpura o ciñeran corona; que juzgaban a la nobleza, a las Cortes, al rico, al pueblo, al rey y a los jueces mismos, que dirimía los conflictos y desacuerdos que surgían entre los litigantes y tribunales, entre los contribuyentes y el juez, entre los poderes públicos y el pueblo, que revisaba o casaba o confirmaba las reales órdenes del monarca; que condenaba por injusta la rebelión y hacía caer las armas de las manos de los rebeldes, o que, por el contrario, declaraba injusto y tirano al rey y autorizaba al pueblo para deponerlo.

Aragón no se define por la guerra, sino por el Derecho; todo él es una academia de Jurisprudencia. Y a partir de ahí, entiendo que dos cosas han llegado donde debían llegar, y no pasarán de allí salvo en detalles: la escultura en Grecia y la libertad civil en Aragón.

No puedo más, estoy agotado, después de seguir tan penosa travesía por el desierto. Definitivamente, me doy...

Las memorias de Joaquín Costa terminaban en esos puntos suspensivos. Juan García revisó las cuartillas una vez más, con manos temblorosas, antes de meterlas de nuevo en el cofre y cerrarlo con llave. Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar. ¿Por qué aquella frase de Costa y esta analogía en el tiempo?

La letra era fácilmente reconocible, ligeramente inclinada hacia adelante, con las palabras demasiado juntas, enlazándose entre sí. En algunos pasajes, la escritura se hacía más pequeña e ilegible.

Juan García permaneció sin salir de casa nueve días justos, absorbido en el estudio y análisis de aquellos textos, resistiéndose a reconocer su autenticidad. Tendría que recabar el concurso de expertos grafólogos y realizar las pruebas químicas necesarias para determinar la época del papel y la tinta utilizada, datos estos que podrían resultar altamente esclarecedores.

Abundó en la idea de la resurrección, que en el caso de Cristo se produjo sin testigos presenciales, la preocupación de Costa en este tema y la semejanza buscada con el Cid Campeador, que había abandonado en más de una ocasión su enterramiento para montar su viejo caballo de guerra, y en el hecho contrastado de que nadie, a través de la historia, había podido dar testimonio de la tumba de Moisés.

Los grandes planteamientos de Costa adquirirían un nuevo relieve, alcanzaban otra dimensión. Parte de lo que figuraba en sus memorias ya era conocido por los estudiosos e investigadores; pero había aspectos inéditos, de suyo reveladores, incluso cuando se producía la repetición de ideas y argumentos propios del pensamiento costista, ejercicio obsesivo que nunca le abandonaba. Era evidente que aquellas supuestas memorias las había escrito en unos momentos muy especiales y críticos, cuando enfilaba la recta final de su vida.

Juan García echó en falta algunas referencias al desastre de 1898 y al colonialismo, tema al que Joaquín Costa dedicó mucho tiempo y trabajo, porque creía en el futuro de la España de ultramar,

y le preocupaban los intereses españoles en África, donde existía un compromiso evidente. Sin embargo, había sido de los primeros en pedir la autonomía de Puerto Rico y que se diera representación parlamentaria a Filipinas. Deseaba la unión de España y Portugal para formar un bloque ibérico fuerte, capaz de resistir las presiones de otros países. Intervino y participó activamente en la Sociedad Africanista y Colonialista, sobre la que ejerció una gran influencia, hasta el extremo de convertirla en Sociedad de Geografía Comercial, cuya revista fundó y redactó él solo. Por eso, el desastre del 98 le abrió tan profundas heridas.

Sin embargo, nada de ello se revelaba en las peculiares memorias halladas en la Peña de Las Forcas.

Revisó de nuevo los papeles del pequeño cofre, amarillentos y borrosos, pues la tinta, negra al principio, se había trocado de color sepia, y los trazos de la pluma se difuminaban con frecuencia.

Apenas pudo conciliar el sueño en aquellos nueve días, absorto en su tarea, en estado febril. Juan García se sentía atraído por Costa como un imán, y revisaba sus escritos una y otra vez, leía y releía sin descanso; miraba al trasluz, en busca de nuevos hallazgos. Le parecía todo demasiado extraño para ser real, aunque la evidencia parecía clara.

Consideró providencial la presencia de aquel insólito personaje, Moisés Jourdain, que se decía hijo de Joaquín Costa. Si lo era ciertamente, ¿cómo había esperado tantos años para hacer su revelación? ¿Hasta qué punto debía creerle cuando aseguraba estar pendiente de la llegada del elegido? ¿A eso se reducía la misión de Moisés en la tierra, en lugar de difundir el ideario y la doctrina costista, la de su padre, como heredero legítimo? Por más que también estaba en duda esa legitimidad.

Temió volverse loco, dándole vueltas a la enrevesada situación, que no alcanzaba a comprender. Se le antojaba fruto de la imaginación, para rellenar los vacíos de la vida de Costa, en lo más íntimo; aunque también se presentaba la duda, porque a veces se confunde lo imaginado con lo real y resulta muy difícil discernir un estado de otro.

Necesitaba averiguarlo. Guardó los escritos en su sitio, sin alterar el orden, «doble llave al sepulcro del Cid».

Volvió a pensar en el Moisés bíblico, sin tumba conocida, y asoció su nombre al del héroe de Vivar, que salía de la suya para reparar injusticias. ¿Sucedería lo propio con Joaquín Costa, puesto que oficialmente no figuraba enterrado en el cementerio de Torrero, pese a que allí tenía su mausoleo? ¿Acababa de salir del fondo de la tierra en la peña de Las Forcas, donde siempre quiso reposar? Y él, Juan García, era el elegido para dar cuenta de la nueva revelación.

Metió el cofre en el cajón central de su mesa de trabajo, que también cerró con doble llave, y salió a la calle para ir en busca de Moisés Jourdain. Realizaría los trámites pertinentes para solicitar la exhumación de los restos que se hallaban bajo el mausoleo, con el fin de que la cátedra de Medicina Legal —los forenses más solventes— se pronunciara sobre ellos. Pero antes necesitaba aclarar algunos puntos con aquel vagabundo estrafalario, más conocido como «el Costa», que nadie sabía su verdadero origen ni cómo se las arreglaba para vivir. Necesitaba conocer detalles sobre el insólito legado que le había transmitido, ya que no podía arriesgarme a hacerlo público sin atar antes todos los cabos sueltos y estar plenamente seguro de la autenticidad del testamento.

En la plaza de Lanuza le salió al encuentro, como de costumbre, Leoncio Morral.

— ¡Don Juan! ¡Cuántos días sin verle!

— He estado muy ocupado.

— Seguro que por culpa de Joaquín Costa.

— ¿Cómo lo has adivinado?

— ¡Qué cerebro, Dios mío! Yo tampoco puedo dormir acordándome de él. Por cierto, no le vi en el entierro.

— ¿Qué entierro?

— ¿Cuál va a ser? Usted ya lo sabe.

— No, explícate.

— Lo enterramos el pasado día 12.

— ¿A quién?

— A don Joaquín Costa.

No había manera de sacarlo de ahí. Después de muchos rodeos y equívocos, Juan García dedujo que se trataba de Moisés Jourdain, el

supuesto hijo de Costa, que le había entregado las hipotéticas memorias. Moisés, cuya verdadera edad desconocía, se marchó una vez cumplida su misión. Así se desprendía de lo ocurrido.

No creyó en las palabras de Leoncio Morral, que se quedó hablando solo, «nuevo Moisés de una España en éxodo», y enfiló por la calle de San Pablo, en busca de su hombre.

La puerta estaba cerrada. Llamó varias veces y no obtuvo respuesta. Un vecino apareció al poco.

— El Costa ya no vive aquí —le dijo.

— ¿Dónde está?

— Murió el pasado día 8, pero no se supo hasta tres días después. Vinieron los de la Sangre de Cristo a recogerlo. El entierro se celebró el día 12, sin que pudieran localizar a familiar alguno.

Sorprendentemente, las fechas de la muerte y del entierro coincidían con las de Joaquín Costa, el 8 y el 12 de febrero.

Eran demasiadas coincidencias. Juan García quedó confuso. Temió volverse loco. Quizás contaba, evidentemente, la relatividad del tiempo, y no existía pasado, ni futuro, ni casi presente, en tanto no se adoptaran las medidas regeneradoras por las que seguía clamando aquel gran profeta de dolores.

Se encaminó al cementerio de Torrero y preguntó en el registro de inhumaciones por la tumba de Moisés Jourdain; pero, al igual que sucedía con la de Joaquín Costa, le informaron que aquel nombre tampoco figuraba allí oficialmente.



Este libro se terminó de imprimir en los Talleres
de Grafic RM Color (Huesca),
el 14 de mayo de 2000,
Día Nacional del
Libro Agrario



siguiente hijo de Costa, que le había entregado las hipotéticas memorias. Moisés, cuya verdadera edad desconocía, se recordó una vez cumplidos su misión. Así se desvanecía de lo ocurrido.

No creyó en las palabras de Leoncio Moral, que se quedó hablando solo, cuando Moisés de una España en exilio y entró por la calle de San Pablo, en busca de su hombre.

La puerta estaba cerrada. Llamó varias veces y no obtuvo respuesta. Un vecino abrió el poco.

—El Costa ya no vive aquí—le dijo.

—¿Dónde está?

—Murió el pasado día 2, pero no se supo hasta tres días después.

Unieron los de la Sangre de Cristo a Leoncio. El entierro se celebró el día 12 en el cementerio de San Juan. Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Gráficas Color (Huesca) el 14 de mayo de 2000. La Nacional del

En demasiadas ocasiones quedo confuso. También volaba loco. Quizás con demasiada evidencia, la relatividad del tiempo, y no sólo el pasado, ni futuro, ni presente, en todo no se adoptaran las medidas regeneradoras que se seguía demandando aquel gran planeta de dolor.

Se encaminó al cementerio de Torrero y preguntó en el registro de inhumaciones por la tumba de Moisés Jourdain, pero al igual que sucedía con la de Joaquín Costa, le informaron que aquel nombre tampoco figuraba allí oficialmente.



NARRATIVA MIRA

- | | |
|---|---|
| 17. <i>Paisaje del ciclista,</i>
Miguel Mena. | 40. <i>Dos años felices,</i>
Manuel Vilas. |
| 18. <i>El cazador,</i>
Javier Tomeo. | 41. <i>Tango sin memoria,</i>
Elena Casero. |
| 19. <i>La mejor tarde de Goyo</i>
<i>Letrinas,</i>
Joaquín Carbonell. | 42. <i>Melodía de los Mansuetos,</i>
Clemente Alonso Crespo. |
| 20. <i>El año de la inmortalidad,</i>
Ángeles de Irisarri. | 43. <i>Llovía sobre el puente de</i>
<i>las nogueras,</i>
Luis Bazán Aguerri. |
| 21. <i>Así terminan los cuentos de</i>
<i>hadas,</i>
Ángela Labordeta. | 44. <i>Cara de malo,</i>
Javier Lahoz. |
| 22. <i>Palacio de sombras,</i>
José María Latorre. | 45. <i>La primera vez,</i>
Vicente Trigo Aranda. |
| 23. <i>La vida condenada,</i>
Ramón Acín. | 46. <i>Bajo el vuelo de la gaviota,</i>
Luis Bazán Aguerri. |
| 24. <i>Cuéntame una historia,</i>
<i>por favor,</i>
J.L. Rodríguez García. | 47. <i>Tuerto Catachán,</i>
Alfonso Zapater. |
| 25. <i>Retratos imaginarios,</i>
Antón Castro y José L. Cano. | 48. <i>El último huésped,</i>
David Lozano Garbala. |
| 26. <i>Cubanos, Altiplanos</i>
<i>y Tizarrones,</i>
Clemente Alonso Crespo. | 49. <i>Ondas hertzianas,</i>
Jesús Borro Fernández. |
| 27. <i>Tintero de plomo,</i>
Eulogio Soriano. | 50. <i>En preparación.</i> |
| 28. <i>Bendita calamidad,</i>
Miguel Mena. | 51. <i>Un extraño al despertar,</i>
Juan A. Rovira. |
| 29. <i>Dibujos animados,</i>
Félix Romeo. | 52. <i>El hombre que no podía</i>
<i>dormir,</i>
Ángel C. Millán. |
| 30. <i>Por el Pirineo oscense</i>
<i>a caballo,</i>
Bonifacio Martín Escurín. | 53. <i>El jardín de los números,</i>
Jesús F. Escanero. |
| 31. <i>Aunque de nada sirva,</i>
Ramón Acín. | 54. <i>Odio los lunes,</i>
Vicente Trigo Aranda. |
| 32. <i>Cónelave en Illueca,</i>
Francisco Javier Aguirre. | 55. <i>El plazo de las horas muertas,</i>
Javier Lahoz. |
| 33. <i>Yo falsifiqué el Guernica,</i>
Alfonso Zapater. | 56. <i>El origen del frío,</i>
José Antonio Vizárraga. |
| 34. <i>El color del Índico,</i>
Juan Bolea. | 57. <i>Suelta el cabello,</i>
Luis Yrache. |
| 35. <i>Por las ramas,</i>
Miguel Mena. | 58. <i>La condesa campera,</i>
José María Serrano. |
| 36. <i>Vallado interior,</i>
Manuel Estevan. | 59. <i>Elisa,</i>
Ricardo Conde. |
| 37. <i>Dulce. Historia de la</i>
<i>pastelería inventada,</i>
Miguel Ángel Marín. | 60. <i>Se vive solamente una vez,</i>
Agustín Faro. |
| 38. <i>Por el Pirineo navarro</i>
<i>a caballo,</i>
Bonifacio Martín Escurín. | 61. <i>El hombre-peíz y otras magias,</i>
Francisco Javier Aguirre. |
| 39. <i>En Cuarentena (literatura</i>
<i>y mercado),</i>
Ramón Acín. | 62. <i>El Dosel,</i>
Dolors Colom. |
| | 63. <i>Crónicas del 36,</i>
Agustín Camón. |
| | 64. <i>El regreso de Moisés.</i>
<i>Memorias apócrifas de</i>
<i>Joaquín Costa,</i>
Alfonso Zapater. |

Intemporal,
la vida del genio no
conoce edades: su obra,
inasequible a todo lo que no sea
permanecer y durar, está destinada
a perpetuarse de generación en gene-
ración, pudiendo adoptar, a fin de ser trans-
mitida con eficacia, los más insólitos aspectos;
así, un manuscrito del que ni los más tenaces
investigadores tienen noticia o un enigmático per-
sonaje que la reivindica a modo de memoria viva.
En esto consiste precisamente *El regreso de Moisés*,
la magnífica intriga urdida por Alfonso Zapater en torno
a la figura de Joaquín Costa, genio, que compendia
como pocos el modo de ser aragonés, redivivo gra-
cias a unas memorias apócrifas que inciden muy
especialmente en su vida sentimental, contribu-
yendo a potenciar esa semblanza humana
del montisonense-grausino con frecuencia
hurtada, y ello desde la convicción de
que en esta vida, antes que genio,
no hay otra cosa tan difícil
como llegar a ser
un hombre.

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONES

BIBLIOTECA DE ARAGÓN



1191826
IB.18431

ISBN 84-8465-006-5



9 788484 650065

B. 18431

EL REGRESO DE MOISÉS

Memorias manuscritas de Joaquín Costa

Alfonso Zapater

(c) Gobierno de